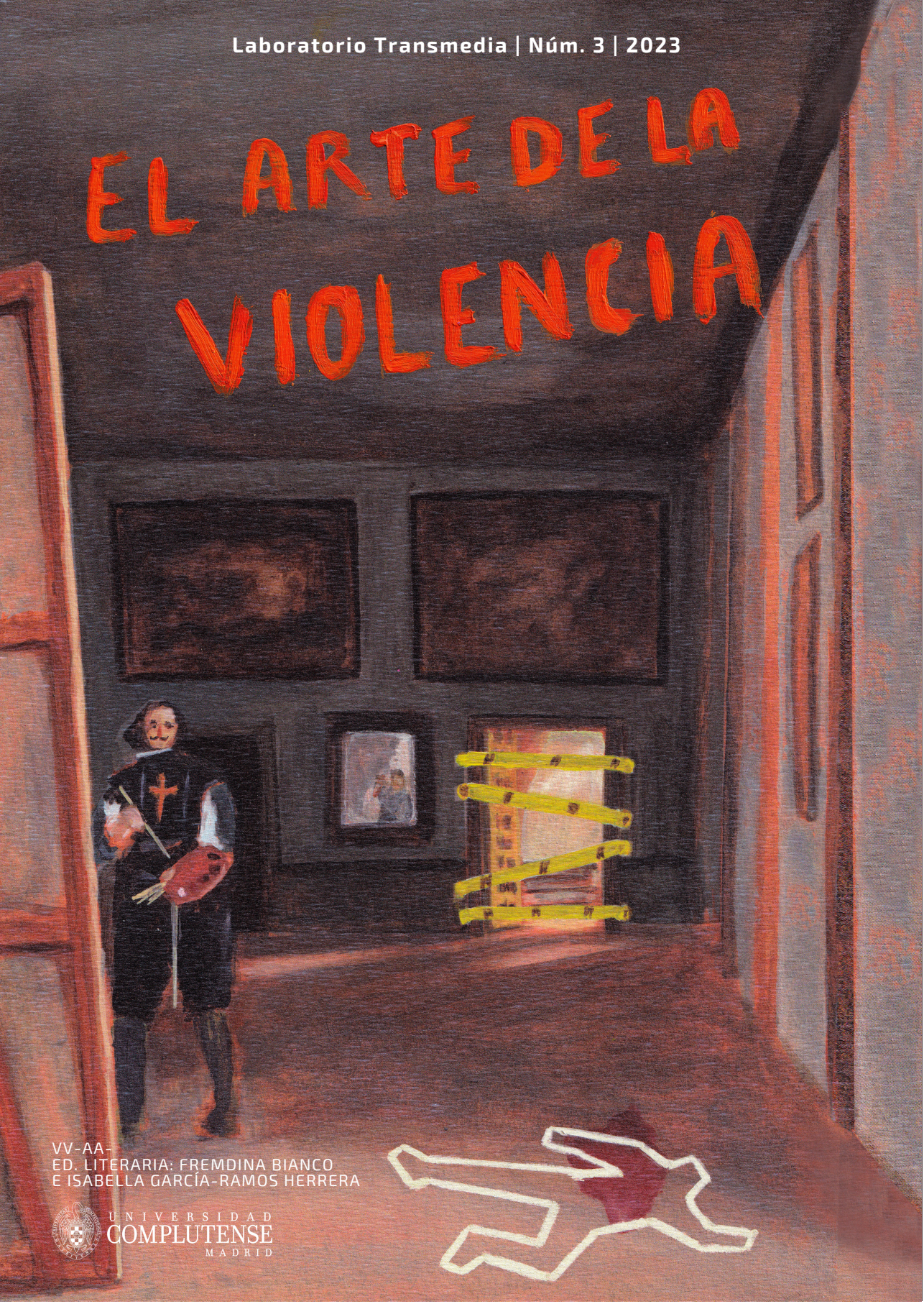


# EL ARTE DE LA VIOLENCIA



VV-AA-  
ED. LITERARIA: FREMDINA BIANCO  
E ISABELLA GARCÍA-RAMOS HERRERA



UNIVERSIDAD  
COMPLUTENSE  
MADRID









# El arte de la violencia

Colección Laboratorio Transmedia

Núm. 3

Andrea Aragón Reyes · Catalina Bello · Fremdina  
Bianco · Manuel Broullón · Enma Calvo Olloqui · Samuel  
Eduardo Domínguez Martín · Elvira Estebanez  
Yepes · Isabella García-Ramos Herrera · Gabriel Lozano  
Bernabeu · Álvaro Maldonado Plaza · Javier Rodríguez  
Álvarez · Marta Rubio Barceló · Daniela Vicco Martínez

(Ed. literaria: Fremdina Bianco e  
Isabella García-Ramos Herrera)



Colección Laboratorio Transmedia  
Número 3

ISSN 2794-0861

© De los autores de los textos (2023)

Edición literaria: Fremdina Bianco e Isabella García-Ramos Herrera

Imagen de cubierta e ilustraciones: Carlo Amado

Editorial: Manuel Broullón

Prólogo: Juan Manuel Díaz Ayuga

Colaboración editorial: Paula Colmenares León

Entidad editora: Laboratorio Transmedia  
Universidad Complutense de Madrid  
(Proyecto de innovación UCM 170)

Lugar de edición: Madrid (España)  
Facultad de Ciencias de la Información  
Avda. Complutense, núm. 3, 28040

<https://www.ucm.es/transmedialab/>



Licencia Creative Commons 2.0  
Reconocimiento—NoComercial—SinObraDerivada  
CC BY-NC-ND

Usted es libre de:

- Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- El licenciadore no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

- Reconocimiento: Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciadore o lo recibe por el uso que hace.
- NoComercial: No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
- SinObraDerivada: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede difundir el material modifi

# Índice

Editorial	
MANUEL BROULLÓN.....	9

Prólogo:	
Cuando preguntarse es la única respuesta	
JUAN MANUEL DÍAZ AYUGA.....	11

## EL ARTE DE LA VIOLENCIA

Renacuajos	
ANDREA ARAGÓN REYES.....	17

Otra víbora en el vaso	
CATALINA BELLO.....	25

Nunca pasa nada	
FREMDINA BIANCO.....	31

mate rayo fede luca	
MANUEL BROULLÓN.....	43

El vuelo de las moscas	
ENMA CALVO OLLOQUI.....	63

Pericias humanas	
SAMUEL EDUARDO DOMÍNGUEZ MARTÍN.....	69

Brujas	
ELVIRA ESTEBANEZ YEPES.....	89

Redd	
ISABELLA GARCÍA-RAMOS HERRERA.....	101

Creadoras de ángeles	
GABRIEL LOZANO BERNABEU.....	109
Mustang del 68	
ÁLVARO MALDONADO PLAZA.....	139
Ven y sana mi dolor	
JAVIER RODRÍGUEZ ÁLVAREZ.....	161
Verdades encaladas	
MARTA RUBIO BARCELÓ.....	167
Los rapaces	
DANIELA VICCO MARTÍNEZ.....	191
Biografías de las/os autoras/es.....	209
Títulos de la colección «Laboratorio Transmedia».....	227



## Editorial

Raymond Chandler dejó dicho en *El simple arte de matar* que «el relato de detectives [...] tiene que encontrar su público por medio de un lento proceso de destilación». Así el oficio de escribir se vale de toda clase de estrategias para comunicarse con la lejanía desde la cercanía íntima de la página de un libro. Nadie escribe si no es para iniciar una relación en diferido, destinada a susurrarle al oído de quien lee las más oscuras atrocidades, las más caprichosas incitaciones, el «placer del texto», en fin, según Roland Barthes.

El relato policial —y sus infinitas derivaciones ventiseculares: género negro, misterio, *thriller*, aventuras, espías, judicial...— es, en especial, un tipo de texto muy retador, tanto para quien lo escribe como para quien se atreva a leerlo.

Del lado de la escritura, hay que vencer a la pereza, superar el mito de las musas, aceptar el desafío, enfrentar la página en blanco, comenzar a inventar con una capacidad de cálculo infalible capaz de sostener la enorme estructura, bien sólida, del relato. Jugar, también jugar; pero jugar a un juego que implique divertimento, estrategia, seducción, sentido del desapego suficiente —¡es sólo un juego!— como para participar de él con encanto y hasta con cierto desenfreno.

Los trece relatos que componen esta antología —trece: no apta para personas supersticiosas— son el resultado de un «lento proceso de destilación», de lectura, de estudio; un desafío sostenido a lo largo de más de un año. El reto comenzó en la asignatura «Novela policiaca» del Máster universitario en Escritura Creativa de la Universidad Complutense de Madrid, en enero de 2022, y ha llegado hasta el mes de abril de 2023 bajo el auspicioso marco del proyecto de innovación UCM 170 «Laboratorio transmedia». Por el camino, las lecturas, el estudio, las clases, los talleres, las conversaciones en el campus complutense de Moncloa, los días y las horas tecleando en Cero Gluten, una larga relación epistolar por correo electrónico, la proliferación exponencial de documentos en una carpeta compartida en la nube, audios de Whatsapp que son podcasts y cruzan el océano, dos platos, vermú y postre en Juan Raro, los afectos... Pero sobre todo, la sabia guía de las editoras, Fremdina Bianco e Isabella García-Ramos Herrera, cuya profesionalidad y criterio demuestran que un proceso de aprendizaje y enseñanza no se

completa si no se entrega, si no conversa, si no llega al espacio público como lo hace ahora este *El arte de la violencia*.

Y hasta aquí, pues ese otro relato, el de la historia de este libro, no es el objeto de nuestra obra colectiva. Ahora, lectora, lector, pasa las páginas, horrorízate con la violencia, excítate más allá de los límites de tu propio deseo, derrama cada palabra de estas letraheridas, letraheridos, en tu desatada imaginación.

MANUEL BROULLÓN  
Madrid, abril de 2023.

# Prólogo:

## Cuando preguntarse es la única respuesta

JUAN MANUEL DÍAZ AYUGA

Tras una investigación cabalística por una ciudad inventada, finalmente, Erik Lönnrot, el detective, encontrará a Red Scharlach, el criminal, el artífice. Habrá tenido que interpretar antiguos volúmenes judaicos, averiguar el inefable Nombre de Dios, escondido en tres víctimas exactas, aquellas que en el mapa de la ciudad conforman un preciso triángulo equilátero de tinta roja. Su persecución le habrá de conducir, sin embargo, a la localización de un cuarto sacrificio, un nuevo vértice en la figura: la quinta de Triste-le-Roy, que volverá el triángulo en rombo, reflejo de dos triángulos, una geometría exacta. Y allí, en el mirador de la quinta, en ese laberinto simétrico de duplicidades, Scharlach, el asesino, apuntará a Lönnrot, el investigador, con el arma del otro, que es ahora el arma del uno.

Entre el amanecer y el ocaso, estos dos enemigos especulares se observan, dialogan, se reconocen. Scharlach retrocede unos pasos. «Después, muy cuidadosamente, hace fuego».

¿Quién dispara? ¿Quién vence? ¿Quién muere?

La respuesta, para quienes se hayan acercado al extraordinario cuento «La muerte y la brújula», de Jorge Luis Borges, no está tan clara. Como en los grandes relatos borgianos, en «La muerte y la brújula» —sin duda, uno de los mejores relatos de detectives jamás escrito—, Borges, ante todo, juega. Juega a ejercitar su «temeraria perspicacia», a ser víctima y victimario, perseguidor y perseguido, investigador y criminal, Erik Lönnrot y Red Scharlach, en la tenebrosa quinta de Triste-le-Roy. Sin embargo, el problema —el juego— que plantea no puede resolverse más que en el propio texto, en la particular semántica en la que se adentran sus protagonistas, aquella que les lleva a buscarse mutuamente, porque, como en los juegos borgianos, la solución cae siempre en el campo de la interpretación. Es decir, no en el de la realidad, no en el de la respuesta, sino en el de la pregunta.

De la misma forma, los trece autores y autoras que componen esta antología nos invitan a resolver problemas extraños —«rigurosamente

extraños», nos dirá Borges—, a preguntarnos por una maleta, por un coche, por los viajes improbables de una remera de Boca, por un veneno que no funciona, por una cinta que no sirve, por un motín carcelario sin repercusión social, por el final de un secuestro o por el volar culpable de las moscas. Como Borges, los excelentes narradores y narradoras de estos relatos juegan al hipnótico arte de la violencia, aquel que atrapa al lector y, sin necesidad de mancharse las manos, le invita a imaginar quién fue, por qué y cómo, a ser por unas horas su Lönnrot particular o, por qué no, su propio Scharlach.

Si bien todos ellos están aunados en esta antología bajo el amplio paraguas del relato policiaco, cada uno desborda con facilidad sus límites, hibridándose en textos innovadores y originales que combinan el crimen y su investigación con el humor, la fantasía, la crónica periodística, el testimonio judicial o la ciencia ficción. Sus historias, cada una relatada con un estilo particular, nos presentan a personajes que, a pesar de su diversidad, convergen en la creación de tipos únicos, algunos tan atractivos que podrían habitar futuras historias con una entidad propia.

Los espacios y tiempos por los que transcurren son, así, igualmente divergentes. Si, como Lönnrot, tuviéramos que trazar un mapa que reuniese a todos, veríamos cómo los trazos —rojos— recorrerían la geografía española para alcanzar con sus tentáculos la India, Argentina, Norteamérica, Inglaterra o lugares irreconocibles en un futuro distópico, componiendo, así, casi una geometría perfecta de líneas —si no fuese por su número impar, maldito, que no hace sino dejar algo por concluir, un misterio por resolver—.

El primero de estos puntos en nuestro mapa irresoluble es «Renacuajos», de Andrea Aragón Reyes, quien con una habilidad excelente para la descripción, nos ofrece imágenes tan vívidas que casi podemos sentir el sudor, los esfuerzos y el rostro contraído en pánico de su protagonista, Xavier, en su particular vuelta de una clase de *spinning*. «Otra víbora en el vaso», de Catalina Bello, nos sitúa en la India, en los límites entre lo real y lo imposible, entre presente y pasado, con una gran maestría para encadenar tiempos que convergen a través de diferentes «víboras» en la resolución final. Un salto en esta geografía de trazos nos lleva más allá del Pacífico, hacia Argentina, a la limítrofe Misiones, para recorrer un pequeño pueblo donde «Nunca pasa nada», tal y como afirma su autora, Fremdina Bianco. Su impresionante dominio de registros orales y escritos le permite construir un relato intermedial en el

que se aúna la narración convencional con un coro de voces en *cassette* que componen este hermoso relato-mosaico. Sin salir de Argentina, nuestros pasos nos llevan a Buenos Aires, donde Manuel Broullón, con «mate rayo fede luca», compone un preciso rompecabezas lleno de humor negro. Un juego excelente de narradores y géneros, donde logra mimetizarse —con éxito— en la mejor literatura argentina, bien acompañado de sus queridos Puig y Perlongher.

De la misma forma que el auditorio de niños de «El vuelo de las moscas» queda atrapado por la narración de su protagonista, así permanece el lector ante la hipnótica capacidad de Enma Calvo Olloqui de contar historias y de suministrar solo la información necesaria para mantener el suspense hasta las últimas líneas del relato. En un viaje a los confines de lo posible, nuestro mapa nos conduce al siguiente punto, «Pericias humanas», de Samuel Eduardo Domínguez Martín, quien de inmediato logra situarnos en la mejor ciencia ficción: aquella que convierte en natural y cercano lo que, por su género, pertenece a lo extraño, a lo por venir. El correr de líneas rojas nos introduce, a continuación, en los siniestros bosques de Nueva Inglaterra, donde Elvira Estebanez Yepes construye un fascinante relato detectivesco en plena época colonial. Sus «Brujas» juegan con el lector y su horizonte de expectativas hasta que ya es demasiado tarde. Siguiendo el testigo de «Brujas», «Redd», de Isabella García-Ramos Herrera, nos adentra en el ojo de la venganza, en la sangre que llama a la sangre, a través de un *fluir* de conciencia que aúna magistralmente a personaje, narrador y lector.

El mapa nos devuelve a España, a tierras de Castilla, donde Gabriel Lozano Bernabeu construye con «Creadoras de ángeles» un excelente *thriller* rural, entreverado de géneros y tipos discursivos que añaden una mayor profundidad de perspectivas a la narración. En un giro transatlántico, volvemos a Norteamérica, esta vez, a San Francisco, donde Álvaro Maldonado Plaza nos involucra —sin consecuencias penales— en el mundo de la mafia, en este fantástico *noir* de final impredecible. Hacia el sur, siguiendo la Cordillera de los Andes, el periplo se detiene en Chile, en el divertidísimo relato «Ven y sana mi dolor» de Javier Rodríguez Álvarez. Con una impresionante capacidad para crear personajes y escenas, al mismo tiempo ridículos y realistas —algunos tan ridículos de tan reales—, nos introduce en este original taller literario en el interior de una penitenciaría. El siguiente alto en el camino, «Verdades encaladas», de Marta Rubio Barceló, nos guía, a través

de unos diálogos excelentes, hacia esta truculenta historia maternofilial entreverada de terror religioso. Finaliza el recorrido, con un último trazo en este mapa, Daniela Vicco Martínez y su «Los rapaces», que continúa con las complejas historias intrafamiliares, para ofrecer un relato de secuestros donde el tiempo se detiene en preciosas imágenes llenas de lirismo, y donde la luz, la materia y el espacio se entrecruzan con el lenguaje.

A pesar de la heterogeneidad del mapa que acabamos de dibujar, todos ellos convergen en un punto esencial, una suerte de quinta de Triste-el-Roy: y es que los problemas que estos relatos nos plantean no son problemas posibles, sino interesantes. Pues, como apuntaba Borges en su cuento, la realidad «puede prescindir de la obligación de ser interesante, pero no las hipótesis», no las preguntas. Cada relato nos guía hacia casos extraordinarios en los que trastabillamos como al despertar de una pesadilla en casa ajena, llenos de interrogantes en los que no cabe el azar, murmurando un «¿por qué?» no siempre dicho, cuya respuesta apenas llega o, si llega, nunca alcanza.

Cuando el lector acabe estos relatos se encontrará perdido —felizmente perdido— en pueblos castellanos imposibles, en bosques sin salida y sin entrada, en familias poseídas —por el dinero, por el poder, por el demonio—, en crímenes irresolubles, en preguntas sin respuesta.

¿Quién dispara? ¿Quién vence? ¿Quién muere?

Al final, como en Borges, como en la mejor literatura, sabremos que lo que importa no es jamás la solución, sino el afán constante y humano de seguir inventando preguntas, aun cuando sepamos que no tendrán respuesta.

# EL ARTE DE LA VIOLENCIA





# Renacuajos

ANDREA ARAGÓN REYES

Xavier está sudando. Las gotas le resbalan por la frente, las recoge con la toalla y bebe agua. La clase de *spinning* le ha calado la camiseta y le ha dejado el pelo hecho un asco. Sentado sobre una esterilla, intenta recuperar el aliento, dentro, fuera, inspira, espira. La sala huele a cebolla y a lejía, qué rabia, escogió este hotel porque le gustó el gimnasio. Nunca se salta los estiramientos y, doblado sobre sí mismo, tocando la punta de sus pies con los dedos, su metro noventa parecería un junco torcido si no fuera por sus músculos, marcados, definidos, que le dan la apariencia de un cruasán tostado. La pierna izquierda flexionada hacia atrás, ahora la derecha, diez segundos en cada lado, el brazo izquierdo con el codo apuntando al techo, luego el otro, diez segundos, el cuello hacia un lado, hacia el opuesto, diez segundos. Se levanta de un salto, cuelga la esterilla, recoge su botella de agua mineral y la toalla negra de microfibra.

Sube a su habitación, número doscientos noventa, y llama al servicio para pedir comida. Dos tostadas casi quemadas con mantequilla, dos rebanadas de pan de centeno con aceite y sal, nada de tomate, un zumo de naranja recién exprimido, sin pulpa, un café solo con hielo, cero azúcar, un plato de arroz con verduras, cocidas al vapor, y una pera dura, que cruja al masticarla. Perfecto, caballero, dice la voz del otro lado, en media hora se lo llevamos. Mientras tanto, Xavier aprovecha ese tiempo para ducharse. Tira la ropa sucia al suelo, enciende el grifo y se mete debajo del chorro de agua fría, que le eriza la piel, le convierte en un carámbano, pero, según dicen, ayuda a mantener la circulación en orden. Sale con la toalla enroscada en la cintura, con otra se agita el pelo para secárselo, se planta frente al espejo y se queda quieto, tres, cuatro, cinco minutos. Le quedan diez hasta que venga la comida, le sobra para mimar su piel. Se frota la cara con un algodón empapado de agua micelar, después usa otro de leche limpiadora, un tercero impregnado en tónico, luego se extiende el sérum con movimientos circulares, sin apretar, y se aplica el aceite de germen de trigo. Se mira y suspira satisfecho.

Come despacio, con parsimonia. Las tostadas y las rebanadas, perfectas, el zumo tiene un poco de pulpa y la pera está demasiado

madura para su gusto. Entre esto y la peste del gimnasio, le pondrá una mala reseña al hotel. Llama para que se lleven todo, termina de secarse el pelo, deja la bolsa de deporte sobre el comodín, sin ella no viaja, y se dispone a deshacer la maleta. La empuja hasta la cama, le llega por la cintura, ¿tan grande era?, la agarra del asa, intenta auparla, caray, sí que pesa, ¿tanta ropa ha metido?, se ayuda de ambas manos y consigue subirla al colchón. Desliza la cremallera, la abre, saca un par de jerséis y tres pantalones, y entonces lo ve. Se paraliza, los ojos como platos, la boca contraída, el gesto pétreo, un escalofrío le recorre la espalda. Es una niña. Una niña en su maleta. ¿Qué hace el cuerpo de una niña metido en su maleta? Tendrá tres, tal vez cuatro años. Está enroscado, los brazos rodean las rodillas, parece un caracol desprotegido. Descalza, lleva un vestido amarillo, pálido, como un lirio consumido. ¡Qué hace el cuerpo de una niña metido en su maleta! Xavier suda de nuevo, de angustia, de puro miedo. Se mueve por la habitación nervioso, corre las cortinas preocupado. No puede ser, no puede ser. Suena el teléfono, duda pero lo coge, una voz más allá, dura, grave, dice: paquete entregado.

¿Pero qué tipo de broma es esta? ¿Acaso será posible que...? No, no, qué va, ha pasado mucho tiempo. Xavier ansioso, perplejo, igual de blanco que las cuatro paredes que lo encierran. Es imposible, ¿una niña? Por amor de Dios, qué ha pasado, ¡qué coño ha pasado! La desesperación le cala los poros, el miedo, ahora enfado, supura por su piel. Debe de haber sido un error, es imposible que esta sea mi maleta. Es igual, sí, pero no es mía, ¡no lo es! Y esta ropa, ¿metí yo un jersey gris? Si no tengo jerséis grises. No, no, no. Se me ha extraviado, seguro, en los aeropuertos ya no ponen cuidado, seguro que mi maleta se ha quedado perdida por ahí, tal vez ni siquiera la bajaron del avión, o a lo mejor me la dejé en la cafetería, al aterrizar, sí, algo así debe de ser, porque esta no es mía, cómo iba a ser mía, si yo no metí ninguna niña, cojones. Me la han cambiado, ¡ah!, seguro, eso es, algún hijo de puta me ha querido gastar una broma, seguro, sí, sí, pero, ¿cuándo? Xavier achica los ojos, repasa mentalmente su viaje, se cruje cada taba de los dedos. Del avión la bajé bien, sí, desde luego no pesaba tanto. Di que al taxi la subió el taxista, pero tampoco parecía que le pesara demasiado, la subió en volandas, mmm, joder, qué sé yo, por el hotel la entré a rastras... ¿Durante el entreno? ¡Ah! Seguro, alguien debió de entrar en mi habitación y hacer el cambiazo entonces, ¿no? Dios mío, a saber. Pero por qué, por qué, por qué. Y la llamada, qué loco me llama para decirme paquete entregado y

colgar, a ver, porque no tiene ni puta gracia, será posible... Paquete entregado, dice, el muy cabrón. Recuerda esa voz, fría, metalizada, un escalofrío le recorre la columna y se sacude como un perro mojado. ¿Qué hago? A ver, calma, calma. Tengo que llamar a la policía, ¿no? Eso es lo que haré, claro, qué si no. Tengo que llamar, sí, pero cómo explico esto sin parecer un demente, ¿eh? Hola, mira, alguien me ha dejado una niña en la maleta, pero yo no he sido, eh, no os penséis que soy un lunático, el lunático es otro, el cabrón que me ha dejado una niña metida en la maleta. Santo Dios, pero cómo voy a explicar nada, si no tengo ni idea de qué ha pasado. Bueno, pero para eso están ellos, ¿no? Que se encarguen, que abran una investigación o yo qué sé, ellos sabrán. Seguro que no es la primera vez que pasa, ¿verdad? Ha debido de haber otros casos así, seguro, sí, sí. Deja de dar vueltas y se frena en seco, mira el cuerpo recogido, enrollado en sí mismo, Xavier ni parpadea, los brazos colgando a cada lado, la boca contraída. Madre mía, qué locura. Pero tengo que llamar, qué otra cosa hago si no, a ver... Claro, que si no me creen y piensan que tengo a niñas metidas en maletas, pues a saber, a la cárcel por secuestrador o, ¡peor!, al psiquiátrico, con los locos, ay, Dios mío.

Xavier trata de controlar el aire de los pulmones, su corazón acelerado como un caballo al galope. Va al baño y se moja la cara con agua helada para refrescar las ideas, para ver si todo esto es un mal sueño. Se tapa la cara con la toalla, aprieta hasta que las mejillas son todo hueso y grita; un sonido seco, gutural, atrapado por el algodón de la tela. Lanza un suspiro prolongado, se sacude los hombros y vuelve al lado de la maleta. Coge su teléfono móvil y marca, pi, pi, pi, una mujer le atiende desde el otro lado de la línea, «Está llamando a emergencias, ¿en qué puedo ayudarle?, ¿hola?, ¿hay alguien ahí?, ¿en qué puedo ayudarle?». Xavier agita la cabeza, sale del trance, «Sí, hola, necesito ayuda, por favor, alguien ha metido el cuerpo de una niña en mi maleta».

Dos coches de la policía y una ambulancia llegan al hotel en menos de media hora. Vega García, agente desde hace cuatro años, ordena precintar la habitación mientras ella la recorre con los guantes puestos, buscando algo, cualquier indicio, examina todo con ojos de reptil. Un paramédico se encarga de la niña, la saca de la maleta cuando García le da permiso, comprueba su estado, la condición en la que la han dejado. Suelta un pequeño chillido cuando se da cuenta de que la cría tiene pulso.

—Agente García, venga, la niña está viva.

—¿Viva, dices?

—Sí. Tiene pulso, pero muy débil. Seguramente le hayan administrado algún tipo de droga para dejarla inconsciente. Hay que trasladarla al hospital para ingresarla cuanto antes, hacerle pruebas...

—De acuerdo. Llévalosla. Yo aviso a la comisaría, que manden a alguien para vigilarla y que busquen a sus padres. Usted —y por primera vez se dirige a Xavier, pegado al umbral de la puerta como chicle—, venga conmigo.

Vega García tiene los huesos anchos y el pelo negro, corto, le llega por los hombros. Su ropa desprende un olor a menta y cigarrillo que atrapa y repele a partes iguales. Conduce a Xavier a la cafetería del hotel, tenerlo en la habitación durante el interrogatorio le hubiera puesto todavía más nervioso de lo que está, que ya es decir, piensa Vega, porque no ha dejado de morderse los padrastrós.

—Siéntese —ordena—. ¿Quiere que le pida un café?

—Solo, con hielo, por favor. —Xavier la ve acercarse a la barra, pedir dos cafés y volver sobre sus pasos sin prisa, con una calma que él desearía tener.

—Bien, aquí tiene.

—Gracias.

—Dígame, ¿qué cree usted que ha podido pasar? —García remueve el café despacio, alterna la mirada entre el vaso y Xavier.

—Pues, no lo sé. Por eso he llamado, para que averigüen algo.

—¿No sabe quién o por qué han querido dejarle una niña en su maleta?

—No.

—¿No le parece una extraña forma de dejar un mensaje?

—Sí.

—¿Quién cree usted que podría haber hecho algo así?

—No lo sé, no tengo ni idea.

—Ya.

—Si lo supiera se lo diría.

—Necesito tomarle declaración por escrito. Nos iremos a comisaría en una hora, calculo, porque todavía tengo que echarle otro vistazo a la habitación. No se aleje mucho del hotel, ¿entendido?

La agente se pone de pie, Xavier diría que es más alta que él, pero cuando se levanta comprueba que no, que le llega a la barbilla. La ve alejarse de nuevo, esta vez hacia el ascensor, y él permanece unos segundos tieso, inmóvil, sin saber qué hacer. Se vuelve a sentar, clava los codos en la mesa y apoya la frente entre sus manos, masajeándola en pequeños círculos. Piensa, piensa, piensa, susurra para sí mismo. Entonces su móvil suena, nota la vibración en el bolsillo de su chaqueta. Número desconocido. Otra vez no, musita. «¿Diga? ¿Quién es?» Silencio al otro lado. Una respiración profunda, como de pulmón acatarrado, y la misma voz. «Vaya al parque López Miral, frente a su hotel, y siéntese en el columpio.»

¿Qué? Xavier cejijunto, confuso, con el móvil en el aire, mira la pantalla. ¿Al parque?, dice, ¿para qué quiere que vaya al parque?, ¿a un columpio? Está indeciso, todavía no se ha movido de la silla, no sabe por qué tiene que ir allí, para qué. Duda, ¿debería decírselo a la policía? Porque si va solo y todo es una trampa, que tiene toda la pinta, a saber qué le hacen, pero contárselo a Vega García tal vez complicaría las cosas, ¿no? Va a la barra, se pide otro café. Se lo bebe de un trago. Deja propina, aunque el café no está muy bueno, y se dispone a salir a la calle. El aire se le mete por las mangas y se abrocha la chaqueta hasta arriba. Antes no hacía tanto frío. Mira el parque justo enfrente y empieza a caminar.

El césped verde está húmedo, solo hay un par de niños jugando en la caja de arena y otros dos, Xavier diría que hermanos, suben y bajan para tirarse del tobogán. El columpio está libre. Mueve la cabeza en todas las direcciones, discreto, como oteando el horizonte. Nada. Se arrima al columpio, parece viejo, en cualquier momento se cae, las cadenas oxidadas y un chirrido cuando se sienta. Le llaman, número desconocido. «Mira debajo.» Cuelgan. Xavier guarda el teléfono, se balancea disimulado y toca con la mano derecha la parte de abajo del columpio. Sus dedos notan un papel, lo despega con cuidado. Un sobre amarillento, un poco arrugado, decolorado en las partes que estaban pegadas por el celo. Xavier suspira profundo, cierra los ojos un momento y abre el sobre para ver su contenido. La cara le empalidece de golpe, se le descuelga la mandíbula, los ojos como platos, los labios morados. Guarda el sobre en el interior de la chaqueta y permanece en el columpio como una estatua, quince, veinte, treinta minutos, hasta que

Vega García sale del hotel buscándolo. La comisaría parece recién reformada. Huele a pintura y a café. García lleva a Xavier a una de las salas para interrogarle y avisa a otro compañero para que le tome la declaración por escrito. Empieza cuando quiera, le dicen a Xavier, y él comienza a contar todo, desde el principio. Más de tres horas y media después, tras muchas anotaciones, preguntas y repreguntas, respuestas que no llevan a ningún lado y muy pocos puntos que unir, la agente García sale a por más café. Habla con su superior para decirle que no han avanzado casi nada, que ahora tienen la reconstrucción de lo que ha pasado según Xavier, que no sabe todavía si es víctima o sospechoso, y que todo eso le parece muy raro, rarísimo, porque quién coño va metiendo niñas en maletas sin razón aparente. Algo se le escapa pero no sabe el qué.

—Bueno —Vega se sienta frente a Xavier en la salita—, pues parece que sabemos lo mismo que usted, nada. Su declaración ya está terminada, así que poco más puede hacer aquí. Hemos avisado al hotel para que le traslade a otra habitación, no muy lejos de la anterior, porque tiene que mantenerse cerca en caso de que le necesitemos de nuevo, que seguro que lo haremos. Mientras tanto, seguiremos investigando a ver qué ha podido ocurrir, es un caso demasiado extraño, como supondrá. Ahora váyase al hotel y descanse, seguramente mañana volvamos a hablar.

Xavier vuelve al hotel, habitación número trescientos. Se pone el pijama que le han prestado porque en la maleta no había ninguno. Piensa en la niña, la visualiza como la encontró, enrollada, indefensa, pero viva, se dice, por lo menos viva. Seguro que también le preguntan cosas en cuanto se despierte, supone. Y entonces recuerda el sobre que guardó en la chaqueta. Saca su contenido después de tragar saliva, lo coloca encima de la cama y se queda de pie, mirándolo con la cabeza ladeada. Su móvil vibra de nuevo, suena, número desconocido. «Me estoy cansando de este juego —le grita a la voz de hierro—, ¿qué queréis de mí?» La misma respiración asmática, el mismo tono neutro y robótico, «Ya sabes lo que queremos, que vuelvas». Cuelgan. Xavier tira el móvil contra el colchón, frustrado, rojo de ira, con las manos contraídas como garras por la rabia. Se toma varias infusiones, medita durante una hora, trata de relajar los pulmones, de calmar a su sistema nervioso, y cuando se siente menos agitado, se pone a pensar.

Vega García se presenta en el hotel a las nueve en punto. La niña ha hablado, poco, porque no se acuerda de casi nada, salvo de un hombre que le ofreció una muñeca. Sube hasta la trescientos, toca la puerta con los nudillos y espera. «Xavier, soy la agente García, abra, por favor.» La policía acerca la oreja a la puerta y espera unos minutos más, por si el hombre necesita tiempo para vestirse, ¿estará despierto acaso?, se pregunta. Golpea la puerta de nuevo, «Xavier, soy Vega, abra, por favor, necesito hablar con usted». Nada, no se oye ningún ruido al otro lado. Impaciente, García llama al servicio del hotel para que le abran la dichosa puerta. Entra en la habitación despacio, está en penumbras, con la cortina medio corrida evitando que entre la luz del sol. La descorre entera para ver mejor. «¿Xavier? —llama—, ¿está aquí?», pero nadie contesta. La agente se fija en la cama, parece recién hecha, diría incluso que nadie durmió en ella la noche pasada. Encima, muchas fotografías. Se acerca, ajusta sus ojos a las imágenes. ¿Niños? Son todo niños, niñas, rostros de frente con una pared blanca detrás. Unos serios, la mayoría con la vista cansada, con los párpados caídos y la boca triste. No tendrán más de ocho, nueve años. ¿Qué es todo esto?, masculla.

Mientras tanto, Xavier ya está en el aeropuerto, a tan solo un minuto de montarse en el avión, un minuto para despegar y alejarse de esa ciudad. Se lo imaginó desde el principio, «¿Acaso será posible que...? No, no, qué va, ha pasado mucho tiempo», pero no quiso pensar que sería cierto. Ahora, con el ruido de los motores metido en su cabeza, sabe que no hay vuelta atrás. No tiene alternativa: «Ya sabes lo que queremos, que vuelvas».





## Otra víbora en el vaso

CATALINA BELLO

*Estoy despierta. Me ha despertado el olor, la sábana fría. He defecado. Oigo ruido, mi respiración bajo el plástico. Hay alguien, ahí, al otro lado. Pero no puedo abrir los párpados. No sé si los he abierto. La lengua me pesa, sabe a metal. Un charco de orín salta desde mi vulva. He perdido el conocimiento... No sé cuánto, cuándo, dónde... No recuerdo. Me agota pensar. No pienso. El cuerpo, mi cuerpo está encima de algo. Huele a insecticida. El vientre me sube, está hinchado. Estoy hinchada. Me pudro. Toco una pared. Es metal, está fría. Estoy fría... pero no. No, muerta no. Respiro... No, no cadáver.*

*Sudor, rigidez. Yo. Un hormigueo recorre piernas, brazos... El cubo en el que estoy guardada se desplaza. Me apartan el plástico.*

*La luz abrasa. Es brutal. Me encojo. Tapo los ojos. Me limpian. Soy yo, no muerta. Me ponen una sábana.*

*Huelo, gotero. No muerta, no. Separo las pestañas; deslumbra, blanca, es una bata. Me palpa, ausculta el pecho. Es un hospital, es una morgue, es una médica. ¿Qué pasó?*

*Recuerdas...*

*Me incorporan: dolor, me parte en dos. Piso el suelo, frío. Mis piernas... azules. Nunca tuviste las piernas azules. No sabes qué ha pasado. No quieres recordarlo y no pensar en ello te hace olvidar el dolor, el hospital... Así que giras tu pensamiento, buscas otro: algún nombre: Aisha. ¿Quién es Aisha? Te suena. No, tú no eres Aisha.*

*Entonces te acercarás hasta el pasado, a lo que ha ocurrido para que vuelvas de la muerte. No, no es. Estoy viva, aún estoy viva. Lo sé, es por esa pared, la que acabas de tocar, estaba fría, es de metal, la de la morgue. El vaso de vidrio que contiene el suero que te están poniendo después de incorporarte, te dará otra pista, te hará recordar. Ahora es ayer. Ayer por la noche el vaso de la mesilla en el hotel se volcó mientras bebía. Ayer también es hace mucho tiempo. Hace mucho tiempo había una pared en una habitación grande, una pared con un estampado.*

*Recuerdas, mamá os ha llevado a la tienda a ti y a Aisha y os deja elegir el estampado. Las dos, Aisha y tú, salís de la tienda de papeles pintados y os mojáis, es tu primer monzón en la India. Mamá no quería,*

*pero papá...* os llevó a las dos a vivir allí. Aquella niña de piel oscura, *Aisha*, ya estaba en Harsud cuando llegasteis a la casa, luego será tu amiga.

Las dos cantáis como cigarras alegres al ver vuestro nuevo papel pintado pegado a la pared de tu habitación. «¡Qué bonito es, y tan lleno de cántaros de cristal con lotos y jazmines y caléndulas...!», dice *Aisha*. *¡Cristal! ¡Como el tarro del suero que me están poniendo ahora mismo!* Luego jugáis a que vais a las fiestas de los Punjas con saris y haciendo ofrendas de flores como los más mayores... Salís al patio a buscar pétalos para hacer mandalas... *Para trenzarnos con ellos el pelo... Más lejos... más... si no no los hay grandes. Tenemos que salir a buscarlos al otro lado de la valla de la casa. Camináis entre la cúrcuma y el sándalo. Debajo hay Algo. Algo que pincha. No lo veo, pero pica... Pica a Aisha.* Te agachas a mirar. No ves nada, pero gritas. Ha vuelto a picar. *Me duele. ¡Mi brazo está grande, muy gordo, como la pierna de Aisha! Se lo enseñó, pero se está durmiendo. ¡Aisha se ha puesto a dormir! ¡Y duele! ¡Me hace pupa! ¡Y ella juega a dormir! Pues yo no juego.* Pero sientes que tú también te vas a dormir. *¡No! ¡No quiero! ¡Me duele! ¡Mamá! ¡Casa!* Regresas rápido, rápido; no, no sientes el brazo. Estás... *me estoy...* Polvo. *Caigo.* El suelo nubla *mis ojos... polvo.*

Te mordió, *fue después que a Aisha* y la víbora *ya no tenía tanto veneno*, te dio tiempo a llegar hasta *mamá.*

Sobreviviste. *Como ahora;* como cuando ayer, en el hotel, se te cayó *ese vaso de agua con un sabor extraño*, que alguien dejó en la mesilla de noche. Se te cayó de las manos y no pudiste terminar de beberlo entero. Por eso has resucitado de debajo de los plásticos con los que se envuelven los cadáveres. Por eso has salido de la morgue. *Pero ¿qué hacía aquel sabor extraño, veneno como el de la víbora de las marismas en mi vaso de agua de ayer por la noche en el hotel? ¿Quién lo echó dentro del cristal, dentro del vaso? ¿Por qué?*

Te despezas. Tiembles. El antídoto que te han puesto en el suero te está haciendo efecto. El cuerpo se desentumece... vuelve a renacer. Como después de la mordedura de aquella serpiente en aquel marjal de la India donde también sobreviviste. Pero esta vez has resucitado del polvo para saber. Tu memoria busca... Vas inspeccionando cada gesto... cada reacción... del pasado.

*Estamos en verano.* Otro verano. También hay monzón. Estáis de viaje de novios en Jaipur. Habéis entrado en el Raj Mandir Cinema. La proyección es indoeuropea y una melodía al piano acompaña un canto védico mientras una mujer voluminosa, tan voluminosa como tú, camina

con movimientos extrañamente convulsos en dirección a un diván. Se sienta y enseña a la pantalla una mirada perdida detrás de su pelo enmarañado; parece un animal desorientado. Debajo hay un subtítulo, dice: «El dios Shiva, atrapado por una gran pasión física, trata de poner fin a los días de su esposa Parvati». Alguien tantea la oscuridad buscando un sitio más allá de los vuestros. Es alguien que ha entrado tarde al cine.

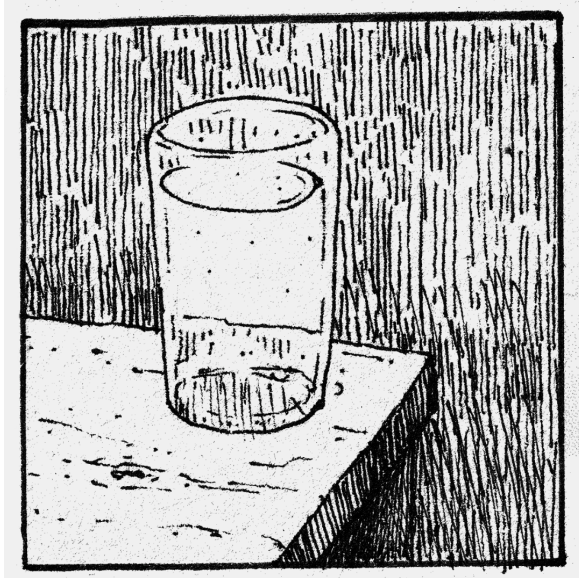
Mientras el recién llegado termina de instalarse en el asiento de al lado, los acontecimientos de la proyección parecen haberse precipitado: la opulencia de Parvati se vuelve inerte entre las lacrimosas esclavas. En ese momento el recién llegado, ya sentado, os pregunta: «¿Qué pasó? ¿Se quedó la diosa Parvati dormida?» Y tu marido contesta: «No, ha muerto». Os volverá a preguntar: «¿Se suicidó?» y tu marido dirá: «Sí». Y tú intentarás explicarle que no, que eso es un... *asesinato*. Entonces tu marido se adelantará a esa palabra, la palabra *asesinato*, y pronunciará aquella... frase desconcertante... «Amigo el amor es una cosa y el confort de los erarios maritales, otra». El final de esa frase será casi inaudible para ti. Sentirás, sorprendida, que su cuerpo, extrañamente, se vuelve púdico, se tensiona... Tu esposo no se atreverá a mirarte... Es vuestro primer viaje juntos y estás tan enamorada que no puedes entender, no entenderás por qué Ranjit se ha vuelto tan pudoroso, por qué no te ha dejado hablar... No te ha dejado terminar... decir... la palabra... esa palabra... la que te cuesta tanto decir ahora... esa que no eres capaz de pronunciar... *envenenamiento*.

Volverás a recordar... recordarás vuestro primer encuentro, el día que os conocisteis en el Club Rajpath: aquella cháchara desenfadada, mientras bailabais bajo los ventanales del gran salón ovoidal, te hacía sentir tan feliz que no podías ver la realidad de su corbata raída debajo del impermeable, de su mirada de interés por tus opulentos vestidos, de sus puños de camisa gastados, del modo innecesario con que toca tus joyas, de sus zapatos malparados...

Recuerdas; ayer, un poco antes de acostarte, mientras te duchabas, lo viste. Viste a Ranjit cambiar el vaso de agua de tu mesilla de noche.

Las niñas cantan como cigarras con su papel nuevo para la habitación lleno de jarrones de cristal con flores de lotos, jazmín, caléndulas... mientras, el suero sigue goteando hasta el interior de tu cuerpo maltrecho. La pequeña Aisha murió, pero tú sobreviviste. Sobrevivirás también a su maldad igual que lo hiciste a aquella mordedura de la víbora de los marjales. Volverás a renacer desde el

polvo, esta vez, será en el hospital. Y lo harás a pesar del dolor de su traición, a pesar de cualquier dolor.





# Nunca pasa nada

FREMDINA BIANCO

Calles de tierra roja levantan un polvo que, suspendido en el aire, se confunde con la niebla. Un pequeño barrio de viviendas celestes, un tractor fuera de funcionamiento; gallinas, perros y caballos de ojos negros y cabellera marrón que pastan delicados y en silencio. Una casa de material sin terminar; junto a ella, un montículo de arena y ladrillos huecos. De una soga cuelgan sábanas, toallas, medias y ropa de toda una familia, telas que se balancean apenas por una brisa que cada tanto surge y se aplaca. Una orquesta de grillos, la cancha de fútbol iluminada por la luna llena de abril, el césped recién cortado y mojado de humedad. El croar de las ranas agazapadas en el zanjón, la casa de Doña Neli, un cartel de «hay hielo», sillas de plástico apiladas y luces apagadas. En esta zona las casas tienen galerías frontales: de día se sacan silletas y se toma mate, pero ahora, ya de noche, son el refugio perfecto para tumbaolla sin hogar. Antenas de Directv, la fábrica, el rincón del curandero lleno de madera y hierros oxidados, la ferretería, los mosquitos.

De madrugada, Cerro Corá se divide entre los que se divierten en el Tinglado y los que duermen, aunque sucede que esta noche, fuera de la bailanta, alguien está despierto en la Comisaría. Se trata del Oficial Kurtz, un joven de veintitrés años recién recibido y trasladado al pueblo, que toma café y cabecea frente a un antiguo escritorio. Es su primera guardia, y si está solo es porque sus compañeros lo dejaron para que se ganara el derecho de piso, aunque también le aclararon que iba a aburrirse de tanto papar moscas, porque en Cerro Corá nunca pasa nada.

Las paredes de la Comisaría están carcomidas por el moho. Se escucha una radio paraguaya de fondo, muy bajo, algo casi imperceptible. De repente suena el teléfono y Kurtz, sobresaltado, se vuelca el café en el uniforme. Sin decir nada levanta el tubo y escucha. Se lo ve tenso. Luego de cortar el teléfono, abre el cajón del escritorio, toma su placa, se acomoda la cachiporra y corre al patrullero. Con las manos aferradas al volante, observa el medidor de combustible, en rojo. Arranca el motor y, contra todo pronóstico, sale a la ruta hasta perderse en la niebla.

En la noche espesa y silenciosa, por primera vez en muchos años el Tinglado apagó la música antes del amanecer. Al llegar a la entrada

Kurtz estaciona, y a través del parabrisas ve que la enfermera del pueblo intenta reanimar a una chica de quince o dieciséis años, con el labio partido y una herida en la frente; junto a ella, un chico se toca la nariz, torcida y sangrante. El Oficial saca un bloc de notas del bolsillo y ve que no trae lapicera; abre la guantera y toma una pequeña grabadora de voz analógica.

El medidor de combustible titila. Desde la oscuridad de los pastizales, un buey instala en el aire un grave berrido. Con las luces azules del patrullero que iluminan la escena, Kurtz apaga el motor y respira hondo.

### **Testimonio N°1 - Sta. Azucena del Río - Cassette Lado A**

*Yo le dije que no se metiera pero no me hizo caso y se metió. La pobrecita ligó un botellazo en la cara y, mire usté, le partió el labio. Egidio también le pegó un bife, o eso dicen, pero yo eso no lo vi porque justo me fui al baño, pero lo creo porque Egidio siempre fue mano suelta, aunque pegarle a Viviana justo cuando ella salta a defenderlo... Eso sí está mal, eso no se perdona, se condena.*

*La riña empezó porque Egidio se metió con Analía, la de la peluquería de ahí a la vuelta de lo de Doña Neli, que anda a los besos con Salomón pero después dice que no son novios ni nada, así que bastante rapidita la peluquera... Rapidita y viva, porque cuando Egidio le gritó guampudo a Salomón, ella fue la primera en largarse a correr. Bomba de humo, vaya una a saber a dónde se fue...*

*La gente armó un círculo y en el medio quedó Salomón, que se arremangó esa camisa blanca a rayitas celestes que lleva puesta y después tiró al aire la primera trompada, que le acertó a Egidio en la nariz pero el que se*



manchó la camisa fue el mismo Salomón, y eso sí que no sale, ya le digo yo, que si sabré de manchas... Si no la remojan ahora, alpiste, perdiste... Y con el lío que hay, yo no creo que vayan a llegar a tiempo...

Yo quería ver la pelea, como todos, pero la verdad es que me hacía pis encima, así que salí. Como para el baño siempre hay cola, acostumbro a usar vestido, ¿sabe?, así que crucé la ruta y me bajé la bombacha... Dicen que fue ahí cuando la Viviana se metió a separarlos y gritaba: ¡paren, animales, que se van a matar!, ¡paren!, y mientras decía eso, ¡PUM!, un derechazo de Egidio la dejó estúpida, y después, ¡PUM!, un botellazo voló por el aire y le aterrizó en la cara. Viviana cayó y la cabeza le rebotó varias veces contra el cemento. Eso me dijeron, porque yo llegué justito después, con el patovica, pero bueno, los patovas siempre llegan cuando la mierda ya pasó...

## **Testimonio N°2 - Sr. Roberto Sánchez - Cassette Lado A**

Estábamos meta baile con lo vago, meta vino y porquerías, cuando Salomón empujó a Egidio. Fue de puro caú, pero Egidio es de pocas pulgas y se la devolvió; ahí fue que Salomón se arremangó la camisa y de una piña le partió el tabique, como para que le quede claro. Carlos cortó la música pero lo vago, re loco, se pusieron a cantar «piña va, piña viene, los muchachos se entretienen...».

Viviana trató de meterse, que es lo que no hay que hacer: meterse. Egidio la agarró del

brazo y se puso adelante pa defenderla, pero no va que justo revolean al aire una botella.

Pudo ser cualquiera, Analía, Viviana, la Negra, Axel, Betiana, Alejandro, Sabrina, el Juli, Esteban, Luciano, el Bichi, Marquitos, Kevin, el Enano... yo no sé quién fue, estaba oscuro. Como la guaina no reaccionaba, Salomón se asustó y dijo que no quería lastimarla...

**Testimonio N°3 - Sta. Analía Horrisberger -  
Cassette Lado A**

Disculpe, Señor Oficial, pero no puedo ayudarlo. Cuando empezó la riña me asusté porque eso nunca termina bien, pero ver no vi nada... Bueno, salvo cuando Azucena empujó a la pobrecita de Viviana al centro de la pista. Eso sí vi, se lo juro por mi abuela Tita, que en paz descanse... Y ojalá pudiera decirle más.

A Azucena, Viviana nunca le cayó bien, ¿sabía?

**Testimonio N°4 - Sr. Egidio Méndez - Cassette  
Lado A**

Yo estaba bailando de lo más tranquilo y de pronto me dieron un empujón que casi me caigo al piso. Así, sin más. ¿Qué iba a hacer? Me defendí. Igual Salomón será un guampudo de mierda, pero cobarde no es, ¿para qué le voy a mentir? Me pegó de frente, como un hombre.

Vivi se metió a separarnos y ahí se pudrió todo... ¿Ya le avisaron a mi vieja? Se va a pegar alto julepe... Igual Viviana se va a recuperar, porque no fue grave ¿no?

¿Cómo le voy a pegar a mi hermana? ¿Me toma el pelo?

Con Salomón íbamos a darnos mano a mano, como tiene que ser, pero ahí fue que un hijo puta tiró una botella.

Cuando sepa quién fue, le juro que lo mato.

Es que no entiendo por qué no me deja ir, si yo no tengo nada que ver. ¿No me ve la nariz rota o es ciego?

Yo a Vivi la amo, usted no sabe lo que es esa gurisa. De chiquitos parecíamos los dos mandados a hacer para las macanas... Una vez le robé el aire comprimido al viejo, tendría yo unos seis, siete años, pero me acuerdo como si fuera ayer. Le exploté los vidrios a la municipalidad, y el viejo cuando se enteró me dio con la guacha un buen rato. Fue Vivi la que lo hizo parar, me defendió, le dijo que era idea de ella... Eso para que vea lo bien que nos llevamos... Y a ella el viejo ni la tocó, es su debilidad, se muere por la Vivi... Cuando se entere se va a poner como loco, va a pensar que fue culpa mía...

Le juro que yo solo vine a bailar, como todos los fines de semana, porque tampoco es que acá en el pueblo haya otra cosa para hacer... Yo no quería bardo, soy buen pibe... Le corto el pasto a Doña Neli, pregúntele por mí, dele, va a ver que solo tiene cosas buenas para decir... Y con Salomón nada, ya está... Ya vamos a arreglar las cosas pero entre nosotros, de hombre a hombre...

¿Está bien Vivi?

¿Entonces fue culpa mía?

**Testimonio N°5 - Sr. Salomón Pereira - Cassette Lado B**

*El que empezó todo fue Egidio, yo no hice nada... Bueno, sí, a él le pegué una piña, pero nada más. Defensa propia le dicen, ¿sabe?*

*Fui yo solo, anote eso. No había nadie conmigo, Alejandro no estaba.*

*¿Alejandro? Mi mejor amigo, el Pela le decimos, ¿no le conoce? Es el hijo del Intendente...*

*No, eso no lo anote. No anote nada, si le digo que él no estaba. Creo que justo fue al baño.*

*No, no sé de dónde vino el botellazo... Igual la Viviana ¿para qué se anda metiendo?*

*¿Qué es lo que anota?*

*Estoy tranquilo.*

*Sí, ahí fue cuando el Coki se abrió paso entre la gente y se llevó arrastrada a la Vivi.*

*Ya sé lo que usted hace y está mal, porque yo soy menor y mis viejos no están. Además, no fue mi culpa, ya le dije, yo solo me la agarré con el Egidio.*

*Deje de anotar, le digo.*

*¿Usted sabe quién soy?*

**Testimonio N°6 - Sr. Carlos Skulimoski - Cassette Lado B**

*Son cosas de chicos, mejor no te metás.*

*La noche venía bien. A veces se pelean, sí, pero es normal, se chupan y se desconocen. Una vez se agarraron a machetazos, imagínate. Yo los separé como pude. A uno le tajearon la cara, pero no eran de acá... Acá es tranquilo, nunca pasa nada...*

No, yo de Alejandro no hablo.

Vos porque sos nuevo.

Igual los que se agarraron fueron Egidio y Salomón. Yo nunca los había visto así... Pero por una guaina uno pierde el marote... ¿Vos viste lo que está la Analía?

El personal de seguridad estaba en la puerta, debe haberse demorado en entrar nada más. Se llama Coki, buen pibe, es huérfano el pobre. A él no lo jodas.

Mirá... Oficial... ¿Kurtz dice? Acá tenemos todo en regla, si no, preguntale a Acosta.

Sí, ya sé que Acosta es el papá de Alejandro, pero también es el que maneja todo acá y el gurí no tuvo nada que ver.

Puede ser que le haya dado una propina al Coki, pero por ayudarlo, si ese es un muerto de hambre...

Ya te dije, son cosas de chicos, no te metás.

### **Testimonio N°7 - Sta. Betiana Tacone - Cassette Lado B**

Soy amiga de Viviana, la mejor amiga, somos como primas, más que primas, como hermanas somos... Nos criamos juntas y sabemos todo una de la otra.

Pasa que Viviana estaba saliendo con Alejandro pero le cortó y el imbécil no lo pudo soportar. Día y noche le mandaba mensajito. Se lo juro, le iba a buscar a la casa, la perseguía, si yo le vi. Aparte a mí Vivi me cuenta todo.

La semana pasada él le dijo que más vale se arrepienta y vuelvan o la iba a pasar bien mal. Viviana se largó a llorar y él le dijo que no

se olvide que ella era una mosquita muerta y que ni se le ocurra abrir el pico porque se arma, que su papá iba a ponerle a toda la familia de patitas en la calle y se iban a quedar sin nada..

Por eso Viviana no quería venir, pero como a mí me gusta Robertito la convencí... Así que sí, para mí lo de Alejandro fue planeado, seguro. Le pidió a Salomón que armara bardo como excusa, si Salomón siempre fue un pan de Dios... Y del Egidio ni te hablo, si no me enamoro de él es porque con Vivi hicimos un pacto: con los hermanos de la otra no..

Yo le vi al Pela apuntarle a Vivi con la botella. Estaba como ido.

Igual por favor no diga que fui yo la que le contó.

### **Testimonio N°8 - Sta. Blanca Wall - Cassette Lado B**

Yo no creo que anduvieran juntos. Si Alejandro puede elegir a la que quiera del pueblo, ¿por qué va a andar con la Viviana? Nada que ver... Igual lo vi tirar la botella, pero seguro le apuntó a Egidio.

Yo llamé a la Policía, sí. Viviana será lo que será, pero estaba inconsciente y con la cara toda reventada.

\*\*\*

El Oficial Kurtz apaga la grabadora y se desabotona el cuello de la camisa. Está sentado en una sala de interrogatorios improvisada en el depósito del Tinglado. Un tubo frío ilumina el espacio. Hay cajas, botellas, sillas apiladas y una pequeña ventana rectangular con

mosquitero. Las baldosas transpiran casi tanto como Kurtz, que se levanta y sale.

—Don Carlos —dice y pasea la mirada por el local—. ¿Alejandro...?

—Mejor no armar quilombo, ya te dije ya...

Un grupo de chicos espera en la puerta, y Kurtz se acerca decidido a preguntar:

—¿Dónde está Alejandro?

Nadie se anima a hablar, pero de entre la gente sale Betiana con la mirada gacha a decir:

—Perdón, Oficial, me equivoqué.

—¿Qué le pasa, señorita?

—Si me puede tomar declaración...

—¿De nuevo?

—Le mentí, por los nervios...

Se levanta un cuchicheo. Salomón, parado junto a Betiana, la toma del brazo; ella da un paso al frente justo cuando Acosta entra al Tinglado y se hace silencio. Carlos sale de atrás de la barra para saludar:

—Bienvenido, Intendente...

Acosta mira a los chicos y les sonrío:

—Vamos para casa... Qué van a decir sus mamás, que andan yirando hasta quién sabe qué hora... Vamos.

Kurtz, confundido, se adelanta a cortarles el paso. Con voz temblorosa dice:

—No se pueden ir.

—¿Cómo que no, Oficial?

—Tengo que tomarles los datos, y su hijo tiene que acompañarme a la comisaría.

Acosta lo ignora y le repite a los chicos que vayan a sus casas. Los chicos agradecen y salen en fila, como soldados. Betiana mira al Oficial Kurtz con los ojos vidriosos, y después sigue a los demás.

—A la chiquita esta ya la trasladé a Posadas... Todavía no se despertó, pero usted no se preocupe que los gastos están cubiertos, va a estar bien atendida... —Kurtz lo mira sin decir una palabra—, pobre guaina... qué culpa tiene de emborracharse hasta dársela contra el piso... Pero las chicas hoy en día no tienen educación, ¿vivo? Con toda esta cosa de la libertad, los derechos y no sé qué cuento... La juventud está perdida... Pero para eso estamos nosotros, para arreglar las cosas.

Acosta le da al Oficial Kurtz una pequeña palmada en el hombro, pero de inmediato lo agarra con fuerza y le dice:

—La noche terminó... ¿Usted no está cansado, Oficial?  
—Estoy bien.  
—Es su primera guardia, ¿no?  
—Sí.  
—¿Y los muchachos le dejaron solo? Son bravos, eh...  
—Estoy bien.  
—Mejor vaya a su casa, descanse...  
—Cuando termine —responde Kurtz y con eso Acosta suelta una carcajada.  
—No se preocupe, hombre, que yo ya hablé con sus superiores...

Con la presión de la mano del Intendente sobre el hombro, Kurtz intenta echarse hacia atrás, pero Acosta lo sujeta.

—Son cosas de chicos, ¿sabe?

Los ventiladores de techo están al máximo y aun así hace calor. Carlos repasa la barra con un trapo húmedo y roto. Sin soltar a Kurtz, Acosta se gira hacia él y pega un grito:



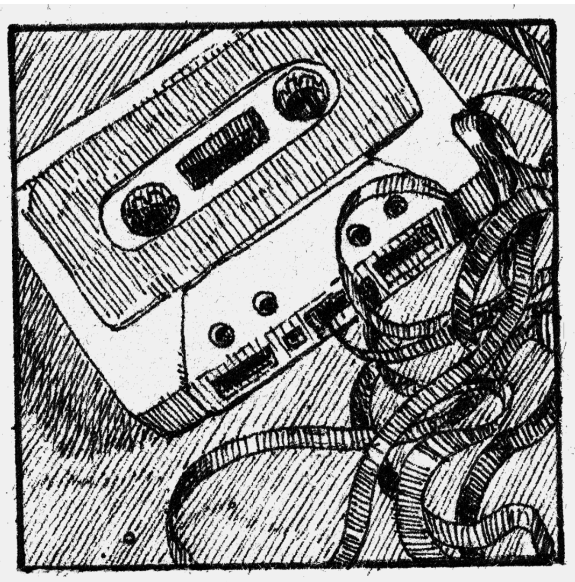
—¡Marche un trago acá para el Oficial!

Carlos prepara un vaso de ginebra con hielo, y con un gesto de cabeza Acosta invita al Oficial a sentarse.

—No querrá hacer enojar al Comisario...

Kurtz mira al Intendente, y después obedece arrastrando los pies; se saca la placa del bolsillo y la apoya en la barra. Acosta saluda a Carlos con un fuerte apretón de manos y se retira.

La luz de la mañana entra a través de los ventanales. Suena música gaúcha y el Oficial Kurtz ya duerme con la boca abierta mientras una mujer baldea sangre, vidrios rotos y mugre acumulada.



# mate rayo fede luca

MANUEL BROULLÓN

*Con M. Puig y N. Perlongher.*

«Al mundo de hoy le falta llorar: lloran los marginados, lloran los que son dejados de lado, lloran los despreciados, pero aquellos que llevamos una vida más o menos sin necesidades no sabemos llorar»  
—Papa Francisco I.

«Más abominable aún que los imperialistas son los hombres de las oligarquías nacionales que se entregan vendiendo y a veces regalando por monedas o por sonrisas la felicidad de sus pueblos»  
—Evita Perón.

«Lástima no se le tiene a nadie, maestro. Pelealo, tenele bronca, pero lástima, a nadie»  
—Diego Armando Maradona.

Informe nro. 18347/122 de la Policía de la Provincia de Buenos Aires

El 3 de septiembre, a las 17:30, la central de la policía recibió una llamada telefónica de la sucursal 43 de Banco Patagonia en el Partido de Lomas de Zamora. Un empleado puso en conocimiento de la policía el extraño acontecimiento que sigue: la gente festejaba por la calle con billetes de cien dólares en las manos. El empleado sospechó que la plata pudo haber salido de algún banco cercano, y afirmó temer que la turba terminara asaltando la sucursal y vaciando la caja fuerte. El agente L.P.M. se desplazó hasta el lugar para investigar lo sucedido.

A las 20:45, el agente L.P.M. condujo a un detenido a la comisaría Lomas de Zamora 4.º-Llavallol. El detenido: un sujeto de género

indeterminado, tez morena, ojos verdes, que respondió a las iniciales F.A.

Según la declaración tomada a la vecina, F.A. discutió en la mañana con un hombre maduro, tras lo cual, F.A. se atrincheró en su departamento, abrió la ventana, arrojó una gran cantidad de fajos de billetes de cien dólares a la calle y gritó, siempre según la declarante, «sos puto y lo sabés, no quiero tu plata a cambio de mi silencio, lo he contado todo y te van a cagar, hijo de re mil puta». Los vecinos irrumpieron en el departamento y encontraron bolsas de Coto llenas con fajos de billetes. Imposible determinar cuántas bolsas eran. Los vecinos se llevaron la mayor parte de la plata antes de la llegada del agente L.P.M., quien procedió a precintar el departamento y a retener los fajos que quedaron tirados por el piso.

La declarante afirmó que no era la primera vez que ocurría: fueron siete escándalos similares en la semana desde el domingo (el 3 de septiembre fue día martes).

El detenido quedó en el calabozo a disposición del juez. Sus pertenencias (una estampa de la Virgen de Luján, lubricante anal y una remera de Boca Juniors descolorida) le fueron decomisadas.

Cuando llegó el requerimiento judicial, el 28 de septiembre, F.A. apareció colgado de una soga en su celda. El fiscal levantó acta y se procedió a trasladar el cadáver al Instituto Forense. Nadie reclamó su cuerpo. El juez dictaminó el archivo del caso por falta de pruebas.

\*\*\*

Hay lugares en donde el tiempo está atrapado por dentro de los muros. Si las cosas que han sucedido, que han sido en el tiempo, que son tiempo, se convierten en materia, entonces los muros también guardan las palabras que alguna vez allá se dijeron. Porque cada palabra es acción, y cada acción deja su huella imborrable en la existencia material de cada cosa.

¿Qué cosas son estas? Un ventilador, parado, en el centro del techo del salón del club Cha Cha. Manchas de humedad, grietas en las paredes y el techo, pintura desprendida. Un calendario en la pared con fecha de 20 de agosto.

El rumor de las conversaciones hacía vibrar todo el edificio. Pelotudo, pelotudo, otra... Sobre la puerta de entrada, tres retratos de colores desvaídos, eso sí, enmarcados en oro, del Papa, Evita y Maradona. Los tres, sonrientes. Sus dientes blanquísimos sobresalían bajo el reflejo de unos cristales oscuros, como del color del café, teñidos por el humo del faso a lo largo de tantos años, después de que la cancha cerrara, en lo que quedaba como un club clandestino cuando los chiques regresaban a sus casas y sus papás o los hermanos mayores seguían bebiendo y fumando en aquel boliche del conurbano.

Ya era de noche. Cruzaba por el salón un mesero, más viejo que maduro, por no decir que ya tenía un pie en la tumba. Un grupo armaba quilombo alrededor de una mesa de madera cubierta por un batallón de botellas de Quilmes, vacías y pringosas del aceite que rezumaban los restos de un asado a medio comer, acribillado a tenedores. A su lado, una tortilla desmoronada. El huevo, casi crudo, se derramaba por el borde del plato. Vasos con restos de espuma. Mate zarpado en yerba seca. Las bombillas, esparcidas por la mesa, junto al salero de plástico volcado. Los guachos repasaban jugada a jugada el último partido de Boca y River, divididos a partes iguales entre las hinchadas de una y otra escuadra.

En el otro extremo del salón, una mujer, sola, bien vestida, tipo señora de Recoleta, pollera de tubo por debajo de la rodilla, camisa a cuadros, medias oscuras. Su mesa, impoluta. Una botella de agua —con gas— cerrada, bien cerrada, el tapón atascado. Un vaso de cristal vacío. Moscas rondando los restos de líquido en el borde, manchado con pintalabios seco color carmín.

Por la puerta de madera y cristales entró una niña de unos cinco o seis años. Llevaba un buzo de Peppa Pig a la espalda, de colores tan vivos que resaltaban sobre el blanco desgastado de las paredes del club. Con dos manitos y cortos brazos formaba una especie de cestito de piel morena que rebosaba de paquetes de pañuelos, encendedores y pulseras, todas ellas con los colores de la bandera nacional. Bajo los labios, sobre la barbilla, tres lunares formaban una constelación triangular.

- ¿Pañuelos? ¿Fuego?  
—Pero qué linda sos, niñita, tan chiquita... ¿Cómo te llamás?  
—Ramona Fernández. ¿Querés o no?  
—¿Dónde está tu mamá?  
—Dale, nena, acá no pueden estar les niñes. Andá jugar a la cancha  
—increpó el mesero a la pequeña Ramona con voz grave y aliento a tabaco negro, sin dejar de toser y de rociar a mesa, señora y niña, con su saliva atorada en la garganta.  
—Pero qué decís, Nelson. Mirala, qué linda... Es tan chiquita... Si parece una muñeca, tan renegrita...  
—¿Me regalás tu paraguas? —interrumpió Ramona. Se dirigió directamente a la mujer con sus ojos negros. Casi no pestañeaba de tan abiertos que los tenía.

El mesero suspiró, les dio la espalda y se alejó con paso lento o, al menos, todo lo rápido que le permitieron sus caderas, mientras murmuraba algo así como «vos lo quisiste».

—No está bien que una niñita tan linda vaya sola por la calle —susurró Norma acercándose a Ramona para que el mesero, ya a medio camino, no la oyera.

—¿Me regalás tu campera? —inquirió la niña alzando la voz por encima de todos los ruidos del salón.

—Ay, nena, cómo te la voy a regalar, si yo ya estoy grande... Viste qué tormenta esta noche, no querrás que esta viejita agarre frío... —Su expresión se transformó de pronto de la dulzura impostada de una beata antes de tomar la comunión a la severidad implacable de una suegra—. ¡Vení acá, Negro!

De entre los tipos se levantó uno alto, moreno, gordo, grande, con poco pelo en la cabeza y una barba sin fin que le pasaba por debajo de las orejas hasta perderse por la espalda, por dentro del cuello de su brillante remera de River, recién estrenada o recién robada, andá a saber.

—Negrito, regalale tu campera a la nena, no vaya a agarrar frío. Mirala. Llueve tanto esta noche... Y vos tenés tantas en casa... Si nosotros regresamos en auto...

—¿Sos tarada, tía? —replicó el Negro y enseñó con un bostezo su enorme boca abierta con trozos de asado y de tortilla bajo las encías—. Pará de cagar a la vieja —le espetó a Ramona.

—¡Negro! A mí me podés hablar así si querés, pero a una nena no se le dicen esas cosas. ¡Esa no fue la educación que yo te di!

—¿Me regalás tu remera? —Ramona se giró sobre sus pies sin perder el equilibrio, con los ojos igual de abiertos, y miró fijamente desde su poca altura al coloso peludo.

—Que la nena se puso caprichosa. ¡La concha de la lora...! —El Negro levantó su mano para pegarle un bife a Ramona.

—¡Ah! ¡Ya fue! ¡Ya fue! —La tía Norma le agarró la mano al vuelo—. Sacate la campera de una. Y llevame a casa. Se hace tarde y va a empezar el concurso.

El Negro deslizó su muñeca enorme entre los largos y huesudos dedos de la tía Norma hasta soltarse. Puso los ojos en blanco y dio un chasquido con la lengua por dentro de los labios. Se sacó la campera y se la tendió a su tía sin mirarla. Se giró y, para no caerse, se apoyó con una mano contra la pared. Se mareó. Al sujetarse contra el muro se manchó toda la mano de trocitos de pintura desprendidos. No le importó, o quizás no se dio ni cuenta.

El Negro regresó hasta la mesa por no oír más a la tía Norma. Cuando se pone a bardear la vieja, es mejor dejarla. Total, una campera robada, se roba otra.

Ramona agarró la campera de las manos de Norma con el único dedo que le quedaba libre, el meñique de la mano izquierda. Sonrió mostrando el hueco entre las dos paletas, justo en el centro de la boca. Empujó la puerta de cristal y madera mientras gritaba algo incomprendible pero alegre. Nadie la miraba. Solo la tía Norma le dijo adiós con la mano.

Cuando Ramona desapareció por el fondo de la calle, Norma se puso un pañuelo de estampado portugués sobre la cabeza y se lo anudó bajo la barbilla. Sus dedos temblaban. Cada movimiento lo hizo con solemnidad, como si fuera una liturgia. De niña, recordaba, el cura siempre les dijo que cada día hay que hacer una buena acción. Esta fue la suya, se sentía satisfecha. Sonreía. Sonreía más. Cuando tuvo el pañuelo bien sujeto, y aunque era de noche, Norma se puso unas gafas de sol enormes con cristales ahumados, semitransparentes, que le cubrían la cara desde la frente hasta los pómulos. Agarró el bolso con la mano izquierda y el paraguas con la derecha. Lo levantó con su mano sarmentosa, formando un perfecto ángulo recto de noventa grados con respecto al suelo. Mientras caminaba en dirección a la mesa donde estaba el Negro, pasó agitando el paraguas, como si fuera el hisopo en la mano de un cura. Con la punta de metal romo le tocó la espalda al Negro mientras decía con su característica voz aguda:

—¡El concurso! ¡El concurso!

—Dale... —replicó con desgana el Negro antes de tomar de un trago lo que quedaba de una de las botellas de Quilmes, mientras las hinchadas de Boca y River, por una vez en la vida, de acuerdo en algo, rieron, golpearon las mesas con los puños, hicieron saltar todo lo que había encima hasta tirarlo al piso, pelotudo, pelotudo, siempre bajo la sonrisa pura y limpia del Papa, Evita y Maradona.

\*\*\*

Los viejos que se juntaban a beber frente al maxikiosko dijeron que el 20 de agosto llovería si Dios quería. Y vaya si quiso aquella noche. Las gotas de lluvia golpeaban todo como quejándose de lo mal que andaba el mundo. No había nadie por la calle y, si hubiera, se confundiría con la densa cortina de agua que caía del cielo y filtraba el brillo de los neones y los reclamos de los teatros.

A lo lejos, el tum-tum de una cumbiacha. Según las luces de un auto se volvían tan brillantes como los reclamos de los teatros, la canción que salía por las ventanas abiertas del vehículo iba subiendo de volumen:



*Escuchá  
y vos fijate.*

*Y ahora  
¿Qué voy a decir?*

El estruendo subió incluso por encima del diluvio que azotaba por igual a chetos y a grasas, a chicos y a grandes, a chanchos y a princesitas:

*¿Qué voy a decir?  
Si estoy volviendo  
de madrugada.*

*Un pedo como pa diez,  
Un pedo como pa diez  
y la ropa toda embarrada.*

El auto derrapó y levantó una ola que bañó las vidrieras de los locales de Corrientes y Callao. Los chillidos de una mujer, los gritos de un hombre. El escándalo fue tanto y tan fuerte que el narrador de este relato no me lo pudo reproducir con exactitud; no por decencia, porque la decencia hay que ganarla, sino porque me dijo que fue el volumen infernal de la cumbia lo que le impidió enterarse de lo que hablaban.

*Mucha cerveza  
y mucho vino  
y cero peso  
en el bolsillo.*

La música, los gritos, las luces, se fueron perdiendo por el fondo de Callao en dirección a Recoleta, tan rápido como resbalaba el agua y descendía ligera por paredes y cristales.

*Ha sido un día agitado  
y me estoy muriendo de sed,  
en la esquina de la vagancia  
tienen algo pa beber.*

Cuando todo volvió a su estado anterior, el narrador me contó que pudo advertir, debajo de un andamio, algo, como una sombra que se movía entre la oscuridad y el contraluz de los neones: una pareja se besaba apasionadamente en un rincón. Estaban empapados por culpa del auto, pero capaz que no les importaba. Cuatro manos se confundían entre la ropa mojada, a medio quitar, piel húmeda y caliente a pesar de todo, mientras los labios no se separaban.

*y, estoy re loco, re loco  
ay, qué va a decir la gilada  
porque la gilada no tiene  
los huevos que tiene esta binchada.*

El narrador me dijo que uno de los dos era un tipo flaco, morocho, hermoso como ninguno. El narrador habría sabido que sus ojos eran verdes si mientras besaba a su cliente de aquella noche no los hubiera tenido cerrados. Se entregaba con su cuerpo, sí, por plata, pero mientras besaba y apretaba su pija, durísima, contra una sombra anónima, deseaba, con plata o sin ella, que un hombre lo amara, que lo amara de verdad, como él, como solo él sabía que se merecía, que con eso le bastaría por el resto de su vida.

En este punto, tan solo los observadores más agudos lograrían darse cuenta de que, aunque su cara estuviera mojada por agua de lluvia, una lágrima se escapaba de su ojo verde, cerrado, mientras besaba. Pero como a aquella hora ya no había nadie en Corrientes y Callao, el narrador tan solo pudo saber que la pareja se hundió en las sombras y, en ellas, en los placeres, que ojalá, pensaba el morocho, duraran para siempre.

\*\*\*

«Todos los ciclos tienen sus momentos mejores y peores. Nosotros, sin duda, nos encontramos en el punto más bajo. Si no teníamos suficiente con la inflación y el precio del dólar soja, ahora la actualidad nos sorprende con acontecimientos tan salvajes como el que hoy hemos conocido. Por muy agitado que sea el debate político, por muy alejadas que estén las ideologías, jamás podremos admitir que se vuelvan a traspasar los límites hasta este extremo. Desde este medio, hacemos un llamado a toda la población para recuperar el civismo, para regresar a la

calma que corresponde a una sociedad que se quiere llamar democrática. Y a nuestros políticos les suplicamos encarecidamente que vigilen sus palabras, porque no todo vale, porque cuando esto sucede, la mecha se enciende: hay una bomba en el salón y tan solo es cuestión de tiempo que explote. Estamos en *Las noticias de la noche* y yo soy Rodolfo Molina. Hoy es 18 de octubre. Comenzamos».

[Sintonía]

«Demos la bienvenida a nuestros analistas de hoy. Buenas noches, Mauricio Camarena, de *El Liberal*. ¿Cómo te va?».

«Me gustaría decir que bien, pero esta noche me siento completamente desolado. ¿Y vos?».

«*No comments*. Dame un titular».

«El secuestro de la democracia».

«Desarrollá».

«¿Qué clase de individuo secuestra a uno de los más lúcidos oradores que se recuerdan en la tribuna del Congreso de la Nación y lo tortura hasta que ya solo es capaz de repetir en bucle las cuatro mismas palabras? La esencia de la democracia es la palabra. Sin ella, sin la palabra, estamos perdidos».

«¿Qué palabras fueron? Aunque no sé si hace falta repetir las a nuestros telespectadores. Todos las conocen, es terrorífico».

«Mate, rayo, fede, luna. No quiero ni imaginarme lo que le habrán hecho en el cerebro al diputado Rodrigo Montoni para que se reduzca a tan poca cosa su preclara capacidad de comunicación, su inagotable elocuencia... Y mirá que este hombre tiene una familia, igual no tiene hijos, pero sí una esposa, hermanos, cuñados... Y además hinchaba por River, pasión que le inculcó a sus sobrinos, para quienes fue como un padre».

«Si me lo permitís, Mauricio, desde aquí le enviamos una palabra de solidaridad a la señora Montoni, la esposa del diputado. Sí, Amanda Beltri, de *El Sindicab*».

«Yo no estoy de acuerdo, Mauricio. Rodrigo Montoni ha sido siempre un incendiario, un machista y un homófobo. Su oratoria será elocuente, pero tiene una lengua venenosa. Quien siembra viento, recoge tempestades, ¿no es eso lo que se dice?».

«¿Estás justificando la violencia, Amanda querida?».

«No, Mauricio, estoy diciendo que con la palabra también se ejerce la violencia. Y no te permito que me hables como si fueras mi papá. Yo solo digo que cuando llega un loco y prende la mecha, entonces la violencia...»

«...porque, en las dictaduras, como la de Irán, que tanto les gusta a los peronistas como vos, eso es lo que se hace, Amandita. Y yo, de seguro, quiero vivir en una democracia consolidada, como las democracias europeas, donde desde los tiempos, qué se yo, del senado Romano, o del ágora ateniense, el poder de la palabra es inviolable, sagrado, y si eso que es sagrado se pone en riesgo...».

Una sombra se levantó y formó una silueta fina, con un perfil agudo, sobre el televisor. Levantó un brazo y apuntó con el telecomando para apagarla. Pero antes, como sentenciando a muerte por decapitación a aquellos bustos parlantes, una voz de mujer les increpó: «¡Bah! ¿No acuchillaron en el senado a Julio César, hasta su propio sobrino? ¿No le dieron a beber cicuta a Sócrates en Atenas? ¡Rebobos! Europa es un cocodrilo que no necesita careta».

El televisor se apagó, la habitación quedó en completa oscuridad. El narrador me aseguró que, aunque en un primer momento no fue capaz de distinguir la silueta de la figura que había hablado, se dio cuenta, muy pronto, de que ella se recostó y se durmió. Durmió profundamente.

\*\*\*

Del color negro en el interior del subconsciente de la sombra se formó un reflejo que, de a poco, se materializó en la luz amarillenta de una tarde de verano calurosa. La luz bañaba toda la escena pero distorsionaba las formas de cuanto se veía: un ventilador giraba sobre su centro en el techo, una cama deshecha, una ventana abierta y velada por las cortinas al ritmo de la brisa del mar, que parecía un rectángulo azul y móvil visto a través del marco de un cuadro cursi.

Una pareja joven, de apenas unos dieciocho años. Sus cuerpos, desnudos sobre las sábanas deshechas, todas revueltas, mojadas de sudor y otras cosas. La alegría de los recién casados en la luna de miel. Por la apariencia de los muebles, debía de ser a finales de la década de los ochenta. Una frente al otro, el otro ante la misma, ambos con el campo

visual reducido a los ojos que devolvían la mirada, las pupilas dilatadas, el lento parpadeo:

—Loquito, ¿vos me vas a querer siempre?

—Aunque sea lo último que haga, mi amor.

—¿Y cuando me ponga grande, gorda y fea, me vas a querer igual?

—Claro que sí, qué cosas decís.

—¿Y si tenés un laburo importante, o cuando asumas la presidencia de la Nación, te buscarás una secretaria más joven que yo?

—Dejalo ya, dale... —Atrajo el cuerpo de ella hacia sí, se le puso encima, le agarró un pecho con los dedos abiertos de su mano. Ella se aguantó el dolor que sentía por complacerlo, se dejó hacer, hasta que se removió de repente.

—El poder corrompe, Rodrigo... Y a los hombres les gustan todas las mujeres —trató de zafarse, agarró la mano de él por la muñeca y la dejó caer a su izquierda, sobre un arrullo de sábanas y un cojín con el logotipo del Hotel Fiz Andrade dos Santos e da Misericordia, todo bordado con hilos color carmesí (el nombre del negocio era tan largo que mirá qué derroche de hilo), junto a otras dos iniciales también bordadas (el despilfarro sumo): R.M y N.G. de M.

—Vos sabés que sos la única mujer a la que amo —replicó él.

Ella cerró los ojos, suspiró y se dejó de nuevo hacer. Mientras sentía el cuerpo de él, sudando, entrando dentro de ella, invadiéndola con todo su peso encima del suyo, delgado y pequeño, ella mantuvo los ojos cerrados.

En el color negro de la imagen de sus ojos cerrados, pensó que le habría gustado que, en Río o en Ushuaia, con un anillo de diamantes como el que lleva en el dedo anular de su mano izquierda, el mismo que él le puso el otro día delante del Ministro, o a caballo por la Pampa, como el gaucho Martín Fierro, no cualquier hombre, sino solo ese hombre, que ese hombre la ame, que la ame de verdad, como ella estaba convencida en ese instante que se merecía. Sus vidas todavía eran breves, quién sabe si estaba por comenzar otra guerra mundial si a los yanquis les daba la gana, pero eso, el amor de él, le bastaría para bancarla por el resto de su vida.

Él, en pleno trance de recién casado con el que se abre la veda del cuerpo de la esposa, no se dio cuenta de que a ella una lágrima le corría

por el pómulo, por la sien, hasta derramarse y perderse en la misma cama donde se dejaba hacer.

\*\*\*

Un escueto bañador era lo único que llevaba puesto. El narrador vio cómo se movía de una parte a otra, resudado, en el primer día de calor del mes de octubre. El vello exagerado de todo su cuerpo se le pegaba a la piel y culebreaba con cada chorro que le brotaba de la nuca y de los sobacos. Por cómo se comportaba, estaba claro que no sabía qué hacer con aquel tipo inconsciente y atado por las muñecas y los tobillos a las tuberías del sótano, más una soga al cuello. Aquello era rabia, venganza consumada, una justicia que se había tomado por su propia mano. Él era el problema, pero todavía no sabía cómo resolverlo.

Consciente de su difícil situación, se tambaleó. Estuvo a punto de desmayarse. Pero de pronto, cuando se abrió la puerta, se le erizó cada pelo desde la cola hasta los hombros, era muchísimo el que tenía, parecería un puercoespín. No podía ser cierto, ¿qué hacía ella allí, en vez de estar en su departamento de Recoleta?

El narrador, igualmente afectado por el olor a encierro, no pudo contarme con fidelidad cada palabra que se dijo en aquel sótano, pero me pudo describir, al menos, lo que vio, como en una pesadilla.

Ella no pareció alterarse demasiado cuando lo sorprendió con el tipo secuestrado. Él trató de explicarle, se ponía delante del cuerpo inconsciente, torturado, del preso, que tan solo llevaba puesta una camiseta desteñida de Boca Juniors. No paraba de llamarlo puto con desprecio. Ella se encendió un cigarrillo, de esos que tienen sabor a menta. Lo dejó hablar. Cuando terminó, tiró lo que quedaba del cigarro al suelo. Le preguntó fríamente si no podían directamente matarlo. Confundido, él empezó a agitar los brazos, abrió los ojos, sudó todavía más, a chorros, que aquello no podía ser, que lo había sorprendido, que todo lo hacía por ella, que el puto se merecía un castigo público para que todo el mundo se enterara de lo que era en realidad. Ella se dio la vuelta y salió. Antes de marcharse, le recriminó su odio irracional contra los homosexuales, que esa no era la educación que ella le había dado. Lo esperaba en el club, como de costumbre, a que la fuera a buscar para llevarla a casa.

Todo quedó en silencio. Él le arreó un bife al desdichado, lo agarró por la sogá y lo lanzó contra el suelo, pero ya no lo llamó más puto. Le quitó la remera de Boca, se la puso y se marchó. Lo dejó totalmente solo e inconsciente. Cerró con llave por fuera.

\*\*\*

El cielo del atardecer brillaba de amarillo grisáceo por la polución. Lo mismo que la atmósfera, los ojos de él se volvieron hacia la oscuridad de sus adentros, hacia su pasado, a la tarde de abril en la que su tía lo estaba esperando para recogerlo en el club Cha Cha, a donde ahora se encaminaba una vez más. Él la adoraba, igual que la adoraba en ese momento. Ella fue como una segunda mamá, a pesar de que la mamá (la de verdad) y la tía no se hablaban desde que ella se casó y se marchó del conventillo a vivir en un barrio cheto de capital con el gil de su marido.

—Lo importante es que nos queremos, Negrito, y que sepas querer a la gente siempre, pase lo que pase. Lo importante es que la gente se quiere, eso es lo único que cuenta en la vida.

—¿También a la hinchada de Boca?

—También, Negrito, también. Porque las dos aman el fútbol. Cada una a su manera, las dos quieren lo mismo. Lo único que no se puede perdonar en esta vida es a la gente que no sabe querer, a quienes prefieren el dinero, o el poder, en vez del amor verdadero. ¿Lo recordarás para cuando seas grande?

El niño no lo entendía, pero la abrazó y lloró. Su tía le secó los ojos y le sonó la nariz con su pañuelo usado. De seguido le dio un beso y lo agarró de la mano:

—Andá, volvamos a casa, Negrito.

Ella quizás pensó entonces que su vida entera había sido una equivocación por amar a un hombre que no sabía amar a nadie. Lo que todo el mundo vio aquella tarde de abril de 1991 fue que Norma levantó su vista por encima de todas las cabecitas de los niños y de sus mamás, que abarrotaban la puerta de salida. Intentó llegar con los ojos al cielo,

pero el techo se lo impedía. Se tuvo que conformar con las sonrisas de Evita y Maradona, enmarcadas sobre la puerta del Club Cha Cha.

FIN

Los documentos que se presentan a continuación están cedidos por el Ministerio del Interior para fines de investigación. Se trata de documentos confidenciales. No los fotocopie. No los fotografíe. No los distribuya. Por favor, destrúyalos después de leerlos.

#### Anexo documental I

Diario de sesiones del Juzgado Criminal y Correccional Nro. 1 de CABA de 28 de octubre.

El juez abre la vista, llama a la fiscalía y a la defensa, y convoca a los comparecientes.

La compareciente nro. 1, quien respondió a las iniciales R.F., de seis años, contestó a todas las preguntas de la fiscalía. La compareciente nro. 1 situó a los comparecientes 2 y 3 en el club Cha Cha en las noches del 20 de agosto y del 16 de octubre. La defensa presentó como pruebas la campera del compareciente nro. 3 que, según esta, le fue regalada el 20 de agosto; y la documentación de identidad de la compareciente nro. 2, esta vez sustraída el 16 de octubre junto a 15.345 pesos, una tarjeta de crédito de la compareciente num. 2, una SUBE y el carnet de River Plate del compareciente nro. 3, más un diente de oro del mesero. El juez dio por **terminada** la declaración de la compareciente nro. 1. El juez pidió que pasara la compareciente nro. 2.



## Anexo documental II

Diario de sesiones del Juzgado Criminal y Correccional Nro. 1. de CABA de 28 de octubre.

La compareciente nro. 2, quien respondió a las iniciales N.G. de M., de 64 años, se atribuyó toda la responsabilidad del crimen. El fiscal invocó la declaración de la compareciente nro. 1. Argumentó que, según el testimonio, la compareciente nro. 2 no pudo encontrarse en el lugar del crimen en el momento en que el delito fue cometido. La compareciente nro. 2 dijo: «experimentamos los mismos sentimientos y, entre nosotras, nos entendemos» (sic.). Luego citó de memoria una frase de Evita y otra del Papa, una de **cada** uno, que nadie comprendió, pero que la compareciente nro. 2 pidió que constaran. De seguido, el abogado defensor dimitió. Con la defensa vacante, el juez suspendió la vista hasta nuevo aviso.

## Anexo documental III

Diario de sesiones del Juzgado Criminal y Correccional Nro. 1. de CABA de 30 de octubre.

El compareciente nro. 3, quien respondió al sobrenombre de «El Negro», de 35 años, se mostró arrepentido. El compareciente nro. 3 se atribuyó toda la responsabilidad ante el juez. Insistió en que no quiso hacerle daño a nadie, solo pretendió darle un escarmiento cuando sorprendió a F.A. «in fraganti» en la noche del 20 de agosto en Corrientes y Callao. Citó de memoria una frase de Maradona, que tampoco

comprendió nadie, pero que el compareciente nro. 3 pidió que constara.

La fiscalía invocó el testimonio de la compareciente nro. 1 y argumentó que el compareciente nro. 3 no pudo estar presente en el momento de la comisión del crimen. El segundo abogado defensor, designado de oficio, se quejó de que la fiscalía usurpara sus funciones y presentó su dimisión. El juez suspendió la vista hasta nuevo aviso.

### Anexo documental III

Diario de sesiones del Juzgado Criminal y Correccional Nro. 1. de CABA de 5 de noviembre.

El compareciente nro. 4, quien no respondió a nombre ni apellido alguno, ya que alegó desconocerlos cuando se le preguntaron, se mostró frío e indiferente. La defensa quedó vacante durante toda la vista. El compareciente nro. 4 expresó que él mismo asumiría su defensa, según afirmó, por la autoridad que en él había sido depositada para exponer el relato de los hechos. El juez replicó que tras haber llevado a cabo las consultas oportunas en la Corte Suprema y en el Ministerio de Justicia, no le constaba quién le otorgó esa autoridad.

La fiscalía invocó de nuevo el testimonio de la compareciente nro. 1, en el que ninguno de los presentes en el club Cha Cha el 16 de octubre coincidía con la descripción física del compareciente nro. 4.

El juez dio por concluida la vista y convocó a todos los comparecientes para dictar sentencia.

#### Anexo documental IV

Desgrabación de una conversación que tuvo **lugar** en el Complejo Penitenciario Federal de **CABA** entre el condenado por el caso Montoni y la escritora, el 21 de diciembre.

—No me quejo. **Yo** no sé si es justo o injusto, lo más probable es que sea justo. Yo cuento lo que sé, todo lo que sé, para que nadie lo olvide. Vos estuviste presente en el juzgado, vos tomaste nota de todo. Vos eras **neutral**. Eso es, vos no estabas de parte de nadie. **Yo** tampoco, ni siquiera soy de este lugar, mirame. Somos **neutrales**, sí, solo podemos ser **neutrales**. **Yo** te dictaré todo lo que sé y vos lo escribirás por mí. Solo te pido que no seas retórica, que no exageres nada, que te ciñas a los hechos. Porque la gente habla y habla, habla en la televisión, habla en la calle, habla en el juzgado, pero hay que ajustarse a los hechos. Solo entonces, cuando se conocen los hechos, se pueden deducir las interpretaciones. Las palabras no son **perfectas**. Quizás no podamos llegar a comprenderlas **del** todo, pero sí podemos **pararnos** a escucharlas. Eso hice **yo**. Lo he pensado muchas veces: yo **era** la solución fácil, la salida rápida, la **única** pieza que no encajaba en el puzzle. Por eso estoy acá, preso. Me condenaron porque nadie me pudo ubicar en ninguna parte. Yo no sabía nada al principio, todo lo tuve que descubrir por mí mismo.

—¿Cómo podés explicar entonces las lesiones cerebrales del diputado Montoni?

—Es verdad, es verdad. Lo dejaron para los restos a Montoni. Pero hay algo fundamental: es

un cuento, todo esto no es más que un simple cuento. Era justo que ocurriera así, justicia poética, como dirías vos, que sos la escritora, ¿verdad? Aquí es el relato lo único que importa, pero, decime, ¿por qué se han preocupado tanto por el político mientras que nadie se ha acordado jamás de **Fede** Andreotti?

—¿El chapero que se suicidó el 28 de septiembre? ¿Qué tiene que ver él con el caso Montoni?

—Por favor, no se le puede faltar al respeto a un muerto, porque un muerto ya no puede defenderse. Con la muerte de Andreotti yo no tuve nada que ver, ni con los dólares que la yuta encontró en su departamento. Pero, ¿de dónde pensás que salió toda aquella plata? ¡Fue Montoni! Porque yo los vi, lo mismo que el Negro, yo los vi en la noche del 20 de agosto y desde ahí pude deducir el resto. Todo coincide, y mirá vos, ¿por qué la vida de Montoni vale más que la de Andreotti? Yo sé que Andreotti no se suicidó, eso es sencillamente imposible, porque él estaba tan enamorado de Montoni como la Norma.

—¿Montoni era puto? ¿Cómo podés estar tan seguro?

—Porque las cosas ocurren y **luego** yo las veo. El **caso** es que yo lo veo todo. ¿Debería quedarme callado? Probablemente, eso sería lo más sensato. Pero cuando lo cuento, entonces hay consecuencias, y un crimen así no puede quedar impune, no puede no tener consecuencias. Simplemente, yo no podía quedarme callado. Yo tan solo te pido que lo escribas, escribilo, por favor. Porque nadie merece perderse en el olvido, porque ninguna vida vale más que otra.

—Sos un cursi y tenés demasiada **imaginación**. El **tema** es artificial y el relato

está lleno de clichés. Además, hay demasiados cabos sueltos, como el de la remera de Boca.

—¿Pero si es muy simple! ¿Cómo llegó la remera de la comisaría de Lomas de Zamora al cuerpo de Montoni antes de que el Negro se la quitara para vestirse? Obvio que el diputado se la llevó después de ahorcar a Andreotti. En el fondo, el muy reputo era un sentimental... ¿De verdad creés que un hincha de River se iba a poner una remera de Boca por gusto?

—Eso no prueba nada, no es más que una mera conjetura. Además, a mí el fútbol no me interesa en absoluto.

—Todo en un relato policial no es más que una mera conjetura. Si miento, tendrá que venir alguien a probarlo, y si logra demostrarlo, entonces el relato al menos quedará como el ejemplo de lo que nunca hay que hacer en una novela policial.

—Bueno, empezá a contarme por el principio, si es que hay un principio, y yo lo haré lo mejor que pueda.

—Te agradezco.

—No, por favor.

—El único modo de empezar a comprender algo es contándolo como si fuera una película. Eso es, una película. ¿A vos te gusta el cine?

—Eso no importa, **yo** solo soy la escritora. **Más** vale que comencemos cuanto **antes**.

—Bueno. Un ventilador, parado, en el centro del techo del salón del club Cha Cha. Manchas de humedad, grietas en las paredes y el techo, pintura desprendida...



# El vuelo de las moscas

ENMA CALVO OLLOQUI

—Era 1235. Ocurrió en una población del este de China, a la ribera del río Yangtzé. Los aldeanos dedicaban todos sus esfuerzos a la recogida del arroz. Pocos eran los afortunados que podían descansar bajo la sombra de un cerezo, entre ellos, el médico Sung Tz'u. Una tarde de septiembre, tras una larga jornada, en la que habría sido difícil determinar cuánta agua de la cosecha provenía del río y cuánta del sudor de los campesinos, apareció un muerto. Llamaron a Sung Tz'u, que acudió con los ojos cansados de haber leído todo el día. Hundió sus pantalones en el agua rojiza y sumergió las manos en el arrozal hasta alcanzar el cuerpo. Al sacarlo de las profundidades, vio el corte grande y profundo que tenía en el cuello. «No ha sido un accidente, ha sido asesinado con una hoz», dijo Sung Tz'u. A la mañana siguiente reunió a todos los sospechosos, los colocó en fila y les ordenó que pusieran en el suelo sus hoces, pero todas estaban limpias y relucientes. Permaneció un rato callado, observando, hasta que se le escapó una media sonrisa. «Ha sido él», dictaminó, mientras señalaba a uno de los campesinos como culpable del crimen.

Dejo mi pluma sobre la mesa y miro a mi audiencia. De entre todos los niños absortos en la historia que les narro, uno alza la mano:

—Pero, ¿cómo pudo saberlo?

A algunos de mis compañeros les molesta tener que recibir visitas mientras trabajan. Olvidan que un museo, aparte de ser un espacio para investigar, conservar y exhibir, es también un servicio para educar a la sociedad. A mí me fascina cómo siempre que cuento la historia de Sung Tz'u se agarran a la silla con fuerza, conteniendo la respiración. Es el mejor momento para que alguien nos preste un poco de atención y se interese por lo que tenemos que decir. Probablemente, será lo más interesante que van a aprender en toda su vida.

—Porque sobre su hoz revoloteaban las moscas —le contesto al estudiante de la gorra roja.

Él, no muy convencido, baja la mano, pero el resto de sus compañeros me miran con los ojos abiertos como platos y, queriendo dejar claro que lo han entendido, empiezan a asentir.

—Sabéis por qué, ¿no?

—Sí, sí, sí, sí —contestan con rapidez.

Da igual si nuestros oyentes son los alumnos del City of London School o los trabajadores del Frontier Economics, poder ver tan de cerca lo penoso que es el ser humano cuando intenta ocultar su propia ignorancia, me eriza la piel. ¿Por qué siempre se esfuerzan tanto en no parecer ignorantes? Después, hago como que voy a preguntarles sobre la explicación y bajan la mirada. Creen que así pueden evitar la vergüenza de haber dicho que sí, cuando era no. A veces me tienta hacerlo, pero me suelo apiadar y digo:

—Ya sé que todos sois muy listos y muy buenos estudiantes, pero por si alguien no lo ha entendido, explico: aunque las hoces estaban todas limpias, las moscas se sintieron atraídas por el olor de la sangre que, como todos sabemos —en este momento vuelven a subir la vista para mirarme e, incluso, intentan adelantarse a la frase—, es muy difícil de eliminar.

Ahora sí, la cara se les ilumina de nuevo y se escucha algún susurro: «lo sabía», «estaba claro» o «ves, te lo había dicho». A veces, alguno levanta la mano antes de tener la decencia de dejarme contar la historia y, sin que nadie le pregunte, recomienda ver la serie de CSI. Recuerdo una vez en la que una solterona de unos treinta años, probablemente alcohólica, empezó a gritar que sabía el final. Ese no era el momento para clavarle mi pluma en la garganta y que se atragantara con la tinta, la estupidez y la sangre entre gemidos asfixiantes; sin embargo, sí la alcé sobre los labios pidiéndole que, por favor, se callara. Como he dicho antes, soy una persona bondadosa y me gusta dar segundas oportunidades, pero si lo que intentas es pisotearme...



—Bueno, ya va siendo hora de que dejemos tranquilo al Doctor Garth, ¿verdad, niños? Dadle las gracias —dice la profesora.

—Gracias, Doctor Garth. —Se levantan alborotados.

—No hay de qué, ya sabéis dónde estoy, podéis venir siempre que queráis a la Biblioteca de Plantas.

El silencio que había creado con mis conocimientos ha llegado a su fin y las estruendosas voces van tras la profesora, pero unas cuantas se quedan rezagadas para reírse del estudiante que se había atrevido a preguntarme. Le han quitado la gorra y juegan a atrapar moscas que se han colado por la ventana y, desorientadas, se chocan con los cristales de las vitrinas. El estudiante corre hacia mí, lloriqueando:

—¿Cómo podría haberlo evitado?

—¿El qué? —digo yo.

—¿Cómo podría haber evitado que le descubrieran?

Estoy a punto de contestarle cuando escuchamos el golpe de la gorra contra la vitrina: han logrado darle a una de las moscas y ésta cae, deslizándose por el cristal. Jubilosos, celebran la muerte de una vida tan insignificante como la suya.

—Siendo más inteligente que todos los de la aldea, más incluso que Sung Tz'u.

—Y ¿si no puedo ser más inteligente que él?

—Entonces, sé tú también Sung Tz'u. Sé tú quien señala.

Cojo un vidrio cuadrado que hay sobre mi mesa. Contiene una mariposa *Danaus plexippus*, un ejemplar sobrevalorado en mi opinión, y se la tiendo. Al principio no se atreve a sostenerla. Tengo que ayudarle a que la tire con fuerza contra el suelo. El estrépito suena por toda la planta y la profesora viene de inmediato:

—¿Quién ha sido?

Mi aprendiz señala al cabecilla de los abusones y yo solo digo la verdad:

—Nosotros estábamos hablando.

La profesora se va con ellos y él corre a por su gorra roja. Deposita con cuidado la mosca muerta en su interior y se la pone de nuevo en la cabeza. Antes de irse, me sonrío. Me siento orgulloso de mi buen acto. Me quito la bata, recojo los cuadernos y lo meto todo en el maletín. Empecé a compaginar mi trabajo como botánico forense con el del Museo de Londres porque quería compartir mis conocimientos, pero siento que no es suficiente. Quiero más. Mucho más. Sobre todo, quiero que sepan de lo que soy capaz. Antes de salir, veo cómo las moscas que quedan vivas revolotean por la estancia y se posan en mi pluma limpia y reluciente... Ay, casi se me olvida cogerla.





## Pericias humanas

SAMUEL EDUARDO DOMÍNGUEZ MARTÍN

Se había terminado por acostumbrar a sostener el cigarrillo con la mano izquierda. Incluso ya podía tirar la ceniza de un toquecito, con gracia, como hacía cuando la prótesis del brazo derecho le funcionaba bien. «Es el maldito polvo», le repetía a todos, pero sabía bien que la prótesis se había estropeado tras la pelea con Hamlet, en los depósitos de agua de la ciudad humana. Caer desde un silo sobre el brazo derecho la había jubilado para tareas delicadas, y el tabaco estaba cada vez más caro como para andar partiendo cigarrillos.

Llegó a la tubería BE-48 antes de terminar de fumar; era una de las medianas, de las de un metro de diámetro. Apuró el cigarro. Aquello de fumar con la mano izquierda tenía sus puntos positivos: ya no tenía que sentir ese escalofrío cada vez que el metal de los dedos le rozaba los labios. Escaló y, a horcajadas sobre el tubo, abrió la compuerta. Pese a que el suministro de agua era apenas un reguero, ahí estaba la cápsula, esperando a que la recuperase de su red. Desde que empezó a hacer contrabando con artículos que ya no podía sacar de la ciudad en los bolsillos, ideó aquel sistema de pesca: metía el contrabando en la cápsula, lo tiraba en el sumidero cuarenta y ocho de la ciudad y, al volver a la aldea, lo recuperaba de la red que había soldado en el interior de la tubería. Por supuesto, nadie tenía noticias de ese parque acuático pirata y, aunque Hamlet empezaba a olerse algo, le tranquilizaba que tuviese prohibida la entrada a la aldea. Metió la cápsula en el petate y deshizo el camino hasta su tienda.

—El polvo tiene que haberme jodido los ojos. ¿Quinto?

Quinto, que esperaba su vuelta sentado en el escalón de la tienda, se levantó queriendo sonreír:

—Volví anoche, Décimo.

Al entrar, ambos se quitaron las gafas de ventisca, pero no las máscaras de aire. Los ojos fatigados de Quinto no le pasaron

desapercibidos; aun así, evitó la responsabilidad de la pregunta y se ocupó en sacar de la cápsula botellas, latas, aceite, gasolina... Para colocarlo en las estanterías junto al resto de artículos.

—¿Qué te pasa en el brazo?

—Nada, el puto polvo —dijo tratando de controlar los movimientos involuntarios que le sobrevenían.

—¿No me vas a preguntar por el viaje de exploración? —dijo Quinto aún quieto junto a la puerta.

—¿Eh? Sí, claro, claro. ¿Qué tal el viaje? ¿Y la Secu?

El silencio prolongado le obligó a abandonar su tarea para mirar a Quinto: Quinto Octubre, probablemente, el duplo con el que mayor tiempo había compartido. Lo había conocido antes de la liberación, en uno de esos zulos para duplos intervenidos, cuando todos eran poco más que cervatillos apaleados. De Quinto se habían llevado las dos piernas y los dos brazos, era desolador verlo todo el día tirado mirando al techo. A su lado, tener solo un brazo y una pierna de menos, era toda una bendición. Lo sacaba todos los días a la terraza para ver, a través de las rejas del terrado y la cúpula casi invisible de la ciudad humana, el cielo eternamente despejado de nubes: «Somos una matrioshka de prisiones», le había dicho una vez, después de aprender esa palabra una noche en la sala del proyector. La mayor de las prisiones de Quinto era su cuerpo, el humano al que reproducía debía de ser alguien verdaderamente inteligente, lo que le convertía en un motor de carreras sobre una patineta. Pasó el tiempo y llegaron las protestas sociales por los derechos de los duplos, la dotación de prótesis, luego la liberación, el traslado a las aldeas duplo y, después, el sálvese quien pueda. Ya nadie tenía amigos, en los pocos años de libertad todos habían hecho por sobrevivir a cualquier precio. Pese a todo, Quinto era el tipo más raro de duplo: el duplo idealista. En la aldea sabían que se había ido con la Secu en busca de un pozo que diese a los duplos la independencia definitiva de los humanos y su racionamiento del agua. Todos les daban por muertos, claro, pero ahí estaba: rígido, recortado contra la claridad que entraba por la puerta, incapaz de pronunciar una palabra más.

—¿Qué me quieres pedir, Quinto?

Quinto cerró la puerta.

—Fueron los humanos. Los seguí hasta un almacén al norte del Cerro del Jorobado. Los humanos secuestraron a Segunda.

—Nunca entenderé qué tiene esa gente en la cabeza —dijo y volvió a vaciar la cápsula de contrabando.

—Tú... Tú te ganas la vida burlando esos arcos de seguridad humanos, pensé que...

—Soy contrabandista, Quinto —Agitó una botella de whisky ante él—. Pídemme cualquier mercancía humana y te la traeré, lo mío no son los rescates. Habla con Octavo, desde que murió el viejo se cree el *sheriff* de la aldea. Además, es uno de esos revolucionarios de los tuyos, seguro que está encantado de ayudarte.

Quinto había sido el primero en defender la ideología de los números, pero fue Octavo el que hizo por difundirla en la aldea y por asegurarse de que todos se plegaran a ella como duplos de pro. Tras la liberación, muchos pensaron en cambiarse los nombres asignados, pero Quinto quiso hacer de su nombre una posición política: no se lo cambiaría hasta que los duplos fuesen verdaderamente independientes de los humanos. Por entonces, todas las aldeas mantenían su numeración original como nombre, solo los proscritos y los bandidos se lo cambiaban.

—Octavo es un buen hombre, pero sabes tan bien como yo que no duraría ni una noche en el yermo. Es por la Secu, Décimo. Te necesito, puedo pagarte lo que pidas.

—Lo dudo. No me malinterpretes, me gusta la Secu, pero si los humanos se la han llevado... No hay créditos que puedan pagar que me suicide.

—Tengo diez galones de agua limpia, si la traes, son tuyos.

El contrabandista apartó la mirada del último filtro de aire que colocaba junto al resto. Hacía años que nadie veía juntos más de los dos galones semanales de racionamiento y, sin embargo, no había engaño en los ojos de Quinto, solo abatimiento infinito.

Con el primer pago, acordaron que actuar con rapidez era vital, pero Décimo sabía que antes iba a necesitar su prótesis a punto. Séptima

Abril tenía su taller bajo tierra, un sótano que hubo servido de almacén a la taberna de Vigésimo, cuando todavía quedaba algo para almacenar. La mecánica de prótesis prefería el calor sacudido por las aspas de seis ventiladores a dejar que el polvo se comiese las piezas de repuesto, que colgaban del techo como si fuera una carnicería de androides. Cuando Décimo abrió la puerta del sótano, la atmósfera de fragua lo abrazó con amor para no soltarlo.

—Chiquita... —Se quitó la cazadora con urgencia—. Mierda, un día te va a dar algo de estar aquí metida. ¡Este calor no es normal!

Séptima reproducía a una atleta de algún deporte humano desconocido para los duplos. Antes de ser despiezada, tenía las manos tan grandes que podría haber agarrado a Décimo por la cabeza y manejarlo sin dificultad, pero todos en la aldea le decían chiquita, niña, pequeña... Y es que Séptima era la última repro gestada por el sistema y, dado que los duplos, una vez en libertad, se descubrieron incapaces de reproducirse, sería la más joven de la comunidad para siempre.

—Cuéntale al ahorcado lo mucho que aprieta la soga —dijo Séptima, sin levantar la vista, empapada en sudor.

La mecánica trabajaba sobre una prótesis de pie derecho, parecía una araña hambrienta que envolvía a su presa. La que en un tiempo fue su mano izquierda, era ahora un amasijo de ganchos e instrumentos que abrían, ajustaban, empalmaban y soldaban sin descanso. Por lo menos, su mano derecha seguía pareciendo una mano. El desesperado batir de los ventiladores se sumaba al claqueteo de piezas metálicas remendando piezas metálicas. Cuando Décimo consiguió que Séptima parase su trabajo para que le prestase atención, se dio cuenta de que el ruido era casi tan agobiante como el calor. No le mintió como al resto, sería inútil, le dijo que había caído sobre su hombro y que desde entonces la prótesis iba por su cuenta. Un repetidor de transmisión nerviosa estaba machacado, una reparación de al menos mil créditos.

—Mejor, te doy dos galones de agua. Pero quiero el gancho.



Las patas de araña de la mano izquierda de Séptima se plegaron, tan incrédulas como codiciosas:

—¿Y qué pretendes beber hasta el próximo racionamiento?

Décimo evitaba mirar a Séptima directamente a los ojos. Aunque ambos tenían retinas prostéticas, ella parecía disfrutar deformando el cuerpo heredado. Del ojo derecho le salía una especie de catalejo de dos dedos hasta un palmo de longitud, dependiendo del enfoque. No le incomodaría tanto de no ser por esa sonrisa metálica que parecía mofarse de los pensamientos del que la miraba.

—Eso es mi problema —dijo con la vista enredada en uno de los ventiladores.

Después de la reparación, el regreso a la superficie fue como saltar dentro de una nevera. Se despidió de Vigésimo y de los parroquianos que se bebían su contrabando, volvió a la tienda, se cargó la mochila ligera y salió al yermo. Quinto había visto dos noches al volver en caravana desde el almacén humano, en deslizador y atravesando la Cuenca de Agar, Décimo esperaba enfrentarse a una única noche. No contaba con encontrar a la Secu con vida, así que ni se planteaba la vuelta con sobrepeso. Aunque pendencieros, sin medios y abandonados a su suerte, los duplos contaban con algunas de las mentes más brillantes de la humanidad reproducidas entre ellos y, de vez en cuando, surgían inventos dignos de elogio, diseñados a partir de desechos, que se vendían por su peso en agua. Un deslizador era una de esas creatividades de ingeniería duplo: consistía en una turbina de Wolk 10.2 modificada para la conducción y montada sobre patines. Trigésimo Mayo había construido tres unidades y dos ya se habían siniestrado; lo que no hacía sino revalorizar el deslizador de Décimo.

El contrabandista dejó atrás los muros de la aldea, enmarcada en la gran cúpula de la urbe humana, luego el Valle Frondoso y sus miles de estacas secas, bordeó el Monte Lilo y se detuvo antes de cruzar la Cuenca de Agar. El yermo no solo tenía reservados peligros nocturnos para sus viajeros, el día era de las caravanas de bandidos y de las emboscadas de proscritos. Sin desmontar, Décimo guiñó para otear el horizonte y escuchó el gemido de su retina derecha enfocar antes de que el paisaje

más lejano se aclarara. Una nube de polvo se dirigía hacia su posición desde unos tres kilómetros, una nube demasiado grande como para tratarse de un carretero de la aldea. Si no era la banda de Hamlet sería la de cualquier otro que mereciese el mismo trato, o humanos, ojalá fuesen humanos. Tras buscar en las alforjas, se dirigió a pie a la Subida del Padre, el camino más probable para un convoy de aquel calibre, y camufló en la marca de rodadura una de las minas de Octavo, pero ese encargo es otra historia. Decidió arriesgar el patín delantero descendiendo por la Bajada de las Niñas, y sonrió al escuchar una explosión a lo lejos. Tras varios momentos de arrepentimiento por la ruta elegida, se encontró al fin en la soledad del oeste de la cuenca con el sol en su descenso, lo que solo podía significar una cosa: tiempo de cavar.

Cavó una fosa de diez pasos de largo por cinco de alto, cobijada entre una pared rocosa y dos grandes piedras apartadas de la senda; un emplazamiento extraordinario que recordaría para futuros viajes. Bajó el deslizador y extrajo de una alforja el techo vivac que clavó con piquetas para ocultar el agujero, luego lo mimetizó con el terreno esparciendo arena sobre él. Después de comer, se desnudó y embadurnó todo su cuerpo biológico del aceite de Primero Enero y, cuando el picor fue inaguantable, se revolcó por la tierra hasta adquirir un aspecto de gólem híbrido; pues el brillo del atardecer sobre las prótesis de su brazo y pierna desentonaba frente al resto de armadura terrosa. Con la misma incertidumbre en el pecho de todas las noches de viaje, se acurrucó junto al deslizador e intentó dormirse lo antes posible.

Nadie sabía qué contenía el aceite de Primero ni por qué conseguía ahuyentar a los merodeadores, pero tampoco nadie que apreciase su vida se atrevería a salir de la aldea sin una buena reserva de prima. Décimo nunca había visto a un merodeador, ni creía a la gente que decía haber sobrevivido a uno. Hay quien cuenta que los merodeadores perciben cuando son vistos y rastrean la mirada hasta dar con el observador; otros creen que verlos lleva inmediatamente a la locura; otros, muchos de los que no han dormido jamás en el yermo, dicen que no existen; pero ese chirriar de dientes, esos alaridos demenciales intercalados con rugidos, ese paso acechante que estrecha el corazón del explorador más avezado... Esas eran pruebas suficientes para Décimo, y no había curiosidad en el mundo capaz de instigarlo a más averiguaciones. Aquella noche creyó oír sus chillidos ahuecados por los tapones, pero no se dejó

arrastrar por ellos y siguió durmiendo. Hacía tiempo que había decidido que era preferible arriesgarse a morir desprevenido y despertar descansado que sobrevivir tras noches enteras de vigilia queriendo morir de la fatiga durante los días de viaje. Probablemente todos los viajeros del yermo hayan llegado a esta resolución en un momento u otro.

Con el amanecer, salió del refugio para limpiarse y descubrir su piel con el característico tono rojizo del trasnochador en el yermo, efecto de la prima. Se puso en marcha, atravesó la Cuenca de Agar en menos de dos horas y, antes de las diez de la mañana, ya había coronado el Cerro del Jorobado y contemplaba con curiosidad el almacén humano, en la cara norte de la montaña. Posiblemente, de no tener las coordenadas de Quinto, nunca lo habría visto. La estructura no solo carecía de cúpula climática —el detalle más representativo de la arquitectura humana—, sino que aprovechaba el terreno para camuflarse allá en lo alto de una vaguada. Incluso desde aquella altura, el almacén podría pasar por un saliente más de la montaña, uno singularmente regular por algún capricho de la naturaleza. Solo tras una observación más detenida, empezaba a destacar una plataforma de helipuerto con una cruz en su centro, casi borrada por el polvo. Parecía la única forma de llegar al almacén, ningún vehículo terrestre que Décimo conociese podría acceder a él, pero ¿quién se tomaría la molestia de aerotransportar a una duplo? Sin detenerse más en ello, emprendió el descenso hacia el almacén, a pie, al igual que hizo la subida.

No había visto guardias desde la cima y tampoco los veía a medida que se acercaba al helipuerto. El gancho resultó mucho más útil de lo que esperaba. Fijaba las tres garras a un saliente y se descolgaba haciendo rápel hasta llegar a la próxima superficie para repetir el proceso. «Aguantaré», había dicho Séptima ante sus dudas sobre lo fino que era el cable; y así fue, arrodillado tras unas cajas embaladas en la azotea del almacén, pensó cuánto habría tardado en hacer el mismo trayecto con arnés de escalada y le dio dos palmadas de agradecimiento a la compuerta del gancho en su antebrazo.

No había arco de seguridad, solo una puerta con panel de identificación simple. Empezó a preparar el *software* decodificador de retina, pero, al echar un vistazo a la entrada, le dio la impresión de que la puerta estaba abierta. Enfocó más y así era, estaba ligeramente entornada. Canceló el decodificador, desenfundó la pistola y se acercó con sigilo. La puerta era metálica, la fue abriendo despacio con la mano

biológica; pese a estar todavía el sol bajo, sintió la intensidad del calor en la palma. A mitad de recorrido, la puerta encontró un obstáculo que le impidió abrirse más. Al colarse por ese espacio, Décimo pudo ver un cuerpo desbaratado que interrumpía la apertura de la puerta. Un cadáver humano no se ve todos los días, lo observó y no le hizo falta buscar heridas de bala: tenía la cara aplastada contra el fondo del cráneo, desfigurado por completo como una muñeca defectuosa o una a la que hubiese aplastado un camión. A juzgar por la recepción a su espalda, debía de tratarse del vigilante a cargo de las cámaras. Saltó el cadáver y bordeó el mostrador para anticipar en las pantallas lo que le esperaba dentro, pero todas estaban en negro.

El lugar era de hormigón visto, con tuberías que corrían por techo y paredes, sin cubrir, y luces colgantes a cada tantos metros. No era en absoluto el estilo humano. Hacia la derecha de la recepción seguía un pasillo sin puertas; al fondo, unas escaleras metálicas de caracol. Si aquello era un almacén, no tenía la mejor disposición del mundo para introducir mercancías. Abajo, el pasillo, aunque con los techos más altos, era paralelo al superior, casi idéntico, pero en la pared derecha había una puerta doble de la que sobresalía un zapato de cuero negro. Al aproximarse intuyó otro cuerpo, pero pronto unas voces llamaron más su interés.

—Pues si no puedes, ¿para qué coño te ha traído el padre? —Una voz masculina, algo rota, y sin máscara con filtros aire que la entorpeciese.

—Esto no es tan fácil, ¿sabes? Tengo que romper la seguridad de un puto servidor humano solo con estas manitas. Si tanta prisa tienes, puedes ir abriendo las cabinas para buscarla tú mismo —chilló otra voz masculina; luego, un tecleo frenético se apoderó del silencio.

Décimo se soltó una de las patillas de la máscara de aire, que quedó colgando a un lado de su cara. No quería que su propia respiración lo delatase.

—Un, dos, tres, cuatro por: dos, cuatro, seis, ocho, diez. Cuarenta, por dos estantes: ochenta cabinas. No me voy a pasar la mañana viendo pollas de muerto hasta encontrarla.

El teclado paró un segundo:

—Pues déjame trabajar —dijo y siguió picando teclas.

Se escuchó la piedra de un mechero sacar chispas, luego una larga espiración de humo que le recordó las horas que llevaba sin fumar.

—Como no la tengamos lista para cuando venga, ya sabes de quién va a ser la cagada.

—¡Dijo el atareado fumador!

—Cuatro humanos menos en el mundo —Otra exhalación que intercalaba humo con palabras—. Mi parte está hecha.

—Cállate, si ya casi... —Un golpe decidido al teclado—. Listo, es la puertita treinta y tres, ve a ver. Segunda Septiembre, a ver qué nos cuenta el historial de esta muchacha...

Oyó pasos alejarse, un par de sonidos metálicos y un correr de ruedas:

—Hala, fiesta! —dijo la voz ronca—. Le han arrancado las piernas de cuajo. Mira, para que digas que soy yo el que deja a la gente hecha mierda, mira esto. Mira esto, tú.

—No me jodas. Hamlet decía la verdad...

Un sistema de poleas se puso en funcionamiento. Miró hacia la pared izquierda, hacia la fuente del sonido, y vio una pequeñísima flecha que apuntaba hacia abajo, iluminada en blanco. Se fijó un segundo más en la pared para ver unas muescas que revelaban las puertas camufladas de un montacargas, ahora tan evidente como insultante. Puso el gancho en modo disparo y una cruz roja apareció en su ojo derecho junto a un punto de mira negro que se desplazaba por su visión, solidaria a los movimientos de su brazo. Hizo coincidir cruz y punto negro al apuntar hacia arriba, y disparó. Cuando las puertas se abrieron, Décimo estaba suspendido a media distancia del techo, apenas unos metros sobre el montacargas. Ninguna de las tres cabezas que salieron de allí miraron hacia arriba, pero tardaría en relajarse; le temblaba hasta el alma.

—La bendición, padre —dijeron las voces conocidas, al unísono, casi en un grito marcial.

—Que el buen... os ben..., hijos. —Era una voz suave, demasiado como para espiarla.

El montacargas se cerró y Décimo soltó cable hasta quedar de nuevo junto a la puerta doble para escuchar mejor.

—La hemos encontrado, padre —dijo el fumador.

—Hamlet decía la verdad, está todo registrado en su expediente —calló un segundo, pero luego se apresuró en completar—, padre.

—Es el milagro que tanto esperábamos. El milagro que nuestro pueblo merece —Pasos que se alejaban, sin prisa—. Hija mía, qué te han hecho... —Era una voz vacilante, como si contuviese algo más dentro y le costase retenerlo ahí, oculto.

—Se lo han sacado. Se han llevado al bebé a la urbe humana, aquí lo pone.

Por un momento creyó haber escuchado mal.

—Bla, bla, bla... «Neonato trasladado para observación al Hospital Dra. Laura Mistral del Sector seis».

—Es imposible entrar en la urbe. —Una voz nueva, femenina.

—Hasta hace un día también era imposible que una duplo diese a luz —La voz suave y vacilante se había teñido de un afilado reproche de confesionario—. Venid, arrodillaos, demos gracias a Dios por haber enviado al salvador de nuestro pueblo.

Los pasos recorrieron la sala; luego, tras un silencio más largo de lo esperable, las palabras empezaron a llenar suaves, vacilantes, reprochadoras y, al fin, fervorosas el lugar:

—Si yo cierro el cielo y no llueve, si yo mando a la langosta devorar la tierra, o envío la peste entre mi pueblo; y mi pueblo, sobre el cual es invocado mi Nombre, se humilla, orando y buscando mi rostro, y se vuelven de sus malos caminos, yo los oiré desde los cielos, perdonaré su pecado y sanaré su tierra.

—Porque es bueno, porque es eterno su amor —dijo un coro de voces.

—Regocijaos, hijos, bajo el manto de esperanza que Él nos brinda, porque...

Ya había escuchado suficiente. Volvió a recoger cable hasta quedar muy cerca del techo, lo justo para ocultarse sobre un gran tubo de ventilación que recorría el pasillo. Era la Orden del Último Aliento, y aquel debía de ser el padre Tobías. Tenía muchas cosas para digerir de aquel asunto: Quinto y Segunda habían engendrado un hijo —quién sabe cómo—, Hamlet lo supo y vendió la información a la Orden. Si pillaban a Décimo ahí, aquellos locos serían capaces de prenderle fuego vivo para limpiar sus pecados, liberarlo del yugo de los humanos o cualquier excusa parecida; la cuestión siempre era prenderle fuego a alguien. Esperó no más de cinco minutos hasta que las cabezas volvieron a desfilar bajo él: dos mujeres, luego la calva enmarcada en canas del padre Tobías y, mientras estos ocupaban su lugar en el montacargas, unos ojos se encontraron con los suyos. La mirada vacía de Segunda lo atravesó. Estaba tumbada en una camilla, desnuda, con las prótesis de ambas piernas salvajemente arrancadas de raíz; la piel restante parecía un tejido desgarrado, como una falda improvisada para unas piernas invisibles. En el vientre, en cambio, pudo ver una limpia incisión vertical, grande, pero cosida con pulcritud. Parecía claro que ahí habían intervenido dos carniceros diferentes. Lo último que vio de ella, antes de perderse en el montacargas, fue su boca entreabierta en un leve gesto de sorpresa o de contrición o, tal vez, simplemente vencida.

—Está muerta.

En todo el trayecto de vuelta a la aldea no se le había ocurrido una forma mejor para decírselo. Dejó sobre la mesa la tarjeta de memoria que contenía el expediente y el historial de Segunda. Quinto miraba la taza de té ante sí, la sostenía con ambas manos, como si hiciese mucho frío.

—Vi cómo la Orden se llevaba su cuerpo, creo que es una especie de santa para ellos.

Quinto seguía clavado a la superficie del té con la determinación de un pescador obstinado. Décimo dudó en decirle lo siguiente, sabía qué sucedería después:

—El bebé está vivo.

—¿Qué? —Levantó la cabeza de golpe sin permitirse creer lo que había oído.

—Está vivo, se lo han llevado a la urbe.

Lo que sabía que sucedería después, sucedió. Quinto se levantó de golpe y la silla cayó contra el suelo:

—Llévame allí.

Era ahora Décimo el que parecía haber perdido algo al fondo de la taza de té. Tardó en responder:

—No soy un imbécil, Quinto. Entiendo la situación —hablaba pausado, escogiendo cada palabra—. Entiendo que esto es importante, y no solo para ti. La Orden siempre dice que los repros de aldea hemos caído en los vicios y la delincuencia por no tener Dios, pero es que los duplos nunca hemos tenido nada, ni siquiera futuro más allá de nosotros mismos. No éramos ni una especie: éramos especímenes aislados de las leyes de la naturaleza. ¿Quién se podía permitir un dios? Es como si esta taza empezase a cantar el Ave María.

A muchos no se nos ocurrió qué más hacer, nos tragamos la vida como nos iba viniendo, con cualquier ayuda que encontrásemos en el camino para no volvernos locos. Sé que esto cambia el juego, pero no entiendo cómo es posible. Y no me digas tú también que es un mensaje de Dios, no puedo creerlo. Simplemente no puedo.

—Es un mensaje de esperanza —Se agachó para recoger la silla y sentarse. Lo miró, por primera vez, con lágrimas en los ojos—. Pero no de un dios, Décimo, esperanza sepultada por años de polvo, encontrada por Segunda y por mí. ¿No lo entiendes? ¿De dónde iba a sacar si no diez galones de agua para pagarte?



Un escalofrío le recorrió la pierna y la espalda al escuchar que habían encontrado un pozo y unas galerías naturales con el agua más limpia que habían visto en sus vidas, nada que ver con el agua depurada de los humanos.

—Prueba el té —dijo con un recuerdo de sonrisa.

El té, como cualquier otro tipo de infusión, hierba, vegetal o lo que fuese, se producía en la urbe. Gente como Décimo lo traía a las aldeas junto a concentrado de frutas —el más popular era el de limón— para engañar el gusto acre que dejaba el agua de racionamiento, aunque nunca desapareciese del todo. Sin embargo, aquel té tenía un sabor totalmente desconocido: intenso, pero limpio; amargo, pero agradable. Se arrepintió de haberse llevado al viaje agua de racionamiento y no agua del pago de Quinto.

—Nos han controlado a través del agua —dijo Quinto—. No hablo solo de nuestra economía y nuestra dependencia sumisa a sus raciones —Se dio dos golpes blandos en el pecho—: han controlado nuestro cuerpo. Llevan años envenenándonos, Décimo. Nos han esterilizado a través del agua. Pero un mes, tal vez menos, consumiendo agua natural... Ni siquiera era lo que buscábamos. Dicen que así se dan los mejores descubrimientos.

—¿Cómo lo supo Hamlet?

—Nos asaltaron en el camino de vuelta. Pagamos y nos dejaron ir... Pero la vieron.

—No te puedo llevar a la urbe —Dejó la taza vacía en la mesa—. No serías más que un estorbo —cortó la réplica de Quinto con un gesto—. Iré yo, solo, pero no te va a salir barato.

Décimo no habría firmado un contrato con nadie. La ley era algo bastante difuso en las aldeas duplo. No era raro que, para evitar un pago, alguien se uniese a una banda o se fuese a otra aldea duplo bajo otro nombre. Conocía demasiados casos así, pero sabía que Quinto era diferente: era un duplo con moral y, mejor aún, con toda probabilidad sería el primer presidente de una República duplo; alguien con quien se quiere tener lazos contractuales. Quinto regateó la cifra, añadió cláusulas que contemplaban la suspensión temporal del contrato en situaciones de

emergencia o de escasez de suministro, fijó los mínimos de abastecimiento comunitario... Pero el tiempo jugaba en su contra, no en la de Décimo, y aquello dio pie a que aceptara términos que en otra situación nunca toleraría. Tras la firma, el contrabandista le reveló la ubicación de la compuerta en la tubería BE-48. Le dijo que tendría que recoger la cápsula en la que mandaría a su bebé, pues con el cierre hermético no sobreviviría hasta su vuelta a la aldea.

—¿Y si no llega la cápsula?

—Supongo que estaré muerto. Y que tú tendrás que buscarte a otro para el rescate.

Quinto insistió una última vez en que debía partir con el amanecer y que, si volvía sin el bebé, se ejecutaría la cláusula que invalidaba el contrato. Tras despedirse, no pudo contener más la sonrisa: acababa de firmar la propiedad del 30% de toda el agua que se extrajese del nuevo pozo. Esa noche no durmió.

Burlar los arcos de seguridad humanos no era la única forma de entrar en la urbe; de hecho, era la opción más arriesgada y menos utilizada por los contrabandistas. Décimo se había especializado en «pasajes de mierdeo», como se les conocía en el gremio. Desde que la red de alcantarillado fue sustituida por sistemas de succión para ahorrar agua, la ciudad tenía un laberinto subterráneo abandonado, perfecto para desplazarse por la urbe sin ser visto. Incluso existía, entre el Sector tres y el Sector cuatro, un asentamiento clandestino donde duplos y humanos de los bajos fondos convivían y hacían negocios. Este tipo de pasaje planteaba el problema de que cada contrabandista, con su exploración, debía cartografiarse su propio mapa y confiar en que había sido lo suficientemente prolijo como para haber cuadrado el suyo con el mapa real de la superficie de la ciudad. No faltaban historias de contrabandistas que creían estar saliendo a un descampado y terminaban arrollados por un tranvía. Décimo utilizaba un desagüe a unos veinte kilómetros de la urbe como pasaje, pero ese pasaje lo llevaría solo hasta el Sector dos y el hospital estaba en el seis, no tendría tiempo de recorrer toda la ciudad; además, no tenía cartografiado el Sector cinco y era verdaderamente fácil perderse en las alcantarillas o acabar destrozado en un succionador. Así, optó por otro tipo de pasaje de mierdeo: los cisterna. El sistema de succión no llegaba todavía a todos los sectores de la ciudad, algunos

edificios no tenían más remedio que almacenar los residuos fecales en sótanos a la espera de ser transportados fuera de la ciudad. Los camiones cisterna salían llenos y volvían vacíos, o casi, cuando los contrabandistas no los utilizaban como caballo de Troya.

«¡Feliz el hombre que soporta la prueba! Superada la prueba, recibirá la corona de la vida que ha prometido el Señor a los que le aman». Aquel cartel, en medio de una de las carreteras que llevaban a la urbe, presagiaba la presencia de la Orden del Último Aliento por la zona, y una columna de humo a escasos kilómetros la confirmaba. Al principio le extrañó que practicaran su filia pirómana tan cerca de la ciudad humana, luego comprendió que un vehículo de la Orden había intentado cruzar un arco de seguridad por la fuerza y las torretas de vigilancia lo habían abatido. Quemar a todos los duplos que caían en sus manos les privaba de información relevante —y tan elemental— como esa. Siguió su camino hasta el vertedero donde descargaban los cisterna del Sector seis y, mientras esperaba, se puso el traje de mierdeo: un mono de plástico marrón, con capucha, ceñido en muñecas y tobillos. Con la máscara de aire, el olor no era un problema, ni siquiera dentro de la cisterna, pero una vez en la ciudad humana, donde nadie utilizaba máscara, sí.

En el ominoso silencio característico de los vehículos humanos, llegó el convoy de cisternas. Reptó hasta el tercero que había descargado y, mientras esperaba aparcado a que todos terminaran para volver, abrió su escotilla de vaciado, metió el petate con la cápsula y se deslizó dentro. Una hora y trece minutos después, el contrabandista bajaba por la alcantarilla del garaje de cisternas. Ya había estado en el Laura Mistral consiguiendo equipo para Alfonso Bueno, un médico itinerante, así que llegar allí no fue problema. En la ubicación, se puso un guante biológico y se vistió con un mono de limpieza. Salió a la superficie en el garaje de ambulancias y serpenteó hasta llegar al almacén, donde codificó su retina con los parámetros del pobre Valerio, un antiguo bedel del hospital, y entró. Dudó un momento de lo que iba a hacer.

El carrito de limpieza tenía una rueda dislocada, lo arrastraba por los pasillos con un tintineo que no captó el interés de nadie. De camino a la planta de maternidad, intercambió algunos saludos lánguidos con los bedeles y, una vez frente a las incubadoras, sacó el deflector higiénico y repasó el suelo a la espera de una oportunidad. Otro contrabandista, Kimono, le había enseñado a usar el deflector a cambio de una de las

minas del encargo de Octavo. Era lo que usaban los humanos para limpiar el suelo, muy similar a una mopa, pero con ese aire sofisticado e innecesariamente complejo de los útiles humanos. Eliminaba la suciedad y las bacterias de algún modo que Décimo nunca se esforzó por entender, solo se limitaba a arrastrar la silenciosa luz azul por el suelo. A los humanos les encantaba lo silencioso.

En la sala de incubadoras había cinco bebés. Un enfermero y una enfermera entraron y, tras acercar sus pulseras a las cabinas de incubación de dos bebés, las cúpulas se abrieron y pudieron manipular a los neonatos. Esperó a que se separaran.

—Me han dicho que hay que limpiar un vómito en la habitación M89 —dijo a la enfermera, la primera que se alejó de la sala.

La mujer miró el nombre bordado en su mono de bedel: «Valerio» y subió los ojos hasta encontrar los de Décimo, esperando saber cómo ese vómito podía ser problema suyo.

—Soy nuevo y aún me cuesta encontrar cosas —Estiró los labios en una sonrisa exculpatoria.

—Está bien, Valerio, sígueme, voy en esa dirección.

El tintineo del carrito siguió los pasos de la enfermera hasta poco antes de llegar a la habitación referida, luego se adelantó, dejando a Décimo a la misma altura de la mujer. Fingió un tropiezo con el propio carro y quedó sujeto a su brazo, pero no consiguió abrir el cierre de la pulsera, dejándole expuesto, agarrado a ella como un carterista novato. La sorpresa de la enfermera se dilató lo suficiente como para darle tiempo a inmovilizarla y caer juntos dentro de la habitación M89. En el forcejeo, se colocó sin dificultad sobre ella y, solo con la mano derecha, le apretó el cuello hasta que la enfermera dejó de golpear la viga de metal que la asfixiaba. Cuando retiró la mano, el cuello de la chica parecía una lata de metal estrujada. Envolvió con su mano prostética la de ella y escuchó los huesos crujir hasta que pudo sacarle la pulsera. Un poco de suerte: la habitación estaba vacía. Escondió el cuerpo en el armario y volvió al pasillo tarareando una melodía para tratar de calmar la respiración.

De un vistazo, se decantó por escoger al bebé de la primera incubadora, parecía rubio, como Quinto, eso le gustaría. Miró la pulsera del pequeño humano: figuraba el nombre del hospital junto a un código; suficiente, ya se encargaría luego de redactar un informe falso. Abrió la cabina y lo metió en la cápsula de contrabando, dentro del carrito. El tintineo sonaba desbocado recorriendo los pasillos hasta el almacén. En las alcantarillas, aunque tenía tiempo de sobra para llegar a los sumideros, corrió eufórico hasta quedar sin aliento. Apenas tuvo que consultar el mapa, un impulso febril le guiaba por los pasadizos. Pronto, llegó al Sector siete y, en apenas unos minutos más, se supo bajo los sumideros de distribución de agua. Subió. Todas sus incursiones paraban ahí, la nave estaba totalmente automatizada, ni siquiera había seguridad humana fuera. Una serie de embudos recibían el racionamiento por unos silos móviles que, dependiendo de la fecha, vertían el agua en una u otra tubería. Usó el gancho para subirse a la plataforma-embudo de Bajo Este 48 y miró al silo, a lo alto: repartía por Alto Sur 35, su aldea empezaría a recibir agua esa misma noche; un día perfecto para el contrabando, la cápsula no se quedaría bloqueada a mitad de camino. La sacó del petate y comprobó que estuviera bien sellada.

—¡Pero qué mierdero más ingenioso! —Esa voz aflautada le era demasiado conocida.

Se giró:

—Y de entre todos los pedazos de mierda que me he cruzado al venir, mira que no esperaba ver...

De pronto perdió la visión del ojo derecho y se desplomó a un lado. Dejó caer la cápsula, que se escurrió embudo abajo, para tratar de levantarse, pero ni su brazo ni su pierna prostética respondían. Levantó la cabeza hacia Hamlet, que lo observaba desde el silo, el mismo sobre el que, no hacía tanto, habían peleado para ser el primero en abrirlo y acceder al agua, sin que ninguno tuviese éxito. Hamlet le apuntaba con un palo, parecía un mago de una de esas películas de la sala del proyector de cuando vivían en las reservas duplo. Echó mano a la pistola y disparó casi a ciegas, con la zurda, en su dirección. Dos, tres campanadas metálicas rebotaron en el silo para perderse luego en el techo de la nave.

Aquello al menos hizo que Hamlet buscara cobertura y lo liberara de la parálisis. La retina prostética se reiniciaba y mostraba códigos de arranque que corrían ante sus ojos, del mismo modo que la pierna y el brazo volvían a responder. Usó el gancho para volar lo más lejos posible de allí, pero fue inútil: a mitad de trayectoria el ojo derecho volvió a apagarse, el gancho se soltó y lo hizo caer en mitad de la nave. Ni siquiera escuchó los pasos tranquilos acercarse:

—Los humanos lo llaman porra inhibitoria, yo lo llamo «el cetro» porque con esto, Décimo —agitaba el palo frente a él—, todas esas aldeas duplo me van a besar el culo como a un rey.

Cuando trató de erguirse, Hamlet le golpeó en la cara con la porra hasta que quedó de nuevo tendido. Notaba el tabique machacado contra el rostro y la sangre correrle barbilla abajo. La boca se le había llenado de arenilla, no la identificó como dientes partidos hasta que escupió uno a un lado. Vio entonces su pistola, demasiado alejada como para alcanzarla, pero, cerca de ella, había algo parpadeante que no lograba identificar.

—Vas a trabajar para mí. ¿Me escuchas o te he terminado de dejar gilipollas?

La punta de la porra le dirigió la cabeza hacia él. Deseó poder levantarse para escachar esa cara de niño malcriado contra el suelo. Un nuevo golpe, ahora en el oído, hizo que todo a su alrededor se tambaleara.

—Mátame, basura.

Una espuma sanguinolenta se le concentraba en los labios dándole aspecto de perro rabioso apaleado, pero no quería morir, no ahora que iba a ser millonario. Recibió golpes por todo el cuerpo hasta que Hamlet se cansó y paró para serenar el aliento. Su vista cayó por accidente de nuevo sobre la pistola, trató de rodar sobre sí mismo, pero, tras la primera vuelta, Hamlet le puso un pie en la espalda:

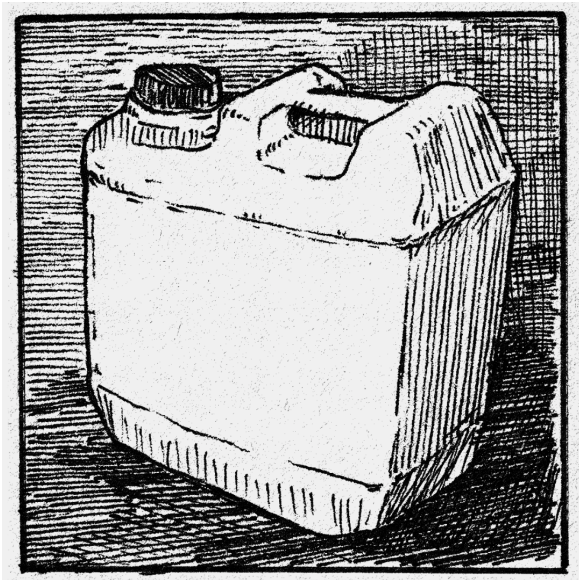
—Sí que eres una rata persistente.

Pero no le golpeó. Entonces volvió a mirar hacia aquello parpadeante. Pensó que tal vez sería alguna pieza del brazo o del gancho, pero no, parecía más bien un brazalete o... Una pulsera. Las cristalerías del techo se rompieron a la vez que dos agentes entraban por la puerta de la nave. Hamlet, en un acto reflejo, apuntó con su cetro hacia ellos, que debieron identificarlo como un arma. Lo abatieron de dos disparos tan silenciosos como si hubiesen utilizado cerbatanas en vez de fusiles. De nuevo volvieron los códigos de arranque a su ojo, pero su cuerpo biológico era ahora más pesado que las prótesis inhibidas. Un agente humano apareció sobre él. La pantalla de su casco se plegó, mostrando a un tipo moreno de rasgos duros:

—Está siendo detenido por el agente de la guardia metropolitana número cuatrocientos ochenta y tres mil doscientos cuarenta y uno. Se le acusa de homicidio, secuestro, suplantación de identidad y acceso no autorizado al núcleo urbano. Tiene derecho a...

Otros dos agentes lo levantaron y el dolor fue tan insoportable que estuvo a punto de perder el conocimiento. Esposado, lo llevaban en volandas —sin dar mayores muestras de esfuerzo— hacia afuera, donde le esperaba una unidad de arresto. Nunca había visto una, claro: era un vehículo autodirigido muy pequeño, de una sola plaza, que aerotransportaba a los detenidos a la comisaría más próxima. Los agentes lo subieron y cerraron la compuerta. Dedicó un momento a pensar en la cápsula que recorría los recodos de la tubería BE-48. Luego, la unidad de arresto despegó en silencio.

Vio la ciudad a sus pies. Era la primera vez que Décimo volaba.





# Brujas

ELVIRA ESTEBANEZ YEPES

Olía a tormenta. La lluvia pronto barrería el hedor de los tres cadáveres que aguardaban en el embalse. Aquella madrugada serían cuatro las almas que descansarían bajo la tierra de Salem: Victoria Brown, Joanne Willson, Charlotte Brown y Sofía Miller.

El Alguacil Proctor Smith, un hombre larguirucho y algo entrado en años, avanzó a través del bosque. Había recorrido al menos seis millas de distancia hasta llegar a aquel lúgubre claro de abedules. El sol caía entre los árboles y anunciaba la llegada del crepúsculo. Pronto no habría luz en el horizonte que iluminase el camino de regreso a casa, solo las estrellas que observan desde el firmamento.

Protegida por la maleza y amurallada por raíces, se alzaba una choza escondida de la civilización como emergida de la propia hierba. Un paisaje tan seductor como truculento. Desde que Proctor Smith había puesto un pie en el bosque, el tiempo se había congelado y lo que para unos habría sido un instante se transformó en una eternidad.

Llamó a la puerta. Tres golpes secos le devolvieron el saludo. Ni una voz, ni un sonido, ni un rastro de vida, al menos humana.

—Ava Putnam —bramó Smith desde el umbral—, abra la puerta.

La voz inundó el espacio y, por un instante, temió despertar a las almas que habitaban bajo la tierra. Había oído historias, todos las habían oído. Corrían leyendas, cuentos sobre las atrocidades que se habían cometido en nombre de Dios; sobre cómo los cuerpos de decenas de mujeres habían colgado, putrefactos, durante semanas, incluso meses, en las ramas de aquellos abedules hasta que a sus familiares les permitieron enterrarlos en un rincón aislado del mundo. Para olvidar, o al menos intentarlo. Mientras tanto los espíritus inocentes dormían a la espera de su tan deseada venganza.

La joven Victoria Brown, primera víctima, había sido hallada en esa misma posición: el esbelto cuerpecito se había deformado por su propio peso, la sangre se le había acumulado en las extremidades inferiores mientras que la cabeza pendía a un lado del cuello desencajado

por la soga. Incrustado en el tronco de abedul, a la derecha del cadáver amorfo, habían escrito cuatro líneas, cuatro nombres de cuatro chicas desaparecidas.

El cuadro era tan similar al pasado como siniestro. Sin embargo, en el caso de aquellas mujeres que murieron asesinadas años atrás, ninguna había sido aceptada en el mausoleo del condado de Salem. Los cadáveres permanecían en aquel claro, exiliados de su hogar, lejos de la civilización, ahora bajo los pies del Alguacil.

Poco a poco, todas las personas que vivían allí escaparon de la maldición que corría en sus venas, negra como la brujería. Solo quedó la familia Putnam, arraigada en su pequeña morada.

—Ava Putnam —repitió Smith con urgencia.

La puerta de madera emitió un quejido lastimero. Se abrió apenas un centímetro, pero lo suficiente para que Smith pudiese distinguir el rostro inocente de la pequeña Ava Putnam a través de la rendija.

Le habían advertido que la joven era una austera descendiente del bosque —como lo habían sido un día sus difuntos progenitores—. El hombre había imaginado, haciendo caso a las advertencias, que se encontraría con una arpía de ojos negros y la huella del diablo tatuada en el rostro. Sin embargo, y para su asombro, quién le abrió la puerta no fue la víbora que había construido en su fantasía, sino una muchacha escuálida de apenas dieciocho años, con pómulos marcados y ojos de cervatillo, que lo miraba con un gesto de temor.

—¿Quién es usted y qué quiere de mí? —dijo ella con voz temblorosa.

Parecía aterrada. El Alguacil Smith trató de calmarla con una ligera sonrisa, su bigote le hacía cosquillas en el labio superior con aquel movimiento poco común en él.

—Buenas noches, señorita. Perdonad la interrupción, mi nombre es Proctor Smith, Alguacil del condado. ¿Me permite? —dijo, y señaló el interior de la choza—. Solo vengo a buscar algo de orden ante esta atrocidad.

La muchacha dudó un segundo. Desvió la mirada hacia el interior de la cabaña, aún oculto, y abrió la puerta, dejando paso al visitante.

La estancia era oscura, apenas iluminada por unas lámparas de aceite a medio consumir.

—¿Puedo ofrecerle un té de jengibre? Es mi especialidad —dijo la muchacha de forma tímida mientras sus dedos jugueteaban con los pliegues de un delantal embadurnado de frambuesa.

—Gracias. No le robaré mucho tiempo —dijo Smith y tomó asiento en una pequeña mesa en el centro de la habitación—. ¿Sabes lo que les ha ocurrido a las chicas desaparecidas?

—Todos lo saben. Este es un pueblo pequeño —afirmó Ava.

Smith todavía recordaba el revuelo que se había generado entre los paisanos de Salem. Aquella mañana, la ciudad se había levantado cubierta por los gritos desesperados de unos padres que descubrían la ausencia de sus hijas. Gritos que desgarran la garganta. Hacía veinticuatro días desde ese entonces. Y cada vez que un cadáver emergía de la oscuridad en la que se ocultaba, la aldea se teñía de lamentos y ruegos incesantes que clamaban por el alma de las jóvenes desamparadas.

Ya se habían celebrado tres funerales. Los escasos restos de carne carbonizada que quedaron de la tercera víctima hicieron que fuese imposible mover el cadáver de manera digna, así que sus familiares habían llorado su pérdida a los pies de la pira extinguida.

—¿Las conocía? —preguntó Smith, recibiendo el té que la joven le tendía.

—Éramos compañeras de parroquia, pero no solíamos hablar más allá de nuestras obligaciones.

«No es extraño», pensó el Alguacil. Había oído a sus vecinos hablar de Ava Putnam antes de emprender la búsqueda. Aquella muchacha desgarbada era una paria, siempre con la cabeza pelirroja sumida en libros viejos. Pocas veces se la distinguía en alguno de los eventos sociales del pueblo, más allá de su forzada asistencia semanal a la iglesia del condado.

Por un segundo, Smith dudó si sumergirse en el siniestro bosque tenía algún sentido o si realmente estaba perdiendo el poco tiempo que

poseía. Sin embargo, aquella muchacha era la única joven en todo Salem que podía dotar de claridad a las incógnitas que sembraban tal caos. Hacía mucho que Salem sufría de una escasa natalidad y una eminente mortalidad; pocos bebés venían al mundo en aquellas tierras yermas y vivían para saborear la primavera. Ava Putnam era uno de esos seis niños que llegaron a Salem dieciocho años atrás.

—Creía que se habían fugado a la ciudad con algunos mozuelos —respondió ella, con la cabeza gacha—. Ojalá lo hubiesen hecho, tal vez así seguirían vivas.

Aquella había sido la primera suposición del Alguacil cuando encontró las camas vacías y las sábanas intactas. Se especulaba que las cuatro muchachas se habían marchado por su propio pie mientras el pueblo dormía, en busca de las aventuras que toda joven desea experimentar. Las pruebas concordaban: la ausencia de signos de violencia y forcejeo, unido a la falta de varios enseres personales, sugerían que habían escapado por voluntad propia. O, al menos, eso parecía. Hasta que una mañana, siete días después de la supuesta fuga, el inerte cuerpo de Victoria Brown apareció. Y tras ella, los cadáveres de Joanne Wilson y Charlotte Jones.

La pequeña Charlotte había sido la última víctima, tan solo cuatro días atrás.

Smith aún sentía el escalofrío recorrerle la espina dorsal mientras recordaba la bestialidad con la que el cuerpo aún infantil había sido devorado por las implacables llamas. Con los pies y manos atados al descomunal mástil, no había tenido oportunidad alguna de escapar. El fuego había acabado con ella de la forma más brutal y cruel posible: el humo se introdujo en sus pulmones, obstruyendo la tráquea; sus ojos se tornaron ciegos bajo la nube de hollín que crecía bajo sus pies; el calor se fue incrementando cada vez más hasta que las llamas llegaron al bajo de su vestido, y subieron por sus piernas desnudas. Apenas quedó nada de su preciosa melena rubia.

—Tal vez —pronunció Smith con voz queda, como apartando la imagen de su memoria—. Lamento parecer insensible, Ava, pero eres la persona que pasaba más tiempo con ellas, y aunque no hablaseis, quizás

viste u oíste algo que hayamos pasado por alto. Cualquier cosa que puedas recordar será valiosa.

No había mucho tiempo, en escasas horas podía producirse el cuarto asesinato. El Alguacil Smith había interrogado a los padres de las jóvenes, sus vecinos, profesores y hasta al párroco. Sin embargo, ninguno de ellos, en su mundo de adultos, había percibido cambio alguno en las chicas. Puede que alguien más cercano a su edad aportase una perspectiva que ellos no habían sabido ver.

—Recuerdo... que la mañana anterior a la desaparición hablaban muy emocionadas de la noche del solsticio. Se pasaban horas planeando los vestidos que iban a llevar y hablando de cómo bailarían al llegar el verano.

—¿El solsticio? —preguntó confuso el hombre—, ¿estás segura?

Hacía años que no se celebraba el solsticio en Salem, desde la masacre que había teñido su nombre con sangre.

—Muy segura —sentenció Ava.

La noche del solsticio era un día maldito en Salem. Hacía décadas que nadie celebraba la llegada del verano, desde que unas jóvenes inocentes desencadenaron la histeria colectiva en las mentes de un pueblo no tan alejado de lo que ahora era la ciudad. ¿Qué habían planeado las adolescentes para aquella trágica noche de verano?

Smith se aclaró la garganta y dijo:

—¿Dijeron algo? ¿Algún nombre? ¿Tal vez un novio o alguien a quien no conocieras?

—No, lo siento. No escuché nada más. —Ava agachó la cabeza.

El Alguacil necesitaba más. ¿Debía confiar en ella? Aunque la joven le había dado más respuestas de lo que había imaginado, cada vez surgían más y más preguntas. Aún faltaban por completar demasiados huecos en la historia y el tiempo era escaso, apenas quedaban unas horas para que el sol cayese.

Del bolsillo de su camisa extrajo un pequeño objeto, suave y delicado. Los ojos de cervatillo de Ava se posaron en el detalle.

—¿Reconoces esta cinta? —preguntó Smith al captar su mirada.

—¿De dónde la ha sacado?

Bajo la mesa, las pálidas manos de Ava se aferraron con demasiada fuerza a la tela de su vestido.

—Estaban amordazadas con ellas. Todas y cada una.

El Alguacil tomó el trozo de tela y lo dejó sobre la madera astillada. Ava lo observó con cuidado.

—Esta es la cinta de Joanne —dijo, rompiendo el silencio sepulcral que había inundado la habitación.

Smith asintió. Habían descubierto aquel retal azulado decorando el cuello de Joanne Wilson, la segunda víctima. Su cuerpo, hallado en los muelles de Salem por un grupo de pescadores, había sido ahogado por la marea oscura.

Una muerte rápida, no más de dos minutos, pero igual de lacerante que cualquier otra. La joven había batallado una guerra silenciosa contra el mar en un desesperado intento de pedir auxilio mientras el agua se colaba por cada rincón de su cuerpo. Para cuando la llevaron a tierra firme, su tez había adquirido un tono amoratado por la falta de oxígeno y sus extremidades estaban rígidas como las garras de una estatua de mármol. Ava dijo:

—Se las dio el nuevo párroco. ¿Lo conoce...? El padre Rogers es un gran hombre, algo melancólico, pero siempre con una palabra amable que otorgar al prójimo. ¿Sabe que perdió a su mujer hace unos meses? Por eso vino a Salem, para olvidar.

Smith conocía a Harry Rogers, había llegado al condado cerca de un mes antes de la noche de la desaparición de las muchachas. Había hablado con él en contadas ocasiones, la última había sido dos días atrás. Tal como le había descrito Ava, Rogers le pareció un hombre de temple admirable, mucho más tras el súbito fallecimiento de su esposa. Sin embargo, Smith lo encontró bastante recompuesto, enfrascado en la lectura de un antiguo volumen como si la tragedia no le afectase en absoluto. ¿Acaso le había mentido?

—Estaban orgullosas de esas cintas, las llevaban siempre consigo —titubeó la muchacha, irrumpiendo en los pensamientos de Smith. Su rostro se volvió opaco—. Bueno... No siempre —dijo mientras su mente viajaba muy lejos, a través del recuerdo.

Ava corría entre los árboles esquivando las ramas que querían arañarle el rostro. Sus cortas piernecitas se esforzaban por avanzar un paso más, por alcanzar la linde del bosque hasta el claro donde podría ocultarse de sus perseguidoras. «Ava, pequeña brujita, ¿dónde estás?», escuchaba que le decían las voces a su espalda, cada vez más cerca. Demasiado cerca. Sintió que alguien la agarraba del pelo y la arrastraba, su cuerpo fue lanzado contra la tierra, sus manos apenas frenaron el impacto y la sangre brotó de sus heridas tiñendo el suelo carmesí.

—¿A qué te refieres? —inquirió el Alguacil sacándola de su ensoñación.

—No se debe hablar más de los muertos —respondió ella—, pero últimamente he pensado mucho en la forma en la que fueron... Bueno, ya sabe... Encontradas, y tengo la extraña sensación de que necesito contarle.

Smith la observó con curiosidad.

—Ava, ¿qué ocurre?

Por un instante la muchacha dudó.

—Supongo que ha escuchado rumores sobre mí. Todo Salem lo ha oído. Dicen que soy una bruja porque mi abuela... Bueno, lo era...

Inspiró profundamente.

—Victoria, Joanne, Charlotte y Sophie me odiaban por ello. Cuando consiguieron esos lazos que lleva en el bolsillo, comenzaron a... —dudó antes de continuar— castigarme. Me ataban con ellos a un árbol y me dejaban allí a merced del frío toda la noche. Decían que debía purificarme si quería ser una de ellas, si quería ser una iluminada de la Iglesia. Y ahora sus cuerpos marcados como brujas con esas horribles

cintas atadas al cuello... No eran unas santas como querían hacer creer al mundo.

Bajo la mesa, Ava clavó las uñas en la carne de sus muslos y la tela que los cubría le tiñó de sangre, al recordar la sensación de las cuerdas que laceraban su cuerpo desnudo, las marcas que quedarían para siempre en sus muñecas.

El Alguacil permanecía en silencio, aturdido por lo que acababa de escuchar de la boca de aquella joven, una oleada de náuseas lo inundó al imaginarla maniatada a uno de los abedules.

Abedul. Un escalofrío le recorrió de arriba a abajo al comprender la oscura verdad que se ocultaba bajo el árbol. En su rostro se había incrustado el mismísimo reflejo del horror, se le aceleró la respiración, su piel se tornó azulada y en los ojos le palpitaba la sangre. Proctor Smith se puso de pie de un salto en busca de una vía de escape, lo que provocó que el té, instalado en su estómago, trepase a lo largo del esófago y la vista se volviese opaca. Sus sentidos parecían adormecidos, le costaba enfocar el rostro agachado de la joven. ¿Lloraba? No, ¿sonreía? Puede. «¿Qué tenía aquel té?» preguntó, pero las palabras no querían salir de sus labios.

—¿Sabe qué era lo peor de aquellos momentos? —preguntó Ava expectante.

Smith negó, embobado. La infusión de datura camuflada bajo el sabor del té comenzaba a revelar su efecto. Ella siguió:

—Ilusa de mí, creía en lo que decían, pensaba que merecía ser castigada como lo había sido mi abuela. Tardé mucho tiempo, y muchas cicatrices, en comprender que era mejor que ellas, que los verdaderos demonios eran aquellos que condenaron mi apellido.

El Alguacil se apoyó en la mesa, para no perder el equilibrio.

—Así que decidí planear mi venganza. Llámelo «ojo por ojo». ¿Quién diría que los descendientes que me servirían para culminar mi castigo contra Salem serían las mismas muchachas que me habían atormentado desde que tenía uso de razón? Aquello hizo del proceso



algo mucho más placentero de lo que jamás habría podido soñar —dijo Ava.

El hombre dejó de ver. Una completa oscuridad lo devoró. Su cuerpo, inerte como el de un muñeco de trapo, se precipitó contra el suelo de la choza. Sintió el impacto antes de que su rostro golpease la madera.

«Dulces sueños, Señor Smith», creyó oír que le decía una voz melosa antes de que todo se desvaneciera.

—¡Alguacil Smith! —gritó John Davis, su joven ayudante—  
¡Despierte! ¿Me escucha?

La voz del joven sonaba turbada como el alarido de un animal atrapado por su presa. Smith abrió los ojos, sumido aún en el efecto de la droga, aturdido, para encontrarse frente al rostro distorsionado de Davis. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado a aquel lugar? El Alguacil trataba de unir las confusas imágenes que quedaban en el resquicio de su memoria, pero era inútil.

La frente de Smith estaba inundada de sudor. Los ojos, que antes se caracterizaban por una felicidad perenne, ahora estaban cubiertos por un velo de horror que John nunca había visto antes en él. Pero lo que realmente conmocionó al Alguacil, cuando recobró la consciencia, fue su ropa. La camisa blanca de lino estaba cubierta de sangre. Sangre fresca. ¿De dónde venía? ¿Estaba herido?

—¡Menos mal que despierta! Creía que usted también estaba muerto —dijo Davis, con un suspiro aliviado—. ¿Está herido? ¿Qué ha ocurrido? ¿De dónde viene la sangre?

—No... No lo sé... —titubeó Smith—. Yo estaba en casa y luego... Nada.

Los recuerdos terminaban llegada la madrugada del día anterior, después no había nada más que un profundo precipicio. Tenía que ir a un lugar, pero ¿a dónde? Se concentró en comprobar si sentía algún dolor, pero, aparte de la niebla que le enturbiaba la cabeza y un ligero tintineo en el estómago, no notó nada.

—Estoy bien —dijo finalmente el Alguacil no muy convencido de su respuesta. Entonces reparó en algo que su ayudante había mencionado y que en su estado alterado no había alcanzado a percibir hasta ese momento—. Has dicho: también. ¿Qué ha pasado John? ¿Quién ha muerto?

Davis tardó un segundo en contestar, inquieto por la sangre que envolvía a su jefe.

—Sofía Miller... Ha aparecido su cadáver.

Proctor Smith no podía hablar, las palabras se le atragantaban en el estómago y morían en sus labios cuando trataba de pronunciarlas.

—Llévame —dijo.

Tardaron menos de una hora en llegar al prado en el que se encontraba el cadáver de Sofía Miller, la última víctima. Desde la lejanía, el cuerpo parecía dormir plácidamente sobre la hierba: una bella durmiente. Sin embargo, según Smith y su ayudante avanzaban por el claro, la catástrofe se volvía cada vez más tangible. Como las demás, Sofía estaba ataviada con un delicado vestido blanco de encaje y el lazo rojo decoraba su cuello. No obstante, del pecho abierto de Sofía emanaba un oscuro y espeso líquido escarlata. Entre las manos sostenía, como si lo ofreciera en una especie de sacrificio, un corazón sangrante. Su propio corazón.

A Smith le recordó a una obra dantesca. Espeluznante y bella a partes iguales. Avanzó con una pesada lentitud hasta quedar arrodillado ante lo que quedaba de la muchacha. Su rostro parecía sosegado, en paz, a pesar de la atrocidad que su cuerpo había padecido. Un aroma familiar le golpeó en el rostro, se abrió paso a través del hedor putrefacto del cadáver: jengibre.

En la desolada cabaña, Ava recogió la taza que el Alguacil había dejado aún con restos del té de jengibre que le había preparado. La dejó en la pila y una sonrisa pérfida se instaló en su rostro.

Sacó un libro de su improvisada estantería. Lo abrió y extrajo una hoja vieja y deteriorada. Con un trozo de carbón tachó el último apellido escrito en ella: Miller. La lista estaba completa.

Había sido demasiado sencillo como una receta perfectamente calculada. Tan solo había necesitado encontrar las piezas del puzle: un hombrecillo recién llegado a Salem, tan desesperado que sintiese la necesidad imperiosa de alcanzar límites insospechados con tal de devolver la vida a su amada; un viejo libro de sus antepasadas al que se había tomado la libertad de añadir ciertos rituales que guardaban una sobrecogedora similitud con asesinatos de mujeres inocentes alrededor del mundo; un pueblo repleto de codicia e hipocresía, y una lista con cuatro apellidos, los apellidos de aquellos jueces embusteros que habían llevado a su abuela a la horca.

Después de todo, quizás sí que era una bruja.



# Redd

ISABELLA GARCÍA-RAMOS HERRERA

Había demasiada sangre en el agua. Una parte de Redd estaba satisfecha. La otra, aliviada: no podía acobardarse ahora. No cuando el mal ya estaba hecho. Sí, un mal que había empezado él. Todo empezó el día que mató a Elizabeth Clarke. Solo porque él no le puso directamente la soga al cuello, no significa que no la haya matado. Él la acusó, señaló, persiguió y la sacó de la casa entre gritos histéricos. Él la interrogó por horas y horas hasta que la mujer dudó hasta de su propio nombre. Él la puso en aquella mesa de madera donde la pincharon, cortaron e hirieron hasta dar con el punto donde Elizabeth, bañada en lágrimas y en sangre, ya no se quejaba más. Ya no se quejaba porque esa era la marca del diablo, allí se escondía, dijo él. Pero la joven Redd sabía que su amiga ya no se quejaba, en realidad, porque el dolor se había mezclado con la resignación y nadie reacciona como vivo cuando desearía estar muerto.

Redd pensó en la sangre de Elizabeth y sintió la suya hervir. Sin embargo, la sangre que manchaba las piedras frente a ella era un líquido viscoso y oscuro que, con el paso del agua fría del río, se disolvía cada vez más. Perdía el color y el calor de la vida. Como el monaguillo dos días después de que Elizabeth murió, en la tarde del lunes, luego de haber confesado que se bebió el vino de la misa del domingo. En ese momento, todos pensaron que era un caso aislado, incluso creyeron haber encontrado rastros de alguna sustancia extraña en el fondo de la copa. Por eso fueron a buscar a la abuela Redd. Todos sabían que la anciana era capaz de curar cualquier cosa. Redd no necesitaba ver al niño arder de fiebre, con las comisuras manchadas de ese líquido oscuro, para saber qué tenía. Sabía qué era y que no podía sanarlo, o más bien, no quiso hacerlo. Una parte de ella se sentía reconfortada al saber que el sacerdote del pueblo sufría a los pies de la cama del muchacho. Era triste que el niño tuviera que enfermarse para que el sacerdote sufriera, pero de una u otra forma, Redd sabía que ese hombre tenía que pagar por haber sido cómplice de Matthew. Porque todo volvía siempre a Matthew. Él era el culpable de todo.

Incluso, era culpa de Matthew que Redd estuviese en aquel momento sola en el bosque. Sola, gruñendo como bestia, haciendo un

gran y terrible esfuerzo. Grande y terrible porque exigía todas sus fuerzas, toda su concentración y, al mismo tiempo, requería su mayor sigilo. Sigilo como el que tuvo la madre Redd para meter acónito entre las rosas, lirios e iris que le regaló al desgraciado del juez. Ese hombre que, a pesar de estar casado, veía a las mujeres como bolsas de carne para saciar el hambre. Siempre que Redd iba al mercado a vender flores, el juez aparecía con su gran capacidad de elogiarla e insultarla al mismo tiempo. Le decía que lo tenía hechizado con su belleza, que debía de ser una bruja para ser capaz de metérsele de esa forma entre ceja y ceja. Después se reía, como si supiera lo que estaba diciendo. Redd sabía que el juez no tenía ni idea de la magnitud de lo que decía o no se hubiese reído como lo hizo. Una parte de ella se divirtió al verlo llevarse el ramo a la nariz y olfatearlo. El acónito no tardaría demasiado en hacer efecto.

Con lo que Redd no contaba era con Matthew. Porque Matthew, como el hombre con autoridad que era, siempre se metía donde nadie lo había llamado. O donde aquel pueblo de ignorantes y cobardes lo llamaba para que resolviera los problemas que ellos, al ser tan ineptos, no podían solventar. Como si las soluciones de Matthew fueran buenas. Buena era la solución que Redd había encontrado esa noche de luna llena. Salió del río con grandes zancadas después de dejar caer una piedra que se hundió en las aguas. Recogió su pesada carga y avanzó entre los pinos frondosos por la primavera. Atrás quedaba el invierno y comenzaban a renacer las flores y los árboles gracias a las frecuentes lluvias, como renacía ella luego de tantas lágrimas que derramó. Porque lloró cuando Matthew acusó a Agatha de matar al juez. Lloró aún más cuando Matthew señaló como culpable a Mildred de matar al monaguillo. Porque, según Matthew, la plaga que se extendía por el pueblo no podía ser culpa de la naturaleza, no, tenía que ser culpa de la naturaleza diabólica de las mujeres, de las brujas que vivían entre ellos. Porque, según Matthew, él sí sabía lo que decía cuando acusaba a una mujer de brujería.

Matthew se hacía llamar el Cazador de brujas de Manningtree, como si reconociera a una bruja cuando se le paraba al frente. Como si supiera distinguir una enfermedad de un maleficio. No podía diferenciar entre linchamiento y justicia, y por eso Elizabeth, Agatha, Mildred y tantas otras terminaron como lo hicieron. Mareadas por los interrogatorios, pinchadas por todas partes, casi desangradas por la búsqueda incansable de la marca del diablo, heridas por las piedras que

les lanzaban en el camino hacia la plaza, guindadas en el medio del pueblo de la cuerda de la horca, esa que les robó el último aliento. Allí se quedaban, en aquel sauce llorón que lamentaba sus muertes, guindadas todas de las ramas. Una a una se unieron más mujeres. Todas terminaban allí porque el gran cazador Matthew Hopkins era capaz de resolver todos los casos de brujería en Manningtree; porque era capaz de descubrir sus fechorías y solo él se atrevía a alzar una mano hacia cada una de ellas y hacerlas pagar. Porque él pensaba que cada una de las treinta y cinco mujeres que ahorcó, eran capaces de hechizarlos, de hacerle daño a todos. Iluso. Nunca supo ver que él, gran autoridad del pueblo, con el poder de la Iglesia en una mano y de la Ley en la otra, era el que realmente hacía daño. Ellos eran la verdadera plaga.

Redd sentía que le sudaban las manos y sus fuerzas flaqueaban. Tenía que aguantar y esforzarse tan solo un poco más, ya estaba por llegar... Miraba a los lados. La piel mojada se le erizaba por el viento y el frío, pero no por miedo. A diferencia de Matthew Hopkins, Redd sabía perfectamente cómo se veía una bruja. Redd sabía de lo que eran capaces las mujeres con ese poder. Todos en Manningtree sabían que las Redd lo sabían todo, incluso eso. Por eso, siempre que Matthew acusaba a una nueva mujer, entre murmullos, los más curiosos, los más valientes o los más imprudentes —muchas veces, los tres eran los mismos—, le preguntaban a una de las Redd —a la joven, a la madre o a la abuela, porque jamás estaban juntas— si la mujer acusada efectivamente era bruja. Las Redd callaban. Cualquier cosa que dijeran sería usada en su contra. Así funcionaba el poder de las palabras y las tres lo sabían muy bien. Sin embargo, Matthew no. Por muy cazador de brujas que fuera, ignoraba la primera regla para todo aquel que quiere hacerle frente a la magia: nada es lo que parece. Como las apariencias engañan, el juez no se percató del acónito, el monaguillo no saboreó bien el vino y Matthew Hopkins no vio a la bruja más poderosa de Manningtree.

Por eso aceptó la invitación de Redd de ir al bosque. Por eso, bajo la luz de la luna, junto al río, no vio el reflejo en el agua cuando Redd se agachó para beber de ella. En vez de eso, intentó abrazarla por detrás mientras le metía las manos bajo la falda. Quería darle calor, decía. Quería hacerla sentir tan hermosa como una flor, quería beber de ella como quien bebe un buen vino y quería disfrutar de su compañía como cualquier hombre del pueblo con cualquier mujer. Redd, en ese momento, supo que el cazador de brujas había dejado de ser depredador

para convertirse en presa. Matthew, sin embargo, no se enteró de que había caído en la trampa. Al menos no hasta que fue demasiado tarde.

A esas alturas, Redd jadeaba, pero al pensar en la cara de los habitantes de Manningtree, sintió sus fuerzas volver. Esos que vieron a las treinta y cinco mujeres ser colgadas por Matthew Hopkins y no hicieron nada para evitarlo. Esos que lloraron la muerte del juez, a pesar de que conocían sus pecados carnales, como lloraron la muerte del monaguillo. Esos que se compadecieron del sacerdote que usaba el poder de La Palabra para asustar a todos con la advertencia del Éxodo 22:18: «no dejaréis con vida a la hechicera». Soñaba con las caras de esos ilusos que creyeron que la vieja Redd querría sanar al niño, solo para que la criatura pudiera servirle a su Maestro ciego por el rencor y que disfrutaba cazar infieles. Fantaseaba con los rostros de los idiotas que se creen muy inteligentes por juzgar a otros y después no saben distinguir un acónito de un iris. Ansiaba ver cómo se veía Matthew Hopkins, luego de que terminara su penosa caminata por el bosque.

Finalmente, Redd llegó al lugar indicado y soltó lo que venía arrastrando. Se limpió las manos sudorosas con la falda empapada de agua y manchada de sangre. De su boca salió un siseo víperino, mientras avanzaba con cuidado por el claro del bosque. La luz de la luna caía sobre su rostro y la hacía verse como lo que era. Las sombras a su alrededor la observaban trabajar. El siseo de Redd se vio interrumpido por unas pisadas de algodón y un fuerte chasquido. Redd observó con cierta lástima a la liebre que había caído en la trampa de los cazadores y que ahora guindaba frente a su rostro. Alzó las manos y con un ágil movimiento, la cuerda liberó a la liebre. El animal cayó al suelo y huyó aterrado. Una sonrisa malsana se formó en el rostro de Redd. Sabía que su verdadera presa no escaparía. Sus manos volvieron a enroscarse como víboras en torno a su pesada carga. La cuerda serpenteó hacia el suelo, inclinándose a los pies de ella. Estaba a las órdenes de Redd. Ella no tardó demasiado en atar a su carga con el extremo de la cuerda. Cuando sus manos estuvieron libres otra vez, las alzó hacia la luna. El brillo plateado de la reina de la noche la bañó por completo y le dio las fuerzas que necesitaba para, con un solo gesto, levantar la pesada carga. Con el poder de las palabras de Redd, el bulto pesado se alzó. La cuerda desaparecía entre las ramas y levantaba aquella masa frente a ella. Cuando la bolsa de carne estuvo a la altura de donde la liebre guindaba momento antes, una de las ramas del árbol la atravesó y liberó todo lo acumulado



en su interior. A los pies de Redd cayeron músculos, vísceras, y la bañó un chorro de sangre que empezó a formar un charco. Un charco donde se vio reflejada. Se vio a sí misma y vio, frente a ella, a Matthew. Allí estaba ella, Redd, con sus tres rostros. Su rostro de joven, su rostro de madre, su rostro de abuela. Allí estaba reflejada Redd con el cazador de brujas Matthew Hopkins. Allí estaba él, guindado de la rama de cabeza, porque no era lo suficiente digno para guindar del cuello, como había guindado a las treinta y cinco mujeres que mandó a ejecutar.

Redd alzó una mano y con sisear unas palabras entre dientes, la luna llena se escondió. Las nubes se extendieron por el cielo y los truenos resonaron con fuerza. Al desatarse la tormenta, Redd sonrió. Veía sus tres reflejos en el charco de sangre ser penetrados por las gotas de lluvia que caían desde lo alto. Sangre y agua se unían como se habían mezclado en su vida: lágrimas por sangre derramada, agua de río que fluía como la sangre sobre la piel cercenada o la lluvia que limpiaba los rastros de sangre del camino. Desaparecía, por arte de magia, cualquier evidencia de que ella hubiese arrastrado el cuerpo desde el río hasta el claro.

Redd alzó la mirada hacia Matthew Hopkins. Lo vio guindado del árbol y sonrió, divertida ante la idea de que el resto de los habitantes de Manningtree creerían que Matthew Hopkins murió por una de sus propias trampas en el bosque, esas que usaba para cazar animales y brujas —que, para el cazador, eran exactamente lo mismo—. Verían la sogá, verían la rama y jamás sospecharían de ella con ninguno de sus rostros, porque ¿qué culpa tendría una abuela, una madre o una joven, de que un hombre tan poderoso como el cazador de brujas Matthew Hopkins muriera de esa manera? ¿Quién pensaría que la joven, la madre y la abuela eran la misma bruja que vengó a sus otras treinta y cinco hermanas?

Redd repasó con un dedo el golpe en la sien manchada de sangre y agua de Matthew. La piedra había hecho un excelente trabajo con el cráneo. Parecía, bajo la piel mojada, una cáscara hueca y agrietada. Los dedos de la bruja, como arañas, avanzaron y se enredaron entre los cabellos del cazador muerto. Después de golpearlo con la piedra, lo había sujetado muy bien bajo el agua. El cazador se había sacudido muchísimo, pero la ira de Redd la dotó de la fuerza suficiente para mantener la cabeza de Matthew sumergida en el río. La bruja pasó la lengua por la piel del cadáver. Recordó los gritos de Matthew en el río, sofocados por

el agua. Lo escuchó ahogarse. Lo escuchó tragarse cada una de sus malditas palabras. Su lengua exploró la cavidad de la boca del cazador. El beso le supo a muerte. Al alejarse, se relamió la sangre y el agua de la boca, mientras le ponía un dedo sobre los labios a Matthew. Por fin el cazador había callado. Ya no podría acusar a nadie más.





# Creatoras de ángeles

GABRIEL LOZANO BERNABEU

2 de diciembre de 1959

*A la dirección del Diario de Burgos,*

*Me comunico de forma anónima con ustedes desde la modesta aldea de La Blanca para informarles de un horrible suceso del que nadie habla, del que nadie se preocupa y que ha convertido a esta humilde aldea en el mismísimo infierno. No son muchos los detalles que puedo contar, temo que si me excedo yéndome de la lengua pueda acabar tal y como han acabado mis vecinos más queridos a lo largo de veinte años, tiosos de un día para otro y enterrados sin justicia para quienes decidieron poner fin a su vida.*

*La muerte lleva veinte años adueñándose de la aldea en la que nací. La guerra fue la excusa perfecta para disfrazar este terrible hecho, pero la codicia es un veneno mucho más letal que aquel que arrebató la vida de nuestros hombres. Y con esto, no puedo añadir más. Tan solo informo que, desde que acabó la guerra, han sido más de trescientas personas las que han sido asesinadas en esta aldea, sobre todo hombres. No importa la edad: niños, adultos, ancianos, cualquiera sirve para satisfacer la sed de sangre y poder de quienes ejecutan semejante barbaridad.*

*Por favor, necesitamos ayuda, son nuestra última esperanza. Las autoridades no hacen nada y los culpables de estos crímenes siguen actuando. Este es mi último intento. Si esto también falla, entonces será que la justicia no existe.*

*No intenten localizarme; como ya les dije, mi vida puede correr peligro. Les pido por favor que envíen su respuesta a la dirección que aparece escrita en el trozo de papel que encontrarán dentro de este sobre.*

*Desde la aldea de La Blanca,*

*Anónimo.*

Al terminar de leer la carta, Agustín la dobló del mismo modo en que la había desdoblado hacía menos de un minuto. Su gesto era de indiferencia. No se veía la más mínima muestra no ya de preocupación,

sino de intriga o de lo que, según él, algunos jóvenes empezaban a llamar curiosidad periodística.

Se levantó del asiento y se dirigió hacia los ventanales del despacho. Dio una calada tan fuerte al cigarro que llenó la atmósfera de un humo gris y pestilente. Reflexionó en silencio sobre el mensaje de la carta. No era la primera vez que escuchaba rumores extraños en torno a la aldea de La Blanca: desapariciones, muertes repentinas... «¿Qué importancia tenía? ¿Qué podía hacer por ese pequeño rincón dominado por el hambre, la miseria y las nefastas consecuencias de la guerra?», pensó a punto de olvidar el contenido de la carta y tirarla a la basura como si nunca la hubiese leído.

A punto. Pero no lo hizo. Una pequeñísima parte de él se lo impedía, porque «¿y si los rumores fueran ciertos? ¿Y si hubiera algún factor más allá del hambre y de la miseria que intervenía deliberadamente en la vida de la aldea? ¿Y si el emisor de esa carta tenía razón y, desesperado, no le quedaba nadie más a quién acudir?», pensó.

Agustín apuró el cigarrillo con dos fuertes caladas. El último subidón de nicotina le aportó la energía que necesitaba para tomar una decisión. Tomaría en serio el mensaje de la carta, pero no estaba dispuesto a enviar a ninguno de sus redactores ni cronistas a una aldea a la que ni siquiera llegaban las vías del tren solo por unos cuantos rumores. Como suele suceder, era un trabajo ideal para el becario.

Llamó a su despacho a Pedro, becario y sobrino —a veces por ese orden—, recién incorporado a la plantilla del diario. Nada se le había perdido a Agustín en esa aldea y nada tenía de interesante como para malgastar tiempo y recursos económicos en una investigación. Pero sí había algo. Algo distinto a lo que suele suceder en aldeas tan pobres e insignificantes como la de La Blanca. Y su sobrino tenía la ambición y sobre todo el tiempo suficiente como para indagar en ese algo a un coste muy reducido.

Pedro no soportaba reunirse con su tío en su despacho. El ambiente viciado de aquel minúsculo espacio le provocaba náuseas: olía a tabaco, otras veces a sudor y otras a whisky. Entró en el despacho sin llamar. Todavía le costaba ver a su tío como su jefe y no como a un miembro más de la familia. Agustín no se molestó, lo recibió con el gesto aún indiferente. Pedro estaba tranquilo. Jamás podría haberse imaginado el calibre del trabajo que le iba a ser propuesto. Cerró la puerta, avanzó

un par de pasos —respirando de manera disimulada por la boca— y se sentó frente a su tío, que le dijo:

—Deberías acostumbrarte a llamar antes de entrar.

—Es verdad, perdona. —Inspiró un poco sin querer por la nariz—. ¿Todo bien?

Agustín cogió la carta y se la pasó sin ponerle en contexto. Mientras Pedro le echaba un primer ojo, Agustín aprovechó para sacar otro cigarrillo. Pedro tuvo que fingir que no le molestaba que fumaran delante de él. Agustín dijo:

—Léela.

Pedro lo hizo sin rechistar. Dada la escasa extensión de la carta, Agustín le dio poco más de medio minuto antes de preguntarle qué le parecía el mensaje.

—Parece que lo ha escrito alguien asustado y bastante inseguro...

—¿Me lo preguntas o me lo dices?

Pedro no contestó. Se irguió de manera inconsciente y reforzó el gesto de su mirada mientras devolvía la carta a su tío, que preguntó:

—¿Alguna vez has oído hablar de la aldea La Blanca? —Dio una primera calada al cigarrillo y cargó aún más el ambiente.

—No —respondió Pedro.

—No me extraña. Es un pequeño y pobre rincón, uno más de todos los que pueblan el país. Uno más condenado a la extinción. Sin embargo, este es especial, hay muchos rumores a su alrededor.

—¿Qué clase de rumores?

—Desapariciones —Hizo una breve pausa antes de seguir—, muertes repentinas... Es una aldea muy pobre. Muchos mueren de hambre o por enfermedades como la gripe, pero no me refiero a esa clase de muertes.

—¿Y a qué te refieres?

—No lo sé. Escucha cuando hablo, son solo rumores. Pero tal vez esa carta sea el primer paso para confirmarlos y para que sepas de lo que

estoy hablando —Señaló la carta con la mano con la que sostenía el cigarrillo, una leve oleada de humo le entró a Pedro en la nariz y el labio se le torció en una pequeña mueca de asco—. Quien quiera que haya enviado esa carta está asustado... Y desesperado. Debe creer que somos su única esperanza de ayudar en lo que sea que ocurre en ese lugar —Una nueva pausa, esta vez más larga, para prolongar la calada—. Vas a encargarte tú.

El aire que Pedro estaba conteniendo se le escapó por completo. Después, Agustín añadió:

—Concertaré una cita con el emisor de la carta. Te reunirás con él cuando diga y donde diga. El tren no llega a esa zona, así que puedes llevarte mi otro coche, yo te pagaré la gasolina. Habla con él e intenta sacarle más información. Tómatelo como el broche final a tus prácticas —Volvió a dar otra calada—, si consigues averiguar algo interesante antes de que acabe el mes, daré por terminadas tus prácticas y volverás aquí como jefe de sección.



## 6 de diciembre de 1959

Pedro disminuyó la velocidad. El asfalto terminaba y en su lugar solo quedaba un camino irregular y gravoso con baches, hundimientos y toda clase de obstáculos.

Además, pronto tendría que continuar a pie. El emisor de la carta pidió discreción y especificó que nada de coches. En su segunda carta adjuntó un pequeño mapa que llevaría a Pedro al punto de encuentro. Según las indicaciones, se trataba de una cabaña situada cerca del río Bayas. Un terreno que hacía de frontera entre la aldea de La Blanca y Miranda de Ebro.

Pedro no apartaba la vista del mapa. Estaba hecho a mano y no era demasiado preciso, así que se vio obligado a apoyarse en otro mucho más concreto. El camino hacia allí se hizo más largo de lo que creía. Fue una mala decisión calzarse uno de sus trajes, el día era más caluroso de lo esperado y los hierbajos y matorrales le llegaban por encima de las rodillas. Tenía que dar pasos agigantados para sortear los obstáculos. El ambiente estaba cargado con olor a hierba seca, barro y una amplia gama de excrementos de diferentes animales.

La cabaña era mucho más destartada de lo que Pedro había imaginado. La madera se había descolorido, estaba musgosa y podrida. Guardó ambos mapas en el bolsillo de la chaqueta y cerró el puño de la mano derecha, preparado para tocar a la puerta. En ese instante, lo invadió una ligera sensación de vértigo. Por fin fue consciente de que, una vez llamase a esa puerta, no habría marcha atrás. Se vería obligado a adentrarse en su primera investigación periodística y no podría detenerse hasta descubrir toda la verdad. Algo le decía: «¿seguro que estás listo para afrontar la verdad?».

Varios cerrojos fueron descorridos desde dentro después de llamar a la puerta, que se abrió con un grave quejido. En el interior dominaba la oscuridad. Desde fuera, Pedro no se dio cuenta de que todas las ventanas estaban tapiadas. Tan solo contaban con la débil llama de una pequeña vela.

Una vez invitado a entrar, Pedro se quedó plantado en el umbral. La sensación de vértigo se transformó momentáneamente en una mezcla de inquietud y desconfianza. El emisor fue muy cuidadoso al no acercarse a la puerta más que para abrirla. Después de invitar a Pedro,

corrió enseguida hacia la parte más profunda de la cabaña y se sentó en la mesa que sostenía la vela.

—Cierre, aprisa —le dijo con una voz áspera—. Cierre la puerta.

Pedro despertó de su trance de dudas e incertidumbre y obedeció. Eso no le impidió volver a quedarse detenido en la entrada sin saber qué hacer.

—Le ruego que me perdone por to' este desorden —le dijo el hombre—. Sé que no es plato de buen gusto reunirnos en estas condiciones, pero créame, es lo más seguro tanto pa' mí como pa' usted. Venga pa' acá, por favor.

Pedro asintió y dio un primer paso. Era un espacio muy reducido. A mano derecha había una chimenea y una encimera de madera bastante irregular —imaginó que eso debía ser la cocina—. A la izquierda, muebles viejos y destrozados se amontonaban unos con otros, había varias escopetas apoyadas en la pared y otros muchos trastos sin la menor utilidad. El suelo por el que caminaba era muy inestable. Pedro temía que se hundiera bajo su propio peso. La humedad que dominaba la atmósfera debió de pudrir hasta el último átomo de la madera. El hombre volvió a romper el silencio:

—Siento no poder ofrecerle na'. Hacía años que no pasaba por aquí.

—Descuide.

Era un hombre menudo, Pedro calculó que estaría cerca de los sesenta años. El pelo blanco y escaso poblaba su cabeza. Después de hablar, se dio cuenta de que le faltaban varios dientes. También iba encorvado. Dos grandes bolsas caían por debajo de unos ojos marrones, aunque Pedro no estaba seguro, la luz era escasa.

—Será mejor que empecemos cuanto antes —empezó a decir el hombre—, no quiero hacerle perder el tiempo.

Pedro asintió. Extrajo una pluma y un pequeño cuaderno del bolsillo de su chaqueta.

—Antes de na', quiero darle las gracias por no ignorar mi llamada de auxilio. Dicen que la esperanza es lo último que se pierde, pero aunque no la pierda, es demasiao' frágil. Me llamo Vicente, Vicente Ramírez. En mi carta no quise especificarle lo que sucede en mi pequeña aldea porque, si algo he aprendido' a lo largo de estos veinte años, es que no se pue' confiar en nadie. Pero ahora es el momento. Es necesario que lo sepa.

Vicente hizo una pausa para tomar aire. Pedro permaneció atento y con la punta de la pluma preparada para escribir.

—Son ellas —dijo Vicente, así sin más.

Una mueca de extrañeza e incomprensión se dibujó en el rostro de Pedro y le pidió a Vicente que especificara quiénes eran ellas.

—Ellas. Nuestras mujeres. Ellas son las culpables de las muertes. Asesinan sin piedad, no les importa quién sea la víctima. Padre, mario', hijo o incluso amigo o vecino.

La incomprensión de Pedro no disminuía en lo más mínimo, todo lo contrario. Las confesiones de Vicente fueron menos reveladoras de lo que había esperado y se dio cuenta de lo complicada que iba a ser la investigación. Conocía el qué de la situación gracias a la carta: la muerte excesiva de una pequeña aldea. Ahora también el quién, gracias a la palabra de Vicente: las mujeres de la aldea. Sin embargo, ese era el problema. Solo contaba con la palabra de un extraño. Aunque Vicente dijera la verdad, todavía quedaba mucho por averiguar. Por ejemplo, ¿cómo eran capaces de hacerlo? ¿Por qué? ¿Qué motivos tendrían? Y lo que de verdad preocupaba a Pedro era que no parecía que Vicente fuera a aportar datos reales o pruebas específicas que le permitieran abrir al menos una línea de investigación.

—Son unas acusaciones muy graves, señor Ramírez. ¿Está usted seguro de lo que dice?

—Es una aldea minúscula, señor periodista. To' se oye y to' se sabe. Son ellas. Se reúnen en corrillos, hablan a nuestras espaldas y maquinan sus malvados planes.

—¿A espaldas de quién?

—¿De quién va a ser? De nosotros, sus marios'. Llevan años desafiándonos y poniendo en duda nuestra autoridad. Saben que puen' hacerlo porque nos puen' eliminar —dijo Vicente, cada vez más alterado.

La pluma de Pedro empezaba a moverse sin dudas sobre el papel. El posible motivo de los crímenes se clarificaba conforme Vicente relataba su versión. «La historia de siempre», pensó Pedro, «hombres que ejercen control sobre las mujeres» —solo que, en este caso, las mujeres tomaron supuesta iniciativa—. Él lo sabía por experiencia, lo vivió en casa desde que era un niño. Dejó correr el silencio mientras seguía con las anotaciones y repasaba las últimas palabras de su interlocutor. Al principio de la conversación, Vicente dijo «nuestras mujeres». No «las mujeres». Nuestras. También dijo que se reunían a sus espaldas y que ponían en duda su autoridad. «Cree que las mujeres son una propiedad y que están por debajo de los hombres», pensó Pedro, creando sus primeras teorías. No tardó en escoger un posible motivo para construir el móvil del crimen: la venganza. Posible, pero no del todo sostenible, ya que los supuestos asesinatos también incluían, como dijo su interlocutor, niños o vecinos. Entonces dijo:

—Señor Ramírez, no quiero que malinterprete mis palabras ni mucho menos que piense que estoy justificando los crímenes —se tragó la palabra «supuestos» para no provocar conflictos innecesarios—, pero ¿no se ha parado a pensar en lo que ha podido llevar a sus —enfaticó la palabra «sus» para dar a entender lo que quería decir— mujeres a llegar a esos límites?

Vicente dibujó una mueca apretando los labios, arrugó la nariz y frunció el ceño. Guardó silencio durante unos breves instantes y se retorció ligeramente en el asiento.

—Ya sé lo que insinúa. Ustedes, los jóvenes, no entienden na'. Las mujeres son como animales salvajes. Si no se las domestica, te acaban devorando. Y eso es justo lo que nos ha sucedido en la aldea. Les dimos de comer y nos arrancaron la mano y también el brazo.

Pedro enmudeció. Esperaba una respuesta como esa, pero siempre impresionaba escucharlas. Vicente continuó:

—No soporto esta generación de maricones que está en camino y que cree que las mujeres deben estar al mismo nivel que los hombres. No es lógico ni natural. 'Tamos apaños' si va a ser usted el que solucione nuestros problemas.

Pedro apretó con fuerza la pluma y el cuaderno. Su paciencia había rebasado el primer límite. Para él sería muy fácil levantarse de allí, dar la espalda a ese señor, salir de la cabaña y volver a su coche para no regresar jamás. Sin embargo, renunciar en su primer día de investigación no era lo más conveniente para su carrera, ni para su posible y futuro ascenso y, muchísimo menos, para mantener la confianza de su tío. «Es mejor que corramos un tupido velo e intente volver al tema principal», pensó. Trató de recuperar la calma y dijo:

—Disculpe, señor, pero no he venido aquí para debatir sobre la igualdad de género. Usted se ha comunicado con mi periódico para que descubramos la verdad de un hecho. Ese es mi trabajo y eso es lo que vamos a hacer.

—¡Ya le he dicho la verdad, puñeta! ¡Ellas nos están asesinando! ¡Quieren hacerse con el control de la aldea de nuevo!

Los párpados de Pedro se levantaron en señal de alerta. «De nuevo», escuchó en su mente con la voz de Vicente. Preparó la pluma.

—¿De nuevo? ¿A qué se refiere con de nuevo?

—Hace más de veinte años, cuando estalló la guerra, los hombres de la aldea fuimos llamados a filas, padres, maríos' y prometios'. Nuestras mujeres tuvieron que buscarse la vida pa' tirar pa'lante y durante tres años, la aldea estuvo bajo su mando. Cuando la guerra acabó y volvimos a casa, nos encontramos con otra guerra, una guerra por el poder. Nos

costó Dios y ayuda, pero al final conseguimos hacer que volvieran al lugar que les correspondía. O al menos eso pensamos.

Pedro no dijo nada y apuntó en su cuaderno: O al menos eso pensamos. Esas cinco palabras dieron lugar a nuevas teorías.

—Deduzco, entonces, que las muertes empezaron a producirse poco después de terminar la guerra...

—Así es, uno o dos meses después, si no me falla la mollera.

Pedro cerró el cuaderno. Ya tenía el qué y el supuesto quién, pero necesitaba un por qué más específico. Estaba convencido de que una masacre como esa no se debía solo a cuestiones de control, poder y venganza —más aún tratándose de una población con tan pocos recursos y potencial intelectual—. Solo necesitaba saber una última cosa con la que poder iniciar la investigación.

—¿Cómo se producen las muertes? —preguntó Pedro.

—No lo sabemos. Yo mismo he podido estar en presencia de algunos... —iba a decir cadáveres, pero la palabra se hizo un nudo en la garganta y le fue imposible pronunciarla. Tragó ese nudo y reformuló—: Algunos cuerpos y jamás vi na' sospechoso. Ni cuchillás', ni heridas por arma de fuego, ni tampoco señales de ahogamiento —Hizo una pausa antes de dar su conclusión—. Un día están y al otro no.

Pedro asintió después de que Vicente acabara la frase. Su mente formuló un par de posibilidades. Intoxicación o envenenamiento. Se inclinó por la primera. «Un envenenamiento sería mucho más evidente a la hora de examinar el cuerpo», pensó.

—Creo que, por el momento, estos datos pueden servirme para comenzar a investigar.

—Pero ¿qué es lo que tie' que investigar? ¡Ya le he dicho quiénes son las culpables! ¡Hay que actuar!

—Entiendo cómo se siente, señor, pero nadie nos tomará en serio sin pruebas concluyentes. Le ruego tenga paciencia. —Se levantó del asiento, guardó los objetos que traía consigo y cogió su chaqueta—. Me

gustaría volver mañana o pasado y ver la aldea con mis propios ojos. ¿Sería posible?

—Ni lo piense. Si le ven conmigo seré el siguiente en su lista. Nadie puede relacionarme con usted. Si quiere visitar la aldea tendrá que inventarse una excusa y hacerlo por su propia cuenta.

—De acuerdo. En ese caso, no le diré cuándo será mi visita. Así le pillaré también por sorpresa y será más creíble. —Se encaminó hacia la salida—. Por favor, si se produjese una nueva muerte a lo largo de estos días, contacte inmediatamente con la redacción del periódico y pregunte por mí.

—Así lo haré.

**7 de diciembre de 1959**

*5:00b*

El pueblo comenzó a despertarse. Su actividad jamás espera a las primeras luces del alba. La vida no prospera para aquellos que permanecen en la comodidad de la cama.

La señora Sánchez se dirigió al establo de su pequeña parcela y empezó a ordeñar. Hasta hace unos meses, su hermano mayor era quien lo hacía, pero después de su muerte, ella tomó el relevo. Mientras ejecutaba la tarea, su hermana se dirigió al río para recoger el agua de los abrevaderos y la suya propia.

*5:13b*

Eran muchas las mujeres que se encontraban en la oscuridad de la madrugada a orillas del río Bayas para recoger agua. Esa no era tarea de hombres, decían ellos. Bueno, ahora, ninguna tarea es ya para vosotros, pensaban ellas. Muchas, incluso, lo expresaban en voz alta sin ningún temor.

*5:37b*

La señora Cardo era una de las mujeres más veteranas de la aldea de La Blanca. Sus productos eran los que mejor se vendían en los pueblos y ciudades cercanas. Eso le permitió vivir algo más desahogada en comparación con muchas de sus vecinas. Sus terrenos eran los más extensos de la aldea. Además, libre de su marido, y recientemente de su hijo, podía disfrutar en exclusiva de su pequeña fortuna.

A los sesenta y un años, se levantaba religiosamente a las cinco y media de la mañana y desayunaba un vaso de leche con una rebanada de pan recién horneado con mermelada. Para ella era más que suficiente para aguantar hasta la hora del almuerzo.

Tras ese primer bocado, continuaba con el ordeño de las vacas, reponía el agua de los abrevaderos —que dejaba preparada la noche anterior para no cruzarse con sus vecinas de madrugada— y a continuación limpiaba el gallinero y recogía los huevos. Mitad para ella y



mitad para las ventas y los trueques de la aldea, aunque esto último no fuese plato de buen gusto para ella. Pero había que respetar los acuerdos.

*6:00b*

La señora Hoyos era la mujer con más años de la aldea. A sus sesenta y seis años, necesitaba regalarle al cuerpo al menos una hora más de sueño que muchas de sus vecinas. Su nivel de resistencia era tan bajo que la idea de retirarse le rondaba por la cabeza. Sabía que podría sobrevivir modestamente gracias a los acuerdos. Sobre todo porque vivía sola. Su marido había sido un viejo aburrido e insípido sin el menor signo de tener sangre en las venas. Había muerto hacía dos otoños y lamentó que no hubiese llegado antes.

*6:30b*

La señora Vega llevaba casi una hora y media despierta mientras su marido dormía plácidamente. No podía soportarlo más. La obligaba a despertarse a las cinco en punto para ir al río a por agua, ordeñar vacas y cabras, preparar el pan y hacer otras muchas tareas con tal de tener listo el desayuno para cuando despertase a las siete. Si no estaba todo listo para esa hora, su cuerpo sufría las consecuencias mediante golpes y otras vejaciones físicas.

Pero, a pesar de las palizas y de las amenazas de muerte, la señora Vega resistía. Resistía porque sabía que pronto llegaría su momento. El momento de la liberación, del ascenso de un nuevo ángel. Solo tenía que esperar el aviso de su vecina para que todo acabase por fin.

*7:56b*

Las primeras luces del amanecer despuntaron sobre las casas de la aldea. Llegaba un nuevo día para muchas.

Y puede que uno menos para otros...

## ¿QUÉ TIENE DE ESPECIAL LA ALDEA DE LA BLANCA?

Por Jaime Pérez

11 de octubre de 1959

La Blanca es una pequeña aldea que forma parte de la provincia de Burgos. Está situada a unos pocos kilómetros de Miranda de Ebro. Le debe su nombre a la Virgen Blanca o Santa María la Blanca, patrona de Burgos. La población no es más que otra pequeña mota de polvo de todas las que se extienden a lo largo de nuestro país. Se suma a la larga lista de minúsculas poblaciones rurales en las que el trueque de alimentos, el escaso comercio exterior y los recursos naturales son los únicos medios de subsistencia para sus habitantes. Un método, no obstante, insuficiente para combatir la hambruna que allí domina.

La Blanca es un espacio aislado. No tiene conexión ferroviaria y no cuenta con carreteras habilitadas para su acceso. Allí no existe el comercio interno. Tan solo cuenta con una modesta taberna que sirve como punto de encuentro para los pueblerinos. Las casas logran mantenerse en pie a pesar del deterioro y la falta de infraestructura, pero la gran mayoría no cuentan con cuartos de servicio para la higiene personal. No es, desde luego, un lugar propicio para el turismo. A no ser que a los turistas les interese regresar a sus casas con una infección provocada por la falta de higiene.

Allí no hay nada, nada además del hambre, la pobreza y la miseria colectiva. Nada que no se pueda encontrar también en otras poblaciones de semejantes características. A no ser, por supuesto, que se tenga en cuenta el misterioso hecho de las excesivas muertes de los habitantes varones de la población. No hay que olvidar que la falta de personal sanitario en la aldea provoca que muchos niños nazcan muertos (muchas madres corren la misma suerte), el hambre es otro factor clave para las defunciones y las escasas condiciones higiénicas, otro; sin embargo, poco se sabe acerca de la abismal diferencia de muertes según el sexo de la víctima.

En el censo de La Blanca de 1940, el primero realizado tras finalizar la Guerra Civil, figuraban 430 habitantes, una cifra que se mantiene más o menos constante si se compara con los censos anteriores a la guerra. Por ejemplo, 443 en el año 1935 y 451 en el 34. El último censo se realizó a principios de este año y mostraba algo fuera de lo común: la cifra actual de habitantes es escasamente superior a 100 personas. Si establecemos un eje cronológico desde 1940 hasta la actualidad, el resultado obtenido será el de la muerte de casi la totalidad de la población a lo largo

de unos 20 años, aproximadamente. Y, según nuestros datos, en el 95% de los casos se trata de hombres. Por supuesto, se deben tener en cuenta factores derivados de la guerra. Muchos de esos hombres cayeron en batalla durante el conflicto; otros tantos sufrieron la desgracia de padecer secuelas físicas y psicológicas. Fuentes cercanas a la aldea hablan también de una gran cantidad de suicidios provocados por estas secuelas.

El artículo continuaba enumerando otras posibles causas de fallecimiento según el sexo de la víctima, acumulaba una gran cantidad de «datos» aportados por «fuentes cercanas a la aldea» o por «fuentes anónimas afines al medio» y finalizaba con una pregunta similar a la que se planteaba en el titular: ¿qué esconde, entonces, la aldea de La Blanca?

Pedro llevaba tres días leyendo artículos y reportajes como ese y ya empezaba a cansarse. No había ninguna pista y tampoco ningún hilo sobre el que tirar para construir una hipótesis firme. Todo eran rumores y especulaciones. Su tío se quedó muy satisfecho con las revelaciones de su conversación con Vicente, pero no era suficiente, quería al menos una prueba sólida que pudiera señalar a las mujeres de la aldea, y se le acababa el tiempo para conseguirla. Hasta que, un día antes de que acabara el plazo, dio con ese posible hilo del que tirar en el párrafo de otro artículo:

Lo único parecido al comercio interno que existe en La Blanca es una modesta taberna que conoció sus mejores días durante la Guerra Civil y sus años posteriores. La ciudad de Miranda de Ebro sirvió y aún hoy sirve como base para uno de los campos de trabajo para prisioneros más importantes del país. Fue sobre todo durante el periodo de guerra cuando numerosos soldados y trabajadores de dicha instalación acudieron a las poblaciones cercanas en busca de ocio y lugares de descanso. Para una aldea tan pobre como La Blanca, este hecho supuso una importante inyección de recursos económicos y humanos para sus habitantes, mayoritariamente mujeres por aquel entonces.

«Campo de trabajo de prisioneros», pensó Pedro, «curiosa forma de definir un campo de concentración y tortura», continuó.

Siguió leyendo. El párrafo detallaba la importante —y constante— presencia de los soldados en la aldea ya que, debido a la ausencia de los varones que fueron llamados a combatir, las mujeres tuvieron que

hacerse cargo del poblado para poder salir adelante. Recordó entonces que eso fue justo lo que le dijo Vicente en su primer encuentro.

Pedro se fijó especialmente en el término «recursos humanos», referido a la utilidad de los soldados en la aldea. Cualquiera que leyera el texto pensaría que el término se refería a la utilidad de los hombres para los trabajos físicos, pero la mente de Pedro formuló ideas con las que barajaba otra clase de utilidad, así que decidió pasar a la acción para confirmarlas. Recogió sus cosas, salió de la biblioteca, entró en el coche y condujo hasta el campo de concentración de Miranda de Ebro.

Aparcó en una explanada alrededor de la zona y anduvo hasta allí con la esperanza de confirmar —o por lo menos reforzar— una teoría que, a medida que se acercaba a la prisión, le parecía cada vez más y más absurda.

—¿Podemos ayudarte? —preguntó uno de los soldados que hacía guardia en las puertas del campo.

—Sí, por favor. Me llamo Pedro de Lamo, soy periodista del Diario de Burgos. He venido para hacer un reportaje sobre una aldea cercana a esta zona, pero cuando iba a acceder a ella con mi coche me he dado cuenta de que he olvidado el mapa, y volver a por él a mi oficina me llevaría demasiado tiempo. ¿Podrían indicarme el camino, por favor?

—¿Se trata de la aldea de La Blanca?

—Eso es.

—Tranquilo, no tiene desperdicio. Solo tienes que seguir el río en esa dirección y acabarás encontrándote con ella.

El río Bayas se situaba a espaldas del campo. El soldado señaló hacia la izquierda mientras le indicaba el camino. Antes de decir nada más, el mismo hombre se adelantó y, en menos de tres segundos, confirmó la teoría de Pedro.

—Ten cuidado, pipiolo, allí gustan mucho los jovencitos como tú, no la metas donde no debes. —El hombre empezó a reírse y sus compañeros le siguieron con exagerados aullidos.

Pedro lo miró con atención. El soldado parecía tener más de cincuenta años. Daba con el perfil de lo que había ido a buscar. Si sus teorías eran correctas, sabía perfectamente a qué se refería con lo de

«pipiolo» y con lo de «no meterla donde no debía». Aun así, se hizo el confundido para terminar de confirmarlo y dijo:

—Creo que no le he entendido bien.

Los soldados se rieron de la inocencia de Pedro.

—Escúchame, hijo —intervino otro de los soldados más mayores—, las mujeres de ese sitio no saben contenerse, son como perras en celo. Haznos caso a nosotros, que las hemos probado a todas. —El coro de risas iba en aumento.

El yo interior de Pedro sonrió. Ahí estaba su confirmación.

—Entendido... —dijo, y fingió desconcierto—. Gracias por las indicaciones.

Dio media vuelta y se marchó para volver al coche a paso muy lento para seguir escuchando la conversación de los soldados.

—Ese chaval es carne fresca para esas perras, alguna dormirá muy bien esta noche, ¡jjajajajaja! —Escuchó decir a uno de ellos mientras se alejaba.

Pedro siguió el río tal y como le indicó aquel soldado. En poco más de diez minutos, llegó a la aldea. El acceso no era del todo seguro para el coche, así que lo dejó aparcado en un lugar cercano al de su primera reunión con Vicente.

Era más de medio día. El frío pesaba sobre el poblado como una fuerza extra de gravedad. Por suerte, también congelaba en gran medida los aromas excesivos a campo, heces de animales, fango y humedad.

Lo primero con lo que se encontró Pedro mientras se sumergía en el misterio de La Blanca fue una pequeña ermita en estado deplorable. Ya no tenía campana, la pequeña cúpula se había venido abajo y los muros —supuso que fueron blancos en sus tiempos mejores— se habían amarilleado y llenado de musgo. También crecieron densos hierbajos entre los peldaños de los escalones que daban acceso al interior del templo. La madera de la puerta estaba agrietada, oscurecida y podrida. Su apariencia resultaba mucho más espeluznante cuando se veía bajo una

espesa capa de nubes grisáceas como las que cubrían el cielo en ese momento. «Amenaza de tormenta», pensó Pedro.

El camino a la aldea se abría paso a través de varias casitas. Muchas de ellas tenían las cortinas corridas y estaban cerradas a cal y canto. Pedro no conseguía adivinar si estaban habitadas o abandonadas.

Al llegar a una pequeña plaza, Pedro encontró a tres señoras sentadas sobre un muro de roca. Vestían con colores oscuros, aunque desgastados por la antigüedad de los ropajes. Sus cabellos iban recogidos con largos pañuelos del mismo color. Las tres estaban muy concentradas compartiendo palabras y ninguna de ellas advirtió la presencia del joven.

—...lo haré, lo he decidido'. Será mi regalo de Navidad —dijo una de las mujeres con una sonrisa rebelde.

—Hola, buenos días —interrumpió Pedro.

Las tres señoras se pusieron en alerta y miraron al joven con una mirada dura y cargada de desconfianza.

—Disculpen que interrumpa su charla. Me llamo Pedro de Lamo, soy periodista en prácticas en el Diario de Burgos. Estoy realizando un reportaje sobre pequeñas poblaciones en la provincia. ¿Sería posible hacerles algunas preguntas?

Las señoras guardaron silencio y endurecieron el gesto de su mirada. Pedro quiso retroceder un paso hacia atrás, pero se mantuvo firme. Al final, las señoras se levantaron y se alejaron con lentitud, ignorando la petición de Pedro —y sin quitarle el ojo de encima—, que permaneció allí plantado un par de minutos, recomponiéndose de esa frialdad.

A medida que avanzaba hacia el interior de la aldea, la congoja de Pedro fue en aumento. Se sentía como una presa acechada por las bestias. Podía percibir decenas de ojos clavados en su espalda escondidos detrás de visillos y cortinas. Sabían que estaba allí y sabían quién era: un desconocido que buscaba información.

Llegó hasta la famosa taberna de la aldea. Se llamaba La caja de los líos. Un nombre apropiado para lo que investigaba, pensó Pedro. Vio a una mujer salir del establecimiento. Una mujer distinta a las demás. Era bajita y robusta. El pelo ya clareaba y estaba casi rapado. Tenía el ceño fruncido y una mirada fría y punzante. No dudó en clavarla sobre la del joven cuando se cruzó con él a la salida de la taberna.

Pedro volvió a detenerse. Se fijó en el cinturón que llevaban anudado en la cintura. Tenía enganchado en uno de los extremos un pequeño estuche en forma de cápsula. Cuando la mujer pasó a su lado, el olor a tabaco y a cerveza le azotó en la cara. Se quedó paralizado de nuevo y pensó que, por hoy, ya era suficiente.

**12 de diciembre de 1959**

*10:00h*

—¿Por qué no me dijo nada sobre las infidelidades en nuestra primera reunión? —preguntó Pedro con rotundidad en cuanto entró en la cabaña.

Vicente palideció ante la pregunta y Pedro insistió con la mirada. Estaba harto y cansado de la situación. La investigación había llegado a un callejón sin salida y necesitaba respuestas lo antes posible.

—Vamos, dígamelo —insistió.

Vicente apretó labios y puños. Cómo le habría gustado darle un trago a su botella de vodka.

—¿Cómo iba a contarle eso? Si es algo que me mata de la vergüenza. Yo mismo he sido testigo de los líos de faldas de mi propia mujer a lo largo de todos estos años. Me arde la sangre. Como hombre, ¿cómo cree que eso me hace sentir? ¿Sabe en qué lugar me deja?

—¿Eso es todo? ¿No me lo dijo porque le hace sentir menos hombre? Esto no es juego, señor.

—¿Cómo es posible que esto forme parte de su investigación, señor periodista? ¿Qué ha sido de las muertes?

Pedro también apretó los puños. No soportaba que le llamase «señor periodista». Lo hacía de una forma despectiva y burlona solo por su juventud y falta de experiencia.

—¿Quiere que le diga lo que pienso, señor Vicente? —preguntó con voz calmada—. Creo que cuando usted y todos sus compañeros fueron llamados a combatir, «sus mujeres» encontraron un poco de alivio y placer en la compañía de los soldados del campo de concentración de Mirando de Ebro que venían de visita a la aldea. Y también creo que no soportaron la idea de su regreso tras el fin de la guerra y que por eso comenzaron a asesinar. ¿Qué le parece? Como argumento para un culebrón no tiene precio.



Vicente se tragó su propia lengua y le dio la espalda a Pedro. Le hervía la sangre.

—¡Todo es culpa suya! —Estalló y golpeó la pared con el puño—. Seguro que fue ella la que les metió esa idea en la cabeza. Esa bollera asquerosa odiadora de hombres.

—¿Qué dice? ¿De quién habla?

—De esa curandera fea y asquerosa que se encarga de la medicina de la aldea. Es una invertida, gorda y calva. Estoy seguro de que fue ella la que incitó a nuestras mujeres a que se revolcaran con los soldados.

Una pequeña luz se iluminó en el callejón sin salida de Pedro.

—¿Podría describirme a esa mujer?

—Es bajita y rechoncha. Apenas tiene pelo en la cabeza. Siempre va con las cejas levantadas y los ojos abiertos.

«Es ella, la mujer que vi en la taberna cuando visité la aldea por primera vez», pensó Pedro, y dijo:

—Dice que es curandera, ¿quiere decir que ella es la única encargada de la salud del pueblo?

—Sí. Antes de la guerra vivíamos como podíamos. No había nadie que se encargara de eso, hasta que llegó ella.

—¿Llegó? —preguntó Pedro, puntualizando la palabra—. ¿Quiere decir que no es de la aldea?

—No. Se instaló allí poco después de que acabara la guerra. Nadie sabe por qué, nunca ha hablao' sobre eso y cambia de tema cada vez que se le pregunta. Vive a las afueras de la aldea con otra mujer, una ayudante. Se la conoce como la tía Susi. Las dos se revuelcan como puerkas. Tol' mundo lo sabe.

La luz se expandía en el callejón a medida que Vicente hablaba. «Si los asesinatos comenzaron poco después de que acabara la guerra y esa mujer llegó a la aldea precisamente en ese momento, es posible que ambos hechos estén relacionados», pensó Pedro.

—¿Cómo se llama?

—Julia Fallarás.

Pedro asintió y antes de salir de la cabaña dijo:

—Averiguaré todo lo que pueda sobre esa mujer y volveré a la aldea en unos días.

*12:47b*

—Sigo esperando noticias que merezcan la pena, muchacho —le dijo su tío al otro lado de la línea.

—Hoy he descubierto algo que puede ser útil. Solo te pido un poco más de tiempo.

—Has tenido demasiado. Te has paseado por esa aldea tres veces en los últimos días, te has reunido dos veces con tu fuente principal y solo me has traído hipótesis sobre líos de faldas.

—Por favor, te prometo que esta vez será distinto.

Se produjo un silencio demasiado largo. Agustín carraspeó antes de volver a hablar.

—Tienes hasta el próximo martes, más te vale traerme algo sólido —dijo con un tono serio y colgó el teléfono.

Pedro se frotó los ojos —unos ojos demasiado cansados— y después volvió a sus papeles. No había nada relevante sobre la tal Julia y no tenía los contactos suficientes para recabar información de calidad.

Nada de lo que encontró por sus propios medios le era de utilidad. Parecía como si alguien hubiese borrado las huellas de su pasado. Por lo poco que encontró, y si los datos eran correctos, nació y vivió en un pequeño pueblo de Tarragona hasta su traslado a La Blanca. También se supone que estuvo casada y que enviudó después de que su marido muriese a causa de una enfermedad desconocida un mes después del fin de la Guerra Civil, aproximadamente. Pero no había datos del marido: ni partidas de nacimiento, ni contratos de trabajo, ni informes médicos, ni certificado de defunción. Nada que indicase que pudo haber existido.

El teléfono volvió a sonar. Pedro puso los ojos en blanco. Rezó para que no fuese otra vez su tío.

—¿Dígame?

—¿Pedro?

—Sí, soy yo.

—Soy Alberto.

—Hombre, qué sorpresa, no había reconocido tu voz. ¿Qué tal? No esperaba tu llamada.

—Quería preguntarte algo. El martes pasado me dijiste que estabas haciendo una investigación sobre La Blanca, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Me gustaría que te pasaras por mi clínica lo antes posible. Hay algo que quiero enseñarte.

**14 de diciembre de 1959**

El camino era ya más que conocido para Pedro. De la ermita en ruinas a la pequeña plaza y de la pequeña plaza a la taberna. Esta vez, esperaba poder encontrar a alguien que se dignara a responder a sus preguntas.

Para su sorpresa, fue una señora mayor la que lo interceptó después de pasar por la taberna y lo invitó a tomar una taza de café a su casa. Pedro accedió.

—Es la cuarta vez que pasa usted por aquí, joven. ¿Qué tiene de interesante nuestra pequeña aldea? —le preguntó la mujer.

—Es muy llamativa para mi reportaje.

—No imagino qué puede tener de interesante...

La casa era muy pequeña. Nada más entrar por la puerta se levantaban unas escaleras muy inclinadas que conducían a la habitación principal. A mano izquierda, un par de escalones descendían hasta la cocina, que a su vez conectaba con un modesto salón.

—Pase por aquí, por favor. —La señora lo guio hasta la penumbra del salón.

La chimenea de la cocina ardía con esplendor y eso hacía que la estancia estuviese bastante caldeada en comparación con la atmósfera gélida del exterior. Pedro, a pesar de eso, sudaba en exceso por los nervios y ese ambiente no le ayudaba a relajarse.

Esperó sentado un par de minutos hasta que su anfitriona volvió con dos tacitas de café y dijo:

—Espero que le guste. Como le he dicho, es la cuarta vez que nos visita y no sabemos ni su nombre.

—Pedro de Lamo. —Dio un primer sorbo e intentó disimular la expresión contraída, el café estaba muy cargado.

—Muy bonito. Yo me llamo María Suárez.

—Muy sonoro.

—¿Qué es, entonces, lo que le interesa de nuestro pequeño rincón?

—Nada en especial. Me llama la atención, como le he dicho.

La conversación empezaba a volverse distante, desinteresada y un poco mecánica.

—Vaya por Dios, las rodillas empiezan a darme guerra —dijo María mientras se frotaba la piel—. Creo que pronto empezará a llover.

—Es posible. —Pedro dio otro sorbo al café.

—Tendré que ir a visitar a nuestra doctora. ¿Usted la conoce? —Alargó esa última palabra—. Es una mujer curiosa, nuestra querida Julia.

Pedro asintió y volvió a dar otro sorbo al café. El último sorbo.

—Empiezo a tener la sensación de que es usted quien me está entrevistando a mí.

María sonrió, expresando de forma más evidente los surcos de su rostro y mostrando a la vez la escasez de su dentadura.

—Bueno, señor de Lamo, esta va a ser su última entrevista. Quiero sacarle de su zona de confort.

Pedro apretó los labios, dejó la taza de café sobre la mesita —se esforzó para que disminuyeran los temblores de las manos— y se recostó sobre el asiento. Llegó el momento de encararse y ponerse firme frente a su inminente destino.

—Esa taza de café sí que era curiosa —le dijo—, ¿me contaría usted el secreto de su receta?

—Pues claro que sí, joven, ya no hace falta que guardemos el secreto con usted. —Extrajo del bolsillo de su vestido un par de ampollas partidas por la mitad—. Cortesía de nuestra querida Julia.

Los ojos de Pedro se iluminaron, echó la cabeza ligeramente hacia atrás, cogió un poco de aire y dijo:

—Así que era eso. Ella les suministra el veneno y ustedes actúan. Y como supongo que ella misma firma los certificados de defunción, entonces...

—Aquí paz y después gloria, hijo. —Volvió a guardar las ampollas y, apoyando con mucha fuerza las manos en los reposabrazos del sillón, se levantó—. Verá, señor de Lamo, nosotras hemos ocupado siempre un segundo lugar. No solo en esta aldea, sino en la vida, en general. Mi vecina, por ejemplo. A los diez años se vio obligada a casarse con un señor que le doblaba la edad a su padre. No tuvo ni que decir sí quiero. Nuestro sacerdote, que en paz descansa junto al resto de nuestros ángeles —dijo mientras se santiguaba—, hizo un buen apaño. Yo tuve algo más suerte, no me casé hasta los trece por orden de mi padre. Él también descansa en paz.

Pedro comenzó a sentir los primeros pinchazos en el estómago. El sudor resbalaba por su pelo y se le acumulaba en la espalda. La señora siguió, a pesar de todo:

—Hemos sido ganado, como muchos de los animales que, seguramente, habrá visto por la aldea todos estos días. El estallido de la guerra fue una liberación para nosotras, paz por primera vez en nuestras vidas. Teníamos poder de decisión y podíamos disfrutar de muy buena compañía. Una de esas compañías vino a visitarme hace unos días. Me contó que un «pipiolo» andaba investigando sobre la aldea. Me resultó muy sospechoso, sobre todo teniendo en cuenta las idas y venidas del señor Ramírez. —Hizo una breve pausa y juntó las manos para llevárselas al pecho—. No se preocupe, en este momento ya se habrá producido su ascensión gracias a su creadora.

La piel de Pedro se volvía cada vez más blanquecina. Sus órganos digestivos se retorcían con un dolor que iba in crescendo.

—Us-usted... —balbuceó. Tragó saliva sin imaginarse el dolor que eso podría causarle—. ¿Usted también mató a su marido?

Las creadoras de ángeles no usaban nunca esa palabra. Ellas no eran asesinas, no se consideraban así. No acuchillaban ni ahogaban ni torturaban a nadie. Simplemente les ayudaban a dormir y a despertar en un lugar mejor. Un lugar donde vivir en paz y donde no hacer daño a nadie. Sin embargo, esta vez, María no tuvo problemas en romper esa norma.

—Maté a mi marido porque él siempre quería tener el control. Es terrible la forma en que los hombres quieren todo el poder. —Volvió a hacer una pausa—. Las mujeres de esta aldea nos hemos protegido unas a otras, no necesitábamos a nadie más. A ningún hombre. A pesar de algunas rivalidades, hemos logrado sobrevivir gracias a nuestras propias normas y acuerdos. No teníamos nada que temer. Aquí siempre ha habido muerte y miseria, y después del trauma vivido en la guerra, ¿quién iba a preocuparse de lo que pasase en un pequeño rincón del país? Esto —dijo refiriéndose al propio Pedro—, no ha sido más que una pequeña piedra con la que hemos tropezado.

Pedro tenía que tragarse las ganas de gritar de dolor. No obstante, no se molestó en esconder una pequeña sonrisa burlona con la que rebatir esa clásica metáfora.

—Pues a veces se tropieza dos veces con la misma piedra, mi querida señora. Y la próxima vez, la caída puede ser fatal.

—¿Qué quiere decir?

—Hace unos días, los compañeros de un amigo que es médico en Miranda de Ebro rescataron un cuerpo a orillas del río Bayas. El nivel de arsénico en su cuerpo era abrumador. Pero eso no es lo mejor. Lo mejor es que hay testigos que pillaron in fraganti a una de sus amigas mientras lanzaba el cuerpo al río. Están dispuestos a declarar. Las autoridades ya han sido puestas al tanto y, cuando vean que no regreso para dar nuevas noticias, vendrán directamente hasta esta aldea.

María sufrió una ligera pérdida de equilibrio y poco faltó para que cayese al suelo. Pedro continuó y articuló las que iban a ser sus últimas palabras:

—Esto es muy doloroso —dijo con un fino hilo de saliva rojiza asomando por la comisura izquierda de sus labios—, pero sabía que acabaría así en cuanto pisé la aldea esta mañana. Al menos me iré del mundo con un broche de oro en mi escasa trayectoria profesional... sabiendo que las desenmascaré... A usted y a todas sus compañeras.

Las autoridades policiales llegaron a la aldea esa misma tarde. Descubrieron a Julia, que pedía socorro a sus clientas (y hasta ese

momento «amigas») presa del pánico. Fue detenida. Sin embargo, antes de que fuese demasiado tarde para ella, extrajo una pequeña ampolla del estuche en forma de cápsula de su cinturón, la mordió y tragó su contenido. El mismo arsénico que tantas veces recomendó y recetó provocó su muerte tres horas después.

Por precaución, fueron arrestadas todas y cada una de las mujeres de la aldea. Al día siguiente, la policía y médicos forenses lograron encontrar el laboratorio de Julia y la tía Susi, así como levantar treinta y cuatro cadáveres. Debido a la falta de pruebas, solo veintiséis mujeres fueron juzgadas en los meses posteriores.

Durante los procesos judiciales, las creadoras de ángeles no negaron los hechos, pero en ningún momento se afirmaron como asesinas debido a la falta de ensañamiento en sus actos. Muchas de ellas se reafirmaron en su papel de víctimas por culpa de la crueldad desmedida de sus maridos y familiares. Julieta Espinosa, por ejemplo, relató cómo llegó a temer por la vida de una de sus mejores amigas debido a las palizas que le daba su marido, un alcohólico de manual. Su familia no le ayudó lo más mínimo, así que le dio la botella de veneno recetada por Julia para liberarla a ella y a su marido.

Al final del proceso judicial, ocho mujeres fueron condenadas a morir ahorcadas, aunque solo dos sufrieron ese destino. Susana Oliveira, conocida en la aldea como la tía Susi, y su hermana Lidia, quien conseguía los materiales necesarios para fabricar el arsénico. El resto de aldeanas fueron encarceladas en prisiones especializadas para «mujeres caídas».

La prensa de Burgos no tardó en hacerse eco de la noticia. Pronto se extendió por todo el país y las autodenominadas creadoras de ángeles pasaron a ser conocidas como las brujas envenenadoras de La Blanca.

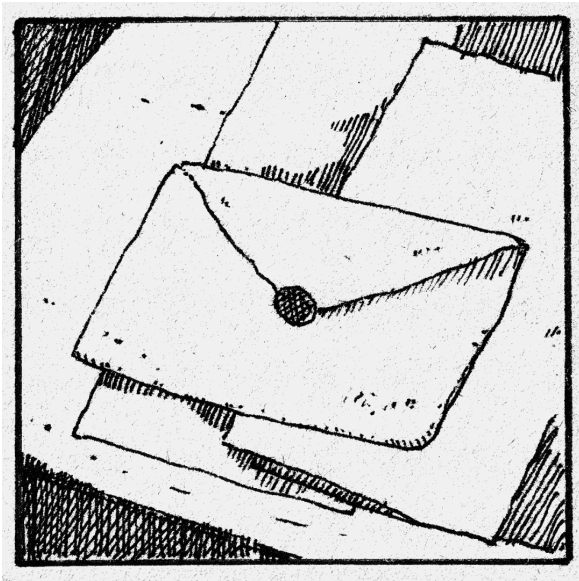
Pedro fue enterrado junto a la tumba de su madre dos días después de su última visita a La Blanca. Sus compañeros del diario le dedicaron varios artículos donde reconocían su talento para la profesión, así como varias esquelas. Ninguno de los textos llevaba la firma de su tío, cuyo cerebro era incapaz de asimilar —y mucho menos llorar— lo que había ocurrido.

A lo largo de las semanas posteriores, lo último que pensó Agustín antes de abandonar la dirección del Diario de Burgos y recluírse en la oscuridad de su vivienda hasta el fin de sus días fue que, de no haber sido tan duro y exigente con su sobrino, quizá seguiría vivo. Y, también



quizá, podría haber llegado mucho más lejos. Mucho más allá del Diario de Burgos.

Antes de salir por la puerta de su despacho susurró un inaudible «lo siento».



# Mustang del 68

ÁLVARO MALDONADO PLAZA

Lo que queda de la expresión de su cara deja ver que había sido una muchachita triste, una puta de North Beach o, en el mejor de los casos, alguien que quiso ser, pero que no pudo ser. Una etiqueta que también puedo aplicarme a mí misma.

Ojalá al levantar el capó del maletero de este Mustang del 68 hubiese encontrado otra cosa... O a otra persona. Pero no ha sido así. Lo único que sé es que, por brutales que hayan sido los hechos, ella habría querido que en algún momento se llegasen a conocer. Aunque también sé que ella no habría querido que las cosas terminaran de este modo.

\*\*\*

Donde ahora está el mirador del Golden Gate había un barranco por el que corría un riachuelo hasta Baker Beach. Lo cruzaba un pequeño puente de madera que llevaba por la ruta de las baterías costeras construidas veinte años antes, durante la Segunda Guerra Mundial, cuando creíamos que los japoneses podían desembarcar en California. Nada más cruzar el puente, mirando hacia la playa, estaba el viejo edificio de madera del Rick's Bay Café y, en el otro lado del camino, se encontraba la casa del Doctor Moreau, el médico francés que atendía a los enfermos, a los nacimientos y a los fallecidos de la zona. El Doctor solía colaborar como forense de la policía para determinar la causa de la muerte de las personas que no fallecían en el hospital. En la parte trasera de su casa, disponía de una sala de autopsias donde, aprovechando su conocimiento sobre los cuerpos muertos, también solía embalsamar algunos cadáveres antes de que los trasladasen al tanatorio. Algunas personas lo consideraban un ritual sentimental, otras un derroche absurdo y otras un sacrilegio que iba en contra de los libros sagrados. Pero las familias pudientes de San Francisco habían empezado a adoptar esa costumbre que se estaba convirtiendo en moda.

Una fría mañana de noviembre, cuando aún no se había levantado la niebla de la bahía, salí de mi apartamento en Lobos Creek para ir a tomar el primer trago. Atravesé Lincoln Boulevard y me dirigí hacia la playa. Al cruzar el puente vi salir del barranco a la hija de Rick, una niña de unos diez años, acompañada por su perro. Ella llevaba un hígado en la mano y el perro una madeja de intestinos bien sujeta en la boca, de la cual se balanceaba un estómago. Me detuve y le pregunté:

—¿Adónde vas con eso?

—Lo llevo de cebo. Voy a ver si pesco algo en la entrada de la bahía.

—Y el perro, ¿también pesca?

—Lo del perro es suyo. Los dos lo hemos encontrado en el fondo del barranco.

Sonreí y continué mi camino. No sé si fue por la suspicacia natural que tenemos las mujeres o por todos estos años metida hasta las cejas en este oficio de mierda, pero mi mente comenzó a trabajar en lo único que sé hacer.

Lo que la hija de Rick llevaba en la mano no era el hígado de una vaca: era demasiado pequeño. No era el hígado de un cerdo: era muy rojo. Tampoco era un hígado de oveja: solo tenía dos lóbulos. Mi mente activó las alarmas y se puso alerta.

En la esquina con Bowley Street me encontré con el detective Harry Callahan, que había aparcado allí su coche oficial y que también se dirigía al Rick's.

—Buenos días, Harry, ¿sabes si murió alguien por aquí anoche?

—No, que yo sepa.

—¿No hubo ningún accidente en la carretera?

—No.

Seguimos andando hacia el bar y le hablé del encuentro con la niña y el perro, pero Harry no pareció darle ninguna importancia. En el Rick's nos reuníamos todas las mañanas varios vecinos, antes de ir cada uno a nuestro trabajo, para intercambiar impresiones mientras tomábamos un café y echábamos un trago. Allí conté otra vez la historia a todos los presentes. Rick, desde el otro lado de la barra, tampoco pareció darle

importancia al asunto y tan solo manifestó que, desde que su mujer había muerto el invierno anterior, su hija pasaba mucho tiempo sola y con un cierto desorden en su comportamiento. Él no sabía, o no podía, debido a su trabajo, educarla de una mejor manera. De nada le había servido su antigua formación como oficial del ejército.

Nada más terminar de hablar, el alguacil de la penitenciaría de Landmak entró alterado. Él también podría saber si había muerto alguien.

—No, no sé si ha muerto alguien por aquí —dijo el alguacil muy apesadumbrado—. Pero anoche, en Landmak, se cargaron a Joe Bonanno. Lo llevaron de madrugada al francés para prepararlo.

El bar se quedó en un tenso silencio. El mismo pensamiento cruzó por la mente de todos los que estábamos allí. Joe Bonanno era el principal capo de la mafia de la ciudad, y ahora se le había deshonrado. Sin discusión, formamos un grupo que intentase resolver el problema antes de que llegase a oídos de los Bonanno. Rick Blaine preocupado porque su hija se hubiera metido en un lío; Amaia Salazar, cuyo hermano estaba encerrado en Landmark por tráfico de drogas y podría saber qué había pasado allí; Harry Callahan, como agente de la ley que desde hacía años investigaba a esa familia; y yo misma, que siempre andaba metida en todos los fregaos.

Cruzamos la calle y llamamos a casa del Doctor. No abría, pero insistimos varias veces hasta que salió en pijama y con el cabello revuelto.

—Perdonen que haya tardado. Aún estaba en la cama. Ayer trabajé hasta tarde.

—¿Embalsamó ayer a Joe Bonanno? —le preguntó de inmediato Harry.

—Sí, lo trajeron anoche. ¿Por qué lo preguntan?

—¿Y qué hizo con sus tripas?

—Pues las tiré al barranco como hago siempre. Sirven de alimento a las gaviotas.

—Jodidos pájaros carroñeros. Son capaces de devorarse a sí mismos —comentó Amaia con asco.

—¡Vístase! —ordenó Harry—. Tenemos un problema.

El Doctor se vistió rápidamente y todos corrimos hasta Baker Beach. Si la hija de Rick hubiera sido más rápida echando los cebos nada podríamos haber hecho, pero cuando llegamos aún estaba preparando las cañas. El intestino estaba en la arena de la playa, donde el perro lo había dejado. Entonces el Doctor tuvo que reunirlo todo, lavó cuidadosamente las vísceras en el mar y quitó toda la arena que le fue posible.

—¿Y ahora dónde metemos toda esta casquería? —preguntó Rick con un tono brusco y marcial, de pie sobre la playa, como si su pelotón acabase de desembarcar en las costas de África.

—Pues, la verdad, no lo sé —balbuceó Harry.

—¡Niña! —grité—, vacía esa bolsa de plástico de Wanamaker's donde llevas los aperos de pesca.

Una vez recopiladas todas las tripas, iniciamos el camino de regreso. Ahora lo hacíamos despacio, con aire solemne. Harry llevaba la bolsa con las dos manos, como si se tratara de una bandeja repleta de tazas de café y no quisiera que se le derramara ni una gota. Rick tiraba con fuerza del brazo de su hija, que se resistía a acompañarnos. Amaia lloraba y, de vez en cuando, soltaba un suspiro. El Doctor y yo avanzábamos detrás, mirando al suelo. Todos, excepto la niña, sabíamos el lío en el que podíamos estar metidos.

Ya en el tanatorio de Lobos Creek, Rick levantó la tapa del féretro de Joe Bonanno. El Doctor, con una palanca, abrió la caja de plomo que ya estaba sellada y depositó con cuidado la bolsa en un lateral, a la altura de donde antes estuvieron esas mismas vísceras. Después, como no tenía con qué volver a sellar el plomo, hizo lo que pudo con la caja y dejó de nuevo el féretro cerrado.

A la mañana siguiente, un coche fúnebre de la familia Bonanno transportó el féretro hasta el San Francisco National Cemetery.

Harry Callahan me contó cómo habían ido las cosas en el cementerio. El FBI y el Departamento de Policía de San Francisco llevaban meses investigando a la familia Bonanno por sospecha de fraude fiscal, y el entierro de Joe Bonanno, que hasta entonces había sido el «Don» de la familia, fue un buen momento para poder fotografiar a todos sus miembros juntos y así poder identificar posibles relaciones y testafierros.

Una fila de diez Lincoln Continental del 65 de color negro llegó al cementerio siguiendo al coche fúnebre. Primero se bajaron varios de los hombres de seguridad de los Bonanno, que miraron amenazadores a los agentes apostados con sus cámaras. Después fueron saliendo de los coches los diferentes miembros de la familia: la abuela Carmela, que iba en silla de ruedas; Connie, la viuda de Joe; Michael, su hijo mayor; Thomas Hardy, el *consigliere* de la familia; y el resto de hermanos, primos, tíos y amigos.

Cuando terminó la ceremonia y el féretro descendió, todos los presentes se colocaron alrededor de Michael y, uno a uno, le besaron la mano, incluida su propia madre. Michael tan solo se agachó para besar a su abuela, a la «Mamma». No cabía la menor duda, Michael Bonanno había heredado el cargo de su padre. La familia ya tenía un nuevo «Don».

Cuando Harry terminó de contarme todo aquello, a mí tan solo me vinieron a la mente malos recuerdos y malos augurios.

\*\*\*

La familia Bonanno llevaba tres generaciones en Estados Unidos. El abuelo de Michael, Santino Bonanno, llegó desde Sicilia a principios de siglo con su mujer, Carmela, embarazada de su primer hijo, Giuseppe, el cual nació a las dos semanas de que sus padres pisaran San Francisco. Más tarde nacería su segundo hijo, Vittorio, que moriría con tan solo doce años por culpa de la poliomielitis.

El abuelo Santino trabajó durante más de una década en la construcción y, por las tardes, vendía entre sus vecinos italianos todo tipo de productos de alimentación que su cuñado le mandaba mensualmente desde Sicilia. Gracias a ese sobresueldo pudieron acabar montando su propio negocio, dedicándose a lo que él realmente sabía y que había aprendido desde niño en Italia, la Funeraria Bonanno. Pero la desgracia de esa familia vino el día en que abrieron con su primer cliente, su hijo Vittorio. Santino Bonanno no pudo soportarlo, el corazón se le quebró dos semanas después y pasó a ser el quinto cliente de un negocio que, desde ese momento, ya solo gestionaba su mujer.

Giuseppe era solo un año mayor que Vittorio. Cuando su hermano y su padre murieron, la rebeldía y la furia se encendieron dentro de él, y ya jamás le abandonaron. Su comportamiento de niño se transformó en

violencia de adolescente y rápidamente se erigió como jefe de la principal pandilla de Little Italy. A partir de ese momento obligó a todos, incluso a su madre, a llamarle Joe.

Cuando Joe Bonanno cumplió dieciocho años se puso al frente de la funeraria, aunque la «Mamma» siempre figuró como única dueña. Pero, desde el principio, Joe sabía que no era con ese tipo de cadáveres con los que quería prosperar. Su pandilla de Little Italy comenzó sus andaduras pasando por varios de los negocios del barrio, cobrando la tasa de protección establecida. Al poco tiempo abrió su primer club, el Calcio, en North Beach. La aprobación de la Ley Seca no le impidió evolucionar, más bien fue un regalo del cielo. En menos de diez años manejaba una red de veinte clubs clandestinos repartidos por toda California. Cuando se abolió la Ley, Joe dirigió el negocio de los clubs hacia la prostitución. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, decenas de miles de jóvenes volvieron a casa ávidos de alcohol y sexo, y su imperio pudo atender sin problemas la demanda porque ya se extendía por toda la costa oeste de Estados Unidos: California, Idaho, Colorado, Nevada, Oregón, Utah y Washington.

La familia Bonanno empezó a mover ingentes cantidades de dinero, y Joe decidió dar un uso más provechoso al negocio de su madre. Escondía el dinero que ganaba en sus clubs en los ataúdes que la funeraria mandaba a Italia para que sus vecinos fallecidos fueran enterrados allí. Su socio calabrés recibía el envío, blanqueaba el dinero y lo mandaba de vuelta en forma de productos de alimentación importados desde Italia que, siguiendo la tradición familiar, las empresas de los Bonanno vendían por todo Estados Unidos. Dinero, dinero y dinero, sin pagar prácticamente impuestos.

Yo conocía toda esta historia por Michael, el hijo mayor de Joe. Coincidimos estudiando Derecho en la Universidad de California en Berkeley. En aquellos años yo todavía creía en las bondades del cumplimiento de la ley. Más adelante supe que Michael solo quería conocer con detalle la ley para saber cómo esquivarla.

Michael era un tipo muy atractivo, con aspecto de italiano, pero con las maneras y las formas de un niño bien norteamericano. Alto, moreno y fuerte. Vestía de manera impecable, con chaquetas cruzadas de las que siempre salía un pañuelo de seda del bolsillo delantero. Tenía una mirada cautivadora y su palabrería era convincente. En su hermandad



rápidamente destacó como líder. Los profesores le adoraban. Casi no me quedó opción: el último año de carrera nos liamos.

Pero al poco tiempo pude darme cuenta de que detrás de aquel joven encantador había un incipiente monstruo. La violencia del padre la había heredado el hijo. Llevarle la contraria resultaba muy difícil. Llevaba la autoridad en la sangre. Discutir le gustaba casi tanto como tener razón. Un día, su madre, Connie, me contó que, de niño, su hijo no se peleaba con sus compañeros del colegio porque era incapaz de discutir con ellos. Más bien les pegaba para obligarlos a discutir. Les soltaba un puñetazo para que escucharan con atención sus argumentos, y si decían que estaban de acuerdo con él les volvía a dar un nuevo puñetazo.

Cuando nos graduamos en Berkeley, Michael me recomendó para trabajar como pasante en el bufete de Thomas Hardy, el *consigliere* de la familia. Por mi mesa pasaban todo tipo de documentos, contratos y demandas de la Fiscalía de California. No era fácil entender de qué iba todo eso, pero en aquel tiempo ya empezaba a hacerse patente en mí la capacidad de observación, de relacionar temas y de sacar conclusiones.

Cuando Michael y yo rompimos y dejé de trabajar en el bufete, nadie sospechó de lo que me llevaba en mi cabeza: una idea bastante clara de todo el entramado y métodos turbios de los negocios de la familia Bonanno. Durante los siguientes años, jamás me atreví a utilizar esta información, le tengo aprecio a mi vida, y preferí dedicar mis habilidades a la investigación privada. Sin embargo, hay cosas que no se pueden ocultar para siempre.

\*\*\*

Mi oficina está en Bush Street, justo enfrente de Chinatown. Se encuentra en la tercera planta de un viejo edificio de minúsculos apartamentos en los que se alojan todo tipo de personajes, muy pocos de fiar. Es una estancia que anteriormente tuvo un único espacio, que había hecho a la vez de sala y de dormitorio, y en el que invertí un gran esfuerzo para convertirlo en despacho.

En la puerta de entrada está escrito mi nombre y, justo debajo, con letras más grandes, dice «Detective Privado». Tras la puerta hay un pequeño espacio con una butaca que hace de recepción, separado por un biombo del resto del despacho. Allí no hay nada más que unos muebles

funcionales de esa peculiar sordidez y mal gusto que solo las oficinas de la administración logran alcanzar: un viejo sofá rojo en el que duermo cuando me paso con la bebida, dos sillas desparejadas, un trozo de alfombra descolorida, un viejo escritorio de persiana lleno de papeles y una mesa de formica lisa lo bastante grande para jugar al *ping-pong* y que resulta desproporcionada con el pequeño espacio. El suelo está cubierto con un viejo linóleo marrón sucio; el aire huele a polvo y a colillas.

Llevo en aquel despacho cerca de diez años y, aunque al principio tuve casos con más enjundia y más peligrosos, los pocos casos que tengo ahora, que tan solo me dan para comer dos veces al día, pagar el alquiler de la oficina y del apartamento de Lobos Creek, y tomarme alguna copa, son todos casos de infidelidades conyugales. Da igual que sean ellos o que sean ellas, la rutina siempre es la misma. Llegan a mi oficina porque piensan que una mujer es más sensible con la confidencialidad que buscan. Debo ser la única mujer Detective Privado de todo San Francisco. Para mí, el procedimiento es siempre el mismo: durante una semana yo sigo al supuesto infiel; una vez localizado el hotel o el club donde se consuma el pecado, contrato a mi amigo Bert, un tipo negro, de casi dos metros de altura que ha sido quarterback en los San Francisco 49ers y que ahora tiene una tienda de fotografía en un local del mismo edificio. Bert accede con sus métodos a la habitación del hotel, o entra sin problemas en los clubs, ya que conoce a casi todos los porteros de la ciudad, y con su cámara de fotos deja constancia de lo que allí ocurre. Yo entrego a la parte engañada el material, con un pequeño informe escrito a máquina, y cobro el segundo pago del importe acordado. Ahí termina mi trabajo. Al menos el peligro ya no forma parte de mi vida.

Y así han pasado ocho años. Mi rutinario trabajo como detective «cazainfieles», mi solitario apartamento en Lobos Creek, al que alguna noche llego acompañada por algún tipo al que no vuelvo a ver jamás, y las reuniones matinales con los amigos en el Rick's Bay Café para tomar el primer trago del día. Pero toda esa tranquilidad se acabó hace tres semanas.

Una mañana, cuando estaba cambiando la cinta a la máquina de escribir, Bert entró en el despacho con un sobre que contenía las fotos del último caso que teníamos entre manos. Me lo echó encima de los papeles que tenía amontonados en la mesa y se sentó frente a mí en una de las sillas.

Al sacar las fotos del sobre, un sudor frío recorrió mi espalda. La hija de Rick estaba sentada junto a un tipo de traje gris en unas butacas de algún club. La había visto crecer y, durante esos años, había ayudado a su padre a sacarla de varios líos en los que se había metido. No es que hiciese de madre, nunca habría sabido cómo hacerlo, pero le tenía un cariño especial. Ahora se había convertido en una jovencita muy atractiva. Era alta y esbelta. Tenía el pelo largo, liso y rubio. Los pómulos anchos, casi como una china, y los ojos grandes y azules, líquidos. En las fotos aparecía con una minifalda marrón combinada con un ajustado top de color mostaza que le levantaba las tetas de manera exagerada. Los zapatos de tacón infinito eran rojo brillante, las medias negras. Las tachuelas doradas de un ancho cinturón ajustado a su contorneada cadera hacían juego con las bolas de oro que llevaba por pendientes. Ella acariciaba a aquel tipo y él parecía que se dejaba hacer.

—¿Dónde las hiciste? —le pregunté a Bert.

—En el Calcio. Anoche.

—¿El Calcio? Ese es uno de los clubs de los Bonanno.

—Así es. Es el más grande de North Beach.

—Y ella, ¿sabes qué hacía allí?

—Es una de las putitas del club. Al poco rato, cuando terminaron el champán que pagó el tipo, salieron de allí y se metieron en el hotel de enfrente, el San Remo. También es de la familia Bonanno.

—¡Joder!

—¿Qué pasa?

—Nada... La conozco.

—Pues entonces tampoco te gustará si te digo que en la mesa en la que estuvieron había restos de coca por todos lados.

—Me cago en la puta.

Tan solo una semana después, nada más entrar en mi despacho, pude leer en el San Francisco Guardian la crónica sobre la exhumación de los restos de Joe Bonanno en el National Cemetery. Habían pasado ocho años, pero parecía que la historia había vuelto y no dejaba de perseguirme.

## Extraño suceso en el National Cemetery

Por Margot Kidder - 18/09/1973

El San Francisco National Cemetery es un lugar tranquilo de larga y brillante tradición. Recuerda con orgullo a algunos de sus más ilustres huéspedes: dos presidentes de los Estados Unidos, cinco miembros de los gabinetes presidenciales, militares y políticos del más alto rango y reconocimiento, e incluso un dictador sudamericano trasladado deshonrosamente desde una de las islas del Caribe. Más recientemente ha habido otros: un senador que lideró la «caza de brujas» en los años 50 o un juez del Tribunal Supremo que intentó recortar ciertos derechos civiles a los ciudadanos negros. Pero ya sin el antiguo perfume, sin la antigua dignidad de las épocas anteriores.

Sin embargo, ayer por la mañana, la tranquilidad del cementerio se vio alterada al producirse unos extraños sucesos que, por el momento, este periódico no puede saber las posibles consecuencias que tendrán. Todo sucedió cuando un equipo de la Funeraria Bonanno realizaba los trabajos de exhumación de los restos de Joe Bonanno, el conocido capo de la mafia asesinado en la cárcel de Landmark hace ocho años.

Según fuentes de la familia Bonanno, consultadas por este periódico, su mujer y su hijo tenían la intención de trasladar los restos de Joe Bonanno a Sicilia, de donde es originaria la familia. Para ello, previamente al entierro, se realizó al cuerpo del fallecido un proceso de embalsamamiento con el fin de preservarlo en el mejor estado posible, hasta que la administración diera a la familia los permisos oportunos para su traslado fuera del país. Un trámite que se ha retrasado mucho más de lo esperado por los Bonanno.

Las mismas fuentes nos confirmaron ayer que, cuando se procedió al levantamiento de la lápida, se pudo ver que el féretro no estaba adecuadamente cerrado. La caja de plomo que debía de estar sellada para evitar la entrada de aire, había sido manipulada y, por consiguiente, el cuerpo de Joe Bonanno estaba en avanzado estado de descomposición.

Cuando los responsables del cementerio avisaron a la policía por un posible caso de profanación de tumbas, la policía de San Francisco mandó a un equipo especializado para que investigara los hechos. Al terminar con la toma de huellas y muestras, el sargento McCorney, jefe de dicho equipo, pudo responder a algunas preguntas de este periódico a la salida del cementerio. «La tumba no ha sido profanada, todo lo que pudo haber ocurrido debió de ser antes del enterramiento, pero lo realmente extraño es que hemos encontrado una bolsa de los supermercados Wanamaker's llena de polvo y de anzuelos de pesca junto a los restos del cuerpo de Joe Bonanno», nos dijo...

No pude continuar leyendo. Cerré el periódico y lo tiré contra el sofá.

—¡Joder!, nos han pillado. Y nos llevan un día de ventaja.

Pero eran más rápidos de lo que yo misma me podía haber imaginado.

En ese mismo momento sonó el teléfono.

—Hola, cuánto tiempo —oí decir a una voz que me resultaba muy familiar.

—Hola, Lucca —respondí sin titubear—. Efectivamente, cuánto tiempo. ¿Cómo te va? —continué con la intención de que no notara mi nerviosismo.

—Bien, bien. Ya sabes, lo de siempre. Mucho lío, muchos muertos... En la Funeraria, quiero decir.

—Ya, ya. Claro. Dime, ¿qué querías?

—Es Michael. Me ha dicho que te llame. Quiere verte.

Cuando llegué al Belotti Ristorante, Michael ya estaba sentado en una mesa del fondo. El restaurante de Little Italy estaba poco iluminado, aunque se podía percibir con facilidad el brillo de las lámparas sobre la madera pulida del techo y los manteles de lino a cuadros rojos y blancos que cubrían las mesas. Era temprano y, en ese momento, tan solo había dos ocupadas: la nuestra y otra, algo separada, en la que Lucca y Frank comían un gran plato de pasta.

Las familias italianas encuentran en la mesa de un restaurante el lugar ideal para hablar de negocios, cerrar tratos, establecer treguas, conceder perdones e incluso ajustar cuentas, porque el respeto, el honor y la lealtad lo miden mirándose a los ojos durante una comida. Pero no cualquiera puede sentarse a la mesa y, si alguien recibe una invitación a almorzar, sabe que ya se ha ganado el visto bueno del «Don», pero si la rechaza, como si falta a una comunión o a una boda de un hijo, al mismo «Don» le generará sospechas y desconfianza.

—¿Leíste el *Guardian*? —dijo sin saludarme y sin levantar los ojos del plato vacío.

—Sí.

—Quiero saber quién fue.

Yo sabía que esa frase significaba mucho más que un afán de Michael por el conocimiento.

—No podemos hacer mucho ruido —continuó—. Tenemos a la policía de San Francisco y al FBI pegados al culo todo el día, y las preguntas generan ruido. Quiero que las preguntas las hagas tú. Luego, de lo que tenga que ser, ya se encargarán Lucca y Frank. Te pagaré. Te pagaré bien.

Las mafias italianas tienen su código cuando un «picciotto» (un soldado) recibe su bautismo. Según la tradición, le pinchan con una espina de naranjo o con un broche de oro el dedo índice de la mano con la que dispara, la sangre que salga del dedo caerá sobre las páginas de una Biblia mientras pronuncia su juramento, come un trozo de pan y toma un vaso de vino tinto: «Juro ser fiel a la familia, si traiciono este pacto de sangre que se quemen mis carnes». A lo que el «Don» advertirá: «Si nos traicionas, este pan se convertirá en plomo y este vino en veneno».

A mí no me había pinchado ningún dedo, pero sabía que a Michael Bonanno no se le podía decir que no. La comida se alargó durante una hora en la que, una vez pasado el trago inicial, pareció que Michael se había relajado y se dedicó a preguntarme por mi vida de los últimos años. Sabía que era Detective Privado y que las cosas no me iban muy allá. Por mi parte, no tuve opción, ni ganas, de preguntarle por su vida. Lo único que me llevé de él fue una orden y yo no sabía cómo iba a resolver la situación.

Durante dos semanas estuve haciendo el paripé de que trabajaba en la investigación del caso. Estaba atada de manos, sabía que los hombres de Michael me vigilaban, igual que la policía los vigilaba a ellos. Buscaba lo que yo sabía de sobra, pero ellos tenían que ver que el trabajo avanzaba. Necesitaba ganar tiempo, el necesario para que se me ocurriera alguna posible salida. Pasé por el tanatorio, hice como si revisara sus archivos, pregunté a varios empleados. Hablé con los encargados del cementerio y con el alguacil de la cárcel de Landmark.

La tarde que volví de Landmark recibí otra llamada:

—Hola guapa.  
—Hola Lucca. ¿Por qué me llamas? —dije con brusquedad.  
—Tranquila. No hace falta que me hables así.  
—Vale. Perdona. ¿Qué es lo que querías?  
—Sabemos que hoy has estado en Landmark hablando con el alguacil.

—Sí, pero no sabía nada. Solo lleva trabajando allí desde hace dos años, cuando el anterior alguacil se jubiló.

—No hace falta que vayas más a Landmark. Tenemos personas dentro que ya han hecho preguntas sin levantar sospechas. Por eso te llamaba.

—Cuéntame.

—Un tal Pablo Salazar, un narcotraficante que lleva encerrado allí diez años, nos ha contado que hace un tiempo su hermana Amaia... ¿Los conoces?

—No —mentí.

—Bueno, pues parece ser que hace un tiempo, esa tal Amaia le contó a su hermano una extraña historia de una niña, que por aquel entonces debía tener diez u once años, que llevaba unas tripas en una bolsa de plástico. Parece ser que quería utilizarlas de cebo para pescar en Baker Beach.

—¿Una niña?

—Sí. Aunque ese tal Pablo no anda muy cristiano, lleva años metiéndose de todo y tiene el cerebro frito. Pero, con lo que hemos podido entender, ha sido suficiente para atar cabos.

—Un narco, una niña, pescar, bolsa de plástico... No entiendo qué tiene que ver todo esto.

—Cariño, parece que estás perdiendo facultades.

—Bueno —dije intentando que no se me notara el miedo—, déjame que vaya por Baker Beach y que pregunte por ahí.

—Lo del asunto de la niña de Baker Beach ya lo tenemos claro. Resulta que esa niña ahora es una jovencita que está en la nómina del Calcio. La conocemos de sobra y te aseguro que está muy buena. Una pena, pero la orden de Michael ha sido clara. Aunque la niña no pudo hacerlo sola. Tuvo que haber más gente con ella. Céntrate en buscarlos.

Cuando colgué, las piernas apenas podían sujetarme. Cogí del cajón de la mesa el Colt Cobra del 38 que mi licencia de armas me

permitía utilizar, pero que desde hacía muchos no había necesitado. Como buenamente me permitieron los nervios, saqué mi viejo Chevrolet Impala del 63 del garaje y lo conduje todo lo rápido que pude hasta Baker Beach.

El Rick's estaba cerrado, faltaba más de una hora para que abriera. De repente escuché dos detonaciones y pude entender que se trataba de disparos que venían del aparcamiento que hay junto a la playa.

Atravesé aquel maldito puente y corrí por el sendero que bajaba hasta la playa como alma que lleva el diablo, pero cuando llegué solo pude ver un coche solitario allí aparcado. Ese Mustang del 68 verde oscuro lo había visto muchas veces en el último año. Rick se lo había comprado a su hija de segunda mano, aunque casi nuevo, por haber conseguido graduarse. Un vaso del Rick's Bay Café estaba derramado sobre el asiento del copiloto. Las ventanillas estaban bajadas y las llaves puestas.

\*\*\*

Al cerrar el maletero del coche levanto la vista hacia el cielo. La tarde está despejada y no hay ni una sola nube, aunque intuyo que una gran tormenta se aproxima. En mi vida he llorado en muy pocas ocasiones, solo cuando era niña y mis padres se empeñaban en colocarme esos ridículos vestidos. Pero ahora noto cómo las lágrimas me brotan de los ojos y resbalan por mis mejillas. No he podido, no he sabido, evitarlo. Ahora ella está muerta.

La brisa trae hasta mí un fuerte olor a quemado que me devuelve a la jodida realidad de los hechos. Puedo ver cómo, a través de los árboles, surge una espesa columna de humo negro.

—¡Mierda, es el Rick's! —grito, aunque sé que no hay nadie que pueda oírme.

De nuevo echo a correr. Subo por el sendero, hasta que, desde lejos, antes de cruzar el puente, veo cómo el bar de Rick está envuelto en llamas. El viejo edificio de madera arde con facilidad y el fuego ya lo envuelve casi por completo.



Al otro lado de la calle veo a dos hombres salir de la casa del Doctor Moreau y montarse apresuradamente en un Lincoln Continental del 73 negro. El coche arranca y se pierde de vista. Lucca y Frank no me han visto pero yo les he reconocido. Me temo lo peor.

Cruzo el puente. Algunos vecinos ya se han acercado alertados por el fuego del bar. Las sirenas de los bomberos y de la policía se oyen a lo lejos.

La puerta de la casa del Doctor está abierta. Entro con precaución, agarrando la culata de mi Colt, aunque sé que allí ya no hay nadie que pueda hacerme daño. Sospecho lo que voy a encontrarme.

La casa parece estar vacía. No hay nadie en el salón ni en la cocina. La consulta del Doctor está revuelta, hay algunos papeles caídos por el suelo alrededor de la mesa de trabajo, como si alguien se hubiera levantado apresuradamente. Pero allí tampoco hay nadie.

Cuando salgo por la puerta trasera de la casa veo que, al fondo del jardín, la puerta del cobertizo donde el Doctor tiene la sala de autopsias está abierta. Cuando entro, tengo que apartar la vista y encoger el estómago para no vomitar.

El cuerpo desnudo del Doctor, o lo que puedo reconocer de él, está destripado sobre la mesa de autopsias. Le han abierto en canal y le han sacado el hígado, los intestinos y el estómago, que están esparcidos por el suelo de la sala. Con un cuchillo le han grabado algo en el pecho, está ensangrentado, pero se puede leer perfectamente. «NON HAI FATTO BENE IL TUO LAVORO MA NOI LO FACCIAMO»<sup>1</sup>.

Cuando Harry llega, los bomberos ya han controlado el fuego del Rick's y varios policías entran y salen de la casa del Doctor Moreau o bajan por el sendero hacia el aparcamiento de la playa.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Harry, aunque sé que él ya sospecha de qué va todo esto.

—Nos han encontrado. Se han cargado a la hija de Rick y al francés. Solo es cuestión de tiempo para que caigamos los demás, uno tras otro. ¿Sabes algo de Rick?

—No, pero, por la hora que es, debe de estar a punto de llegar.

---

<sup>1</sup> «NO HICISTE BIEN TU TRABAJO PERO NOSOTROS SÍ LO HACEMOS».

—No sé cómo se va a tomar esto. Han asesinado a su hija... ¡Me cago en la puta! ¡Me cago en la puta! —grito, mientras doy puñetazos en el capó del coche patrulla en el que estoy apoyada.

—Tranquilízate. Ya se nos ocurrirá algo. Ahora tenemos que esperar a Rick, intentar consolarle y ver cómo pararle. ¡Joder!

Cuando Harry está diciendo esto, vemos cómo el coche de Rick cruza el puente, avanzando muy despacio por la calle, hasta que llega donde estamos nosotros.

Rick se baja del coche, nos mira, pero no dice nada. Desvía durante un momento la mirada hacia los restos humeantes del bar, pero sigue sin hablar. Nosotros tampoco nos atrevemos a decir nada. De repente, como si le hubiera alcanzado una repentina corriente eléctrica, se gira bruscamente hacia nosotros.

—¿Sabéis dónde está mi hija? Había quedado aquí con ella.

A la mañana siguiente entro en el salón de mi apartamento y veo que Rick sigue sentado en el sofá, en la misma posición en la que le dejé esta madrugada, después de haber estado toda la noche hablando con él, intentando consolarle. Pero qué consuelo puedo darle yo. Cómo consolar a un padre que ya había perdido a su mujer y que ahora ha perdido a su hija. No hay consuelo posible.

—Lo he decidido. Me voy. Me largo —dice sin mirarme.

—¿Dónde vas a ir?

—No lo sé. Me da igual. Tengo un buen amigo en Tánger, tal vez sea el momento de irme para allá y desaparecer de este jodido mundo. Ya no hay nada aquí que me ate, que me necesite... —responde con la voz entrecortada.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera?

—Nadie puede ayudarme... Igual que yo tampoco pude ayudar a mi hija...

—Rick, lo siento mucho. Creo que yo tengo una buena parte de culpa en todo esto.

—¡No! —grita—. Nadie tiene la culpa de nada... Excepto un criminal. ¡Un asesino!

—Tarde o temprano seguirán atando cabos y vendrán a por nosotros. ¿Lo sabes?

—Sí. Por eso me largo.

Pero conozco a Rick desde hace muchos años. Sé que había luchado en África en la Segunda Guerra Mundial. Se había enfrentado a la muerte en muchas ocasiones. No es de ese tipo de personas que sale huyendo cuando algo o alguien le amenaza.

Un par de días después encuentro una nota de Rick en mi buzón. «Me voy a Tánger. Tú también deberías huir. Cuídate. Rick», dice el telegráfico mensaje. Los acontecimientos de los últimos días me están desbordando y no hago más que dar palos de ciego.

Sé que las cosas se van a precipitar aún más, pero no sé cómo resolverlo. Soy como un canto rodado que no puede hacer nada más que dejarse llevar por la corriente que lo moldeará a su antojo hasta hacerlo añicos. Podría huir, como Rick, pero a dónde iría. Yo no tengo un refugio en Tánger, ni en ningún otro remoto lugar, donde esconderme. Además, las garras de Michael son muy largas y me acabaría encontrando. Habíamos deshonrado a su padre y él no lo perdonaría jamás.

En ese momento alguien llama a la puerta de mi apartamento. Me sobresalto. Agarro la culata de mi Colt, del que ya no me separo.

—Soy Harry. Ábreme.

—Harry —digo con alivio, mientras me levanto.

—Vengo del puerto. Hemos encontrado el cuerpo de Amaia Salazar metido dentro de un bidón lleno de cocaína.

—¡Amaia!

—Sí. También se la han cargado y han querido desviar la atención hacia un ajuste de cuentas entre narcotraficantes. Por lo de su hermano, ya sabes. Pero han cometido un error.

—¿Por qué?

—Ese cargamento de coca lo vigilábamos junto al FBI desde hacía unos días. Sabemos que, en realidad, pertenece a la familia Bonanno. No habíamos intervenido aún porque lo usábamos como señuelo para pillarlos con las manos en la masa. Esta noche, los agentes del FBI han fotografiado cómo llegaban al puerto dos de los matones de Michael Bonanno, abrían el contenedor donde estaban los bidones, sacaban el

cuerpo de Amaia del maletero de un Lincoln Continental del 73 negro y lo metían en uno de ellos. ¡Los tenemos!

—Y entonces, ¿ahora qué?

—Tengo que ir a ver al Juez McNamara para que firme la orden de detención contra Michael Bonanno y dos de sus matones: Luciano Espósito y Francesco Santoro.

—Espero que la firme y que no esté también en nómina.

—Por eso se lo hemos pedido a él. Es ya mayor y sabemos que es honesto. Tardaré un par de horas. Tengo que ir hasta su casa en Sausalito y seguro que el Golden Gate estará a tope.

—Confío en que todo vaya bien. Mientras, me acercaré al despacho para no levantar más sospechas. Aunque sé que me siguen y me temo que ya todo va a dar igual.

—No te preocupes, vamos a acabar con esto. Cuando tenga la orden firmada, te llamaré desde el Departamento.

Han pasado más de tres horas y no he recibido la llamada de Harry. Estoy muy nerviosa, por lo que decido acercarme hasta el Departamento de Policía, en la Tercera con Mission Rock.

El edificio está cerca de mi oficina, así que prefiero ir andando, mezclándome con la gente. Bajo por Stockton hasta llegar a la Cuarta. Allí, para despistar a alguien que pudiera seguirme, voy cambiando de calle, llevando un recorrido errático. Doblo por Howard, me meto por el callejón de Tehama, salgo a la Quinta, vuelvo a torcer por Harrison, luego otra vez a la Cuarta, bajo hasta el canal, cruzo por Long Beach hasta llegar a la Tercera, justo enfrente del edificio del Departamento de Policía de San Francisco.

En el parking de delante del edificio varios coches salen con las luces y las sirenas encendidas. Parece que hay movimiento. Cuando entro, en el mostrador está el jefe Stewart McMillan, un buen amigo de Harry con el que patrulló en sus años jóvenes. Habla con otros agentes a los que parece que les da órdenes.

Al verme, se acerca rápidamente hacia mí.

—Harry ha tenido un accidente.

—¿Dónde? ¿Qué ha pasado?

—En la 101. Cuando volvía de Sausalito.

—¿Está bien?

—Me temo que no. Su coche se salió de la autopista y cayó sobre Battery Park. Se incendió. La gente que se acercó no pudo hacer nada.

—Harry...

—Lo lamento. Sé que vosotros también erais buenos amigos.

—Pero... Pero... Harry venía de la casa del juez McNamara. Había ido a que firmara la orden de detención contra Michael Bonanno.

—Lo sabemos. Le estábamos esperando para ir a detener a ese canalla.

—¿Y supongo que también sabéis que no ha sido un accidente?

—Todavía no tenemos pruebas. Tengo a mi gente trabajando allí. Hay varios testigos. No tardaremos en saber algo.

—¡Joder! También Harry... ¡No!

—No te preocupes. Vamos a ir a por ellos. Si se confirma que han matado a un poli, la cosa se les va a complicar. Te lo puedo asegurar.

No puedo hacer nada más. Tan solo esperar a que los agentes de Stewart descubran lo qué pasó antes de que Lucca y Frank den conmigo. No puedo volver a mi oficina. Tampoco puedo ir a mi apartamento.

Cuando salgo del Departamento de Policía, bajo por Mission Bay hasta Francois Boulevard. Me siento en un banco del paseo mirando hacia el mar, hacia la bahía de San Francisco. Allí estoy sentada durante casi una hora, sola, pensando en la hija de Rick, en el francés, en Amaia y en Harry. Todos muertos. Muertos por un error. Un error que, para muchos, habría sido una tontería. Pero no para la familia Bonanno. Haber tratado de esa manera las tripas de Joe Bonanno había sido un insulto para ellos. Y a las familias italianas no se las puede insultar sin esperar consecuencias.

—Hola encanto. Mira que has dado vueltas —oigo justo detrás de mí.

Intento coger el Colt, pero Lucca me agarra del brazo mientras Frank me sujeta la cabeza y pone un pañuelo con cloroformo sobre mi boca.

Al despertarme, puedo ver cómo Michael está junto al tocadiscos que tienen en la trastienda de la Funeraria Bonanno, donde suelen poner el Réquiem de Mozart o el Cannon de Pachelbel. Deja caer la aguja sobre los surcos de un vinilo negro.

—¿Conoces la canción? «Mama, take this badge off of me / 'Cause I can't use it anymore / It's gettin' dark, too dark to see / Feel like I'm knockin' on heaven's door». —Michael imita la voz de Dylan a la perfección, mientras coge el soplete con el que sueldan las cajas de plomo donde meten los cuerpos de los clientes—. ¿La conoces?

Asiento con tanta fuerza que la silla a la que estoy atada se tambalea y se desplaza. La punta del soplete chisporrotea suavemente al pasar del frío azul oscuro de la boca al rojo vivo incandescente del final de la llama.

Noto el calor en el ojo derecho cuando me apunta con el soplete a la cara.

—Michaelfffff... —logro articular a través del pañuelo de seda que me amordaza.

—¡Chssss! —ordena mientras me quita el pañuelo que se guarda en el bolsillo delantero de la chaqueta, dejando una esquina fuera, con elegancia—. Ya tendrás tiempo de hablar. No te preocupes. Querrás contármelo todo. Pero primero... Primero voy a mostrarte cómo vamos a hacer para que no se te olvide ningún detalle.

—Michael, todo fue un error. El francés no debió tirar las tripas de tu padre a aquel barranco. Pero lo pudimos solucionar a tiempo. Créeme.

—¿Las tripas de mi padre? Las tripas de mi padre me importan poco. Los muertos, muertos están —dice santiguándose—. Pero en aquel féretro que abristeis había un buen fajo de billetes de mil dólares que debía de haber ido a Italia.

—¿Dinero? Yo no sé nada de ningún dinero.

—Ya, no sabes nada —dice forzando una sonrisa—. Sé que lo sabes todo de nuestros negocios desde hace mucho, desde que trabajaste en el bufete de Thomas Hardy. Por Dios, no insultes mi inteligencia. Nos conocemos desde hace muchos años.

—Michael...

—¡Silencio! —grita acercando aún más el soplete a mi ojo—. ¿Y si resultara que hay negocios en los que no deberías haber metido tus narices? Ya me entiendes....

Agito la cabeza. Asiento con fuerza. Y me desplazo. Aunque me desplazo muy poco para separarme de la llama.

—¿Verdad que me entiendes?

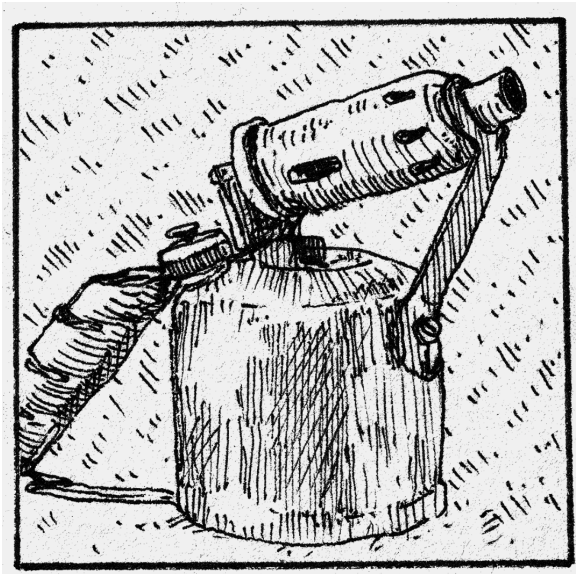
Es más fácil morir que vivir. Siempre lo he sabido, pero ahora, con el soplete cerca de la cara, lo siento real. Nunca le he tenido miedo a nada, y tampoco a la muerte. No he sentido la angustia de su visita porque cada vez que me ha buscado he sabido esquivarla. Es cuestión de poner todos los sentidos alerta y huir del peligro. De la muerte escuchas sus pasos, huele a cieno, su sabor es amargo y áspero. Sin embargo, cuando cometes un error, un descuido, y te cruzas con ella, ¿qué puedes hacer? ¿Cómo la esquivas? La cabeza me va a estallar. Ahora tengo que pensar. Encontrar una salida.

De repente se escucha un estruendo en la entrada de la funeraria. Se oyen las voces de los matones de Michael. Después, dos fuertes detonaciones. Luego, silencio.

Michael se gira hacia la puerta de la trastienda. No suelta el soplete, pero de poco le va servir.

Veo aparecer a Rick. Lleva una escopeta de caza a la que le ha recortado los cañones. Sabe que así no fallará. Tan solo dice una cosa antes de disparar.

—Ese dinero era para pagar su universidad.





# Ven y sana mi dolor

JAVIER RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

No había alcanzado siquiera a leerles aquel poema de Benedetti —el de los amantes que vuelven a casa, ese que nunca me falla— cuando vino el estruendo blanco y, en un instante, todo se convirtió en oscuridad. Los presentes no constituían una audiencia particularmente difícil, como otros públicos que me habían tocado. Al menos intentaban poner atención, leer con envidia aquellos poemitas horrorosos que me obligaban a fingir emoción. Los peores eran aquellos de adolescentes con sus posturas de sabelotodo que no saben nada. Pedantes que se creían Rimbaud, Kurt Cobain, y no les daba ni para Melendi.

Llevaba cinco años de dar talleres y organizar clubes de lectura. Como ya tenía cierta *expertise* —me encanta esa palabra— hacia fin de año empezaba a recibir las llamadas de los asistentes sociales, cuando sus jefes se daban cuenta de que no cumplían las metas de formación cultural para reclusos y arriesgaban ese presupuesto. Casi nunca ocupaban toda la glosa presupuestaria en los talleres; era sabido que pagaban un poquito y se repartían el resto a través de boletas falsas. En el mejor de los casos, ocupaban el dinero sobrante en mejoras para los propios reclusos: mallas para los arcos de baby fútbol, implementos para la enfermería...

No me molestaba que me avisaran con una sola semana de anticipación, aunque tuviera poco tiempo para preparar las sesiones. Asumía que había sido el último en su lista y que por eso me avisaban tan encima. El ego hace rato lo había dejado de lado. Ya me había acostumbrado al cacheo previo, a los silbidos de los reclusos en el patio, no me molestaba ir a la cárcel. La prisa, además, me permitía negociar los talleres a un precio un poquito más caro, sabiendo su desesperación. Y mucho margen no tenían: mal que mal, no eran talleres para señoras del barrio alto en la crisis de la mediana edad que iban a la librería a tomar café y a escandalizarse con la lectura de Lucía Berlin un sábado por la mañana, fantaseando —el que fantaseaba con aquellas cuarentonas fortachonas era yo, en realidad— con el tallerista, por el que nunca abandonarían sus cómodas vidas.

Pero bueno, me estoy desviando: no eran viejas cuicas, eran presos. Gente que estaba allí por estafas, robos a mano armada,

violaciones, ofensas a la fe pública. Personas a las que la sociedad había juzgado demasiado peligrosas para andar sueltas por la calle, para caminar por sus barrios, para cruzarse con sus niños en el transporte público. Los habían metido tras las rejas con el fin de que se reformaran. Bah, qué reformarse, para que adentro se mataran entre ellos.

Llevaba varios años haciendo talleres, ya les dije que tengo mucha experiencia, y nunca me había pasado algo como esto. Hay escritores que sueñan con un momento así para luego relatarlo, pero yo no se lo doy a nadie. Prefiero seguir con mis autoficciones poco originales. El relativo éxito de mi primera novela me había permitido hacerme un sueldo paralelo como tallerista. Escritura creativa, talleres de lectura, tomaba lo que viniera con tal de dejar mi trabajo de ejecutivo de comunicaciones del Ministerio de Agricultura. Empecé al alero de una fundación cultural de izquierda financiada por la minera del yerno de Pinochet —como todo en Chile, no lo digo para criticar—. Luego, cuando vi que la cosa mejoraba, decidí ser mi propio jefe y lanzarme solo. Mente de tiburón aplicada a la industria literaria. Menos Word y más Excel, compadre. ¡Se puede!

¡Arriba las manos, conchetumadre! La alarma comenzó a sonar de inmediato y nos ensordeció, imagino que con el fin de que los reos no pudieran comunicarse entre ellos en medio del motín. Wuuuuuuuu, wuuuuu, wuuuu. Me iba a tirar al piso, pero no fue necesario. De repente me agarraron del hombro. Baja, pollo culiado. Intenté decirles que no tenía un peso, que afuera nadie se interesaría por mí, pero no me escucharon. Cuatro manos me tomaron y me tiraron dentro del cuarto de baño de la biblioteca de la cárcel de Colina II donde hacíamos el taller. Imagino que el golpe de fierro que se escuchó fue el palo con el que le pegaron al gendarme, que no vino nunca a ayudarme. O quizás arrancó. O estaba coludido con ellos, qué sé yo. Luego escuché muebles arrastrándose, imagino, para trancar la puerta.

Una linterna iluminó mi cara. Recordé esas escenas de dibujos animados, cuando un ladrón escapaba de la cárcel evitando un foco gigante que iluminaba el paredón. Ahora mi cara era el paredón. Estás todo meado, me dijo Enrique, uno de los más participativos de la clase, mientras me amarraba las manos con huincha aisladora. Intenté explicarle que yo no era famoso, que no les servía de nada, que por favor me soltara, pero no respondió.

—¿Tenís Twitter, Facebook, alguna hueá?

—La verdad es que manejo un concepto crítico de las redes sociales y cómo representan un espacio donde los autores construyen su identidad autoral desde allí, más que desde su propia obra.

—Tenís o no.

—Sí, obvio que tengo.

—Ya, entonces abre tu hueá acá y poné: «Soy, como chucha que te llamís, estoy secuestrado en la cárcel tanto. Retiren al personal de gendarmería por 15 minutos o me matan». Y con esta foto.

Sentí el fierro chocar contra mi sien. Luego, el *flash*. Vi la foto mientras hacía la publicación. Yo salía pálido, aterrado, con ojeras lamentables. A mi lado, Enrique me encañonaba sonriente, el pelo negro, la tez blanca, la mandíbula prominente. Mi camisa, ahora llena de polvo y marcas de sudor, se veía ridícula al lado de su camiseta de Colo-Colo estampada con la 9 de Esteban Paredes.

Intenté decirle, sin éxito, que las autoridades del país no se distinguían por su sensibilidad cultural, que yo ni siquiera era tan conocido, que por último hubiera esperado a que le trajeran no sé, Pancho Saavedra, por último, alguien conocido y con conexiones, no a mí, que mi libro lo habían leído solo el par de críticos amigos que lo reseñaron. Intenté recitarle el poema de Benedetti, el de los dos amantes, a ver si se conmovía. Me mandó a la mierda.

—Yo sí leí tu libro, hueón. Lo tenemos acá en la biblioteca. Cuando supimos que veníái, lo leímos. Si no hubiera sido una falta de respeto.

—Ah, qué bueno que se hicieron el tiempo.

—Claro, como acá tenemos tanto que hacer.

Me sentí estúpido, por supuesto. No sabía qué hacer, no le podía decir que tenía hijos que cuidar, una foto de mi perra no lo sensibilizaría. No sé qué cara me vio, pero me preguntó qué me pasaba, me dijo que para qué le daba color, si lo estábamos pasando bien, en buena onda, que no me pusiera cagón, esa fue la palabra que utilizó, mientras me hacía cariño en el pelo con la tuna, me rodeaba la oreja izquierda con los dedos de su mano.

—Oye, si nos gustó tu libro. A mí me hubiera gustado que le pusieras más color en las partes donde culean, acá mucho material no tenemos, sabís, pero es súper emocionante. A mí el amor me encanta. Yo también tengo historias como para escribir un libro, ¿sabís? Siempre me han dicho.

Pensé en todas las veces que alguien me había dicho que tenía una historia fascinante, que daba para libro. Al principio escuchaba su resumen, intentaba encantarme con su relato pedestre, pero luego entendí que todos creían que su historia daba libro, cuando no es así. Así que se lo decía, antes de que me dieran la lata. Uno tiene que tomar lo que tiene y desde ahí construir, inventar. Pero claro, no le podía decir eso al Negro Enrique, como me pidió que le dijera. Le puse toda la atención posible, asumiendo que era un tema de vida o muerte.

Entonces me empezó a contar que él sí tenía hijos. Que en la pobla nunca le chorió a los suyos, que siempre iba a casas grandes, del barrio alto. Siempre acompañado, era más fácil hacer la pega de a dos. Pero un día se metió unas pepas para darse ánimo, para que no le tiritara el pulso. La casa, de tres pisos y piscina, estaba vacía; la familia había salido por el fin de semana, ellos sabían, los dateó el guardia del condominio. Pero adentro se encontraron con la nana y todo se fue a la mierda. Se pusieron a huevear, una cosa llevó a la otra y terminaron matándola por accidente. Él no la quería violar, dijo, pero las pepas te ponen mal, yo eso lo entendí. Cuando se puso a gritar no nos quedó otra que ponerle unos mangazos y bueno, se nos fue la mano, ¿sabe?

En la cárcel, me contó, le habían devuelto la mano, como a todos los violetas. Y era un círculo vicioso porque, según él, que se lo hubieran hecho le daba ganas de hacer que otro pagara, era una cuestión muy extraña, pero que no me preocupara, que conmigo sería delicado.

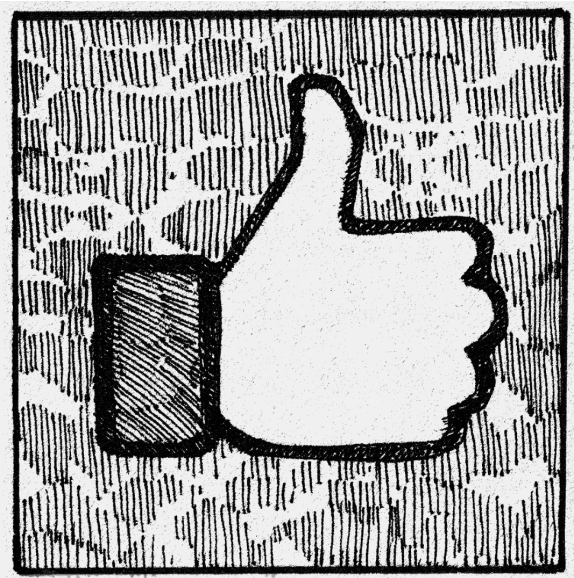
Entonces vomité. El Negro se puso a gritar y a putearme, obligado a abrir la puerta. Los que hacían guardia le preguntaban qué había pasado. Nada, este culiao se puso a güitrear, mira cómo me dejó el asqueroso de mierda.

De repente, se encendió la luz y todos corrieron, incluido el Negro.

Llegaron los gendarmes metiendo palos, acompañados de los pacos, cómo odiaba a esos perros, pero en ese momento les hubiera chupado el fusil, lustrado la luma, lo juro. Orden y patria, podría haber cantado el himno de los carabineros, como en el colegio, de pura

emoción. Habían pasado cinco minutos, según me contaron después los propios asistentes sociales, mientras se deshacían en disculpas. Para mí, habían sido cinco años.

Ya en el hospital, constatando lesiones, porque me obligarían a poner una denuncia, me pasaron mi teléfono. Abrí Facebook y vi la publicación de rescate: cero comentarios, dos *likes*. Al lado, una nueva solicitud de amistad.



# Verdades encaladas

MARTA RUBIO BARCELÓ

—Eva, dime, por favor, que eso que se escucha no es el motor del coche.

—Hola, sí, muy bien. ¿Tú qué tal?

—Eva... dime que...

—¿Qué? —hundió el pie hasta el fondo del pedal de freno de su Seat Ibiza—. ¿Que te diga qué, Mauricio? ¿Que no estoy de viaje con el niño? Pues mira, ¡sí! Nos hemos ido los dos, y muy bien que va dormidito detrás. —Echó un vistazo rápido para cerciorarse de que no mentía—. Pasó contigo todas las navidades, sabes tan bien como yo que le toca pasar agosto conmigo.

—¿Pero cómo se puede tener tanta cara? ¿Te crees que no me iba a enterar? Tu hermana me lo ha contado todo. Si incluso me ha dicho que ella misma se ha encargado de apuntar al niño a no sé qué curso, si no llega a ser por ella se pasa todo el verano muerto del asco.

—Cristina... será perra. —Volvió a arrancar el coche y apretó el volante con rabia—. ¡Vale, sí! Tengo que recopilar un par de datos, y ya aprovecho y nos hacemos un viaje. Cristina dice que hasta el cura se alegra de tenernos allí, ¿y vienes tú a quejarte?

—Eva, por Dios. Que pusieses al periodismo por encima de mí, vale, lo acepto, pero Daniel debería ser la prioridad. Tiene diez años. ¿Que te vas de viaje con él? Te lo llevas a un pueblo perdido para que se quede encerrado mientras tú haces tu maldito reportaje. Y no me digas que es solo un rato, que esa me la conozco bien. Se quedará con Cristina o con ese cura que tanto se alegra de que vayáis. O solo, no sería la primera vez. Además, nunca lo llamas, ni siquiera te acordaste de su cumpleaños, ¿a qué viene este numerito ahora? ¿Eh?

—Recuperar el tiempo perdido, es mi hijo y tengo derecho —escupió—. No va a quedarse encerrado en la iglesia, ni solo ni con el maldito cura. Vamos a pasar unas vacaciones juntos, para eso hemos venido.

—Lo que pasa es que solo piensas en ti. Me juego el cuello a que todo esto es para que Cristina te deje quedarte. Vas tú sola y ni de coña te reciben allí, vaya, que te echa como a una rata.

—¿Me acabas de llamar rata, Mauricio? ¿Rata?

—¡Sí! —El grito hizo que Eva diese un volantazo—. No puedes soportar perder, ¿verdad? Por eso dejaste de lado a tu hermana, por eso me dejaste de lado a mí, por eso ahora quieres recuperarlo, para ganarme, para...

—Entro a un túnel, adiós, besitos —mintió, cortó la llamada y lanzó el teléfono al asiento del copiloto—. Valiente gilipollas.

Con un suspiro recolocó el espejo para tener una mejor visión de Daniel. Había crecido mucho en el último año. No le iba a costar superarla en altura. ¿Cuándo le había crecido tanto el pelo? Era igual de rubio que su padre unos años atrás, ¿se quedaría también calvo? Con esos ojos azules cualquier cosa le quedaría bien.

—¿Mamá? —murmuró Daniel frotándose los ojos—. ¿Queda mucho?

—No, campeón, ya estamos llegando. Anda, pásame el agua, por favor, la botella negra que tengo en el bolso.

Tomó la botella negra igual que el coche, que las gafas de sol y que todo su armario. Aquel color era lo único estable en su vida. Incluso el día se había vuelto oscuro.

Por fin pudo respirar. No había nada como un buen trago de vodka para producir oxitocina. Y, en medio de la paz absoluta, con una mano en el volante y la otra en la cantimplora, apareció el cartel: «Tolox». Saboreó esos segundos de victoria como si fuesen los últimos y repasó mentalmente el plan: presentarse como una periodista preocupada por promover el turismo en las periferias que está en busca de información sobre las grandes cualidades del balneario y el encanto del pueblo. No podía ser tan difícil.

—Hace mucho calor, mamá. ¿No tienes calor?

Las nubes inundaban el cielo, pero por algún motivo el ambiente estaba más húmedo que de costumbre. Casi podía sentir el aire como sólido.



—¿Esto? Esto no abriga nada —dijo asfixiada por las mangas largas y el cuello cerrado.

—Es por la tía Cristina, ¿verdad? Siempre que la vemos te tapas los tatuajes para que no se queje.

—Eres un niño muy listo tú. Anda, sal del coche, que ya estamos.

Cuando Cristina hablaba de la iglesia de San Miguel, Daniel dibujaba un edificio enorme y romano, lleno de arcos e historias. Pero la iglesia no era ni la mitad de grande de lo que se había imaginado. Es más, si no fuese por la campana que coronaba el edificio, no lo habría diferenciado. Las paredes encaladas hacían juego con el resto del pueblo y la forma del edificio no cumplía con ninguna de sus expectativas. Eso sí, la gran puerta de madera era imponente, o eso le parecía a él, que frente a ella se sentía más pequeño que nunca.

En cuanto Eva se puso a su lado, le cogió de la mano con fuerza. Dentro, las sombras hacían que el blanco, antes brillante, se volviese menos pulcro. El altar no era muy grande ni demasiado espectacular. La iglesia de su barrio tenía más bancos y, aunque todavía no se había sentado, estaba seguro de que eran más cómodos. El suelo le gustaba: baldosas de mármol blancas y negras se extendían por toda la superficie como un tablero de ajedrez gigante.

—¿Por qué en la iglesia? —preguntó apretando el agarre.

—Porque tu tía es monja, las monjas siempre están en la iglesia.

—¿Por qué?

—Porque es la casa de Dios, niño, porque aquí incluso tu madre tiene derecho al perdón —susurró una voz a sus espaldas—. Y aquí no se debe hablar tan fuerte —puntualizó alzando el índice.

Daniel se hizo todavía más diminuto al ver a su tía, tan escuálida y gris como si estuviera hecha de agujas. Lo único en lo que se parecía a su madre era en el negro de los ojos y en lo corto del pelo. Nadie hubiera adivinado que eran mellizas.

—Es la primera vez que vienes a Tolox, ¿verdad? —El niño asintió—. No me extraña. Tu madre nunca viene de visita, pero tu abuelita le cuenta lo que está pasando y tarda menos de dos días en presentarse aquí.

—Cristina, que no es lo que piensas, no vengo por los casos de los que mamá no para de hablar, vengo a hacer un reportaje sobre el turismo del balneario y...

—No me vengas con esas, a mí no —cortó de una punzada.

Se generó un duelo de miradas, que un poco queriendo y otro poco sin querer, Daniel rompió:

—Y, ¿qué es lo que pasa?

Cristina dejó escapar una sonrisa irónica.

—Cosas malas, niño, cosas malas —susurró con los ojos entrecerrados, haciendo que a Daniel se le retorcieran las tripas.

—¡Lo estás asustando! —Acarició la cabeza de su hijo—. No te preocupes, campeón, que no pasa nada.

Daniel, que creía más en su madre que en su tía, decidió ignorar aquel momento. Él también podía ser valiente como su madre, que siempre estaba nadando entre problemas. Es más, él sería todavía más valiente. Sí, le demostraría a su madre lo capaz que podía llegar a ser.

Pasó el resto del día relajado, con unas ganas renovadas de comenzar las vacaciones. Pasearon por las calles vacías de un pueblo que solía estar repleto en esas fechas y solo pararon para comer: él un bocadillo de lomo y su madre cervezas, siempre de grifo, como ella decía. Para la cena, en cambio, Eva se decidió por el vino. A Daniel le sorprendió su elección, pero después, cuando ya estaban preparándose para dormir, ella le confesó que le parecía una bebida más propia de curas. Había sido la primera vez que ambos compartían cena con un cura y no fue para nada cómodo.

Con el calor, la caminata y lo extraño de aquella cena, cayó rendido sin ni siquiera tener tiempo para dar las buenas noches. Se instalaron en una habitación del convento, que estaba unido a la iglesia. Había poca luz, todo crujía y olía a viejo, pero valía la pena por el fresco que encerraban las paredes de gotelé. Aunque la tía Cristina daba bastante miedo, era cierto que nunca se negaba a prestar ayuda. Les dejó quedarse sin rechistar. Es más, cuando salían de la iglesia Daniel pudo escuchar un

tímido: «en realidad agradezco que alguien se involucre en esto, lo necesitamos».

Eva también se durmió pronto aunque, más que por el paseo, fue por las dos pastillas que engullía cada noche. Tenía demasiadas cosas en las que pensar para poder conciliar el sueño por causas naturales. Pero la medicina no es perfecta, así que una vez más, se despertó de madrugada. No es que le importase, al contrario, le encantaba la sensación de saber que todavía quedaba noche para dormir, para dejar que los músculos volviesen a dilatarse, para fantasear en todo aquello que podría haber tenido, en lo que su vida podría haber sido si no...

—¡MAMÁ! ¡MAMAAA!

Se incorporó dando una bocanada de aire. A su lado, la cama estaba vacía. Sintió que el miedo le subía a la garganta.

—¿Daniel? ¡Daniell, ¿dónde estás?

Sin ni siquiera percatarse, ya estaba de pie sobre el mármol, recorriendo a tientas la habitación hasta salir al pasillo. No podía estar muy lejos, lo sentía en los tímpanos. Sus sollozos chocaban de pared a pared. Se tropezó consigo misma, hasta alcanzar la cocina. La luz estaba apagada, pero a través de los ventanales la luna regalaba claridad.

—¿Daniel? —repitió con la bilis en la garganta.

—¡Mamá! ¡Mamá!

No se lo pensó dos veces y entró corriendo en la cocina. Allí estaba su hijo, acurrucado en el rincón con su pijama de ardillas. Quería acercarse, pero su cuerpo se había quedado congelado. Frente a ella, una sombra gigantesca se contraía y extendía con torpeza.

—¿Pero qué...?

Dejó a su hijo en la esquina, estaba acurrucado y decía cosas que ella ya no escuchaba. Con cautela, rodeó a la sombra, para que la luz de luna descubriese la escena más estrafalaria que había visto jamás. Era el cura, aunque ya no se trataba del mismo señor afable que conoció

durante la cena, ahora el anciano parecía el rey de una pesadilla. Embutido en un camisón de seda, el cura estaba inclinado sobre un gran pastel, que devoraba con ansias sin ningún tipo de utensilio. Tenía los ojos abiertos, pero en la dilatación de las pupilas y lo descentrado de la mirada, entendió que no se encontraba consciente. Se acercó y le tocó el hombro descubierto por los tirantes:

—¿Está bien? —No respondió—. ¿Hola?, ¿está usted bien?

Se quedó unos segundos absorta. Recorrió el rostro sucio del hombre, intentando descubrir en él algún sentido. Las historias que había escuchado acababan de tomar forma, una cuanto menos perturbadora.

—Dani, tráeme mi móvil, hay que llamar a la policía —dijo, sin darse cuenta de la sonrisa victoriosa que había dejado escapar; había historia, sí, definitivamente la había.

La policía llegó al amanecer. Dos agentes ojerosos y llenos de canas se presentaron en la puerta del convento con una tranquilidad pasmosa. Eva tuvo que apretar los puños hasta clavarse las uñas cuando uno de ellos, el más bajo, empezó a arrastrar los pies. Odiaba ese tipo de cosas. A su lado, con el pantalón empapado, iba Daniel, que aún parecía estar en sueños.

—Ha sido una noche movida —se excusó el hombre alto, después de sorberse la nariz y restregarse el dorso por su descuidado bigote—. No hemos podido llegar antes.

Comenzaron a caminar hacia la escena, todos tenían ganas de acabar con aquello cuanto antes.

—¿Ah, sí? —La falta de interés era palpable para todos, menos para el agente.

—Sí, lo que usted ha presenciado ha pasado por todo el pueblo, ¿sabe? En mi vida he visto algo como esto: un ataque de sonambulismo, como un virus.

Eva se quitó el sueño de un manotazo, no podía permitirse perder aquella oportunidad.

—He escuchado que este tipo de cosas llevan pasando una semana...

—Sí, señora —respondió el policía bajo, desvelando una voz extrañamente aguda—. Pero nunca se habían dado cinco casos en una misma noche.

—Y, ¿se sabe algo? ¿Hay avances con la investigación?

Los dos hombres se miraron, pero no tuvieron ningún tipo de reparo en responder:

—Es una locura, un sinsentido —dijo el alto, y volvió a restregarse la mano sobre el desagradable bigote—, dicen que puede ser cosa del demonio, que posee a la gente del pueblo. —Eva tuvo que hacer un esfuerzo por no escupir una carcajada—. El otro día Alicia rompió toda la vajilla de su casa, ¡Alicia! Que lo más violento que ha hecho en su vida ha sido matar moscas en verano. Y Raúl, el de la carnicería, se paseó desnudo por el pueblo. Menos mal que a esas horas no había chiquillos en la calle, porque si no...

—¿No han pensado en llamar a otras autoridades? —preguntó ralentizando el paso—, ya sabe, que venga un detective para llegar al fondo del asunto.

A Eva le hubiese venido bien tener a alguien competente estudiando el caso, alguien que le facilitase las cosas. ¿Qué podía sacar de un par de policías de pueblo que creían en demonios?

—Vinieron —dijo el bajo, para sorpresa de Eva—. No sé si lo sabrá, pero hubo un accidente hace unas semanas. Justo al principio de toda la locura. —Eva asintió, su madre se lo había contado todo: un hombre fue atropellado de madrugada en la autovía, a la salida del pueblo—. Pobre Jose Luis... Como fue un accidente no pareció necesitar más investigación, entonces, cuando el sonambulismo se volvió algo del día a día, volvimos a llamarles. Pero ya sabe, la gente puede ser muy escéptica, no les pareció grave si quiera.

Los tres se quedaron parados en el umbral de la cocina. Daniel, que no sabía qué era real y qué no, entró casi sin darse cuenta. El cura estaba exactamente como hacía dos horas: tendido en el suelo, como un insecto que no logra volver a su posición original, con las manos y el rostro repletos de pastel. La tarta se encontraba destrozada en la repisa.

—Válgame Dios. —El agente alto, que parecía ser el que llevaba las riendas, se acercó a la escena—. No sabía yo que Don Manuel dormía en camisón.

—La tarta... —susurró el policía al lado de Eva—. No me digas que... ese es el pastel que habían preparado las monjas para la boda de Carlota... cuando se entere.

—Pues tiene pinta de que sí, ya verás la que van a montar. Al menos parece que Manuel está bien, solo duerme.

Eva suspiró, ¿para eso servía la policía? ¿Para reafirmarse en lo obvio?

—Pues tan bien no estará cuando se despierte —dijo el bajo, que por fin se había atrevido a entrar en la cocina—. Llevaba un año a dieta, cuando se dé cuenta de lo que ha hecho... es que no ingería nada de azúcar, ni vino bebía, más allá de la sangre de Cristo, claro, pero eso está bendecido, así que no engorda.

Fue en ese momento, viendo a los dos hombres menos competentes que jamás había conocido, cuando Eva supo que tendría que hacerlo todo ella, como de costumbre. Daniel también se dio cuenta, lo vio en los ojos de su madre. Tenía la mirada de haber tomado una decisión, igual que cuando eligió abandonarlos a su padre y a él. Igual que todas aquellas veces en las que se preguntaba si era importante para ella.

—Pero ¿qué...? —Cristina se asomó por la puerta envuelta en una bata blanca—. ¡Don Manuel! —gritó y se lanzó sobre el cura—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué es esto?

—Otro caso de sonambulismo, hermana. No se preocupe que el padre está bien. —El policía alto ayudó a Cristina a levantarse—. Váyanse ustedes a descansar, que ya nos encargamos nosotros.

Las tres estuvieron de acuerdo, de todos modos no podían hacer mucho. Pero en cuanto Eva se tumbó en la cama, supo que para ella no habría más horas de sueño, así que optó por algo más productivo. Mientras Daniel trataba de luchar contra las escenas que acababa de ver, ella tecleaba en su portátil a una velocidad vertiginosa. Bajo el titular: El misterio de Tolox, pueblo de sonámbulos, comenzó a escribir las pocas pinceladas que había obtenido aquel día: todo comenzó con el accidente, cura devora un pastel, mujer destroza vajillas, hombre pasea desnudo, policía sin idea ni interés, ¿por qué sonambulismo? Y, más importante, ¿cómo? Coincidencia... No, imposible.

El despertador sonó demasiado pronto y estridente, no le había dado tiempo a aclarar prácticamente nada. Pero no quedaba más remedio, si quería mantener su tapadera debía cumplir con lo prometido: un bonito reportaje sobre los efectos curativos del balneario. Al parecer el dueño del lugar era madrugador, y había citado a Eva a una hora criminal: las siete de la mañana ¡en pleno agosto! Se quedó mirando a Daniel y al ritmo armónico de su pecho antes de cerrar el portátil. No podía dejarlo allí solo, ¿qué iba a hacer el niño en la iglesia? Seguramente la llamaría a cada rato para quejarse de que estaba asustado. Por primera vez en años, seguiría el consejo de su hermana.

Cristina había apuntado a su hijo a la escuela de verano que tenía lugar en la casa del profesor de matemáticas. La había habilitado como solía hacerlo su madre y, antes de ella, su abuela. Era el sitio perfecto para que los padres que iban al balneario encontrasen unas horas de libertad.

Daniel no protestó al levantarse ni al subirse al Seat, pero entró a la casa cabizbajo, ignorando la despedida de su madre. No llevaba mochila, solamente había tomado a su preciado Darth Vader. Al entrar, un hombre joven y robusto le revolvió el pelo para después acercarse al coche de su madre. Daniel giró sobre sí mismo y se quedó mirando un momento, se acordó de cuando era su padre el que se inclinaba sobre el coche y se asomaba por la ventanilla para besarla antes de... Sacudió la cabeza, dolía más recordar los buenos momentos que ignorarlos, y caminó por el pasillo hasta el aula improvisada.

—Debes de ser Eva, tu hermana nos habló de ti. Yo soy Óscar, encantado.

Eva le devolvió el apretón de manos.

—Esa soy yo, encantada. —Le dedicó una sonrisa frívola, si Cristina había hablado de ella no podría ser nada bueno—. ¿Y la hora de recogida...?

—Las dos —respondió Óscar con una sonrisa enorme—. Para que puedan comer en sus casas.

—¿Sería posible recogerlo un poco más tarde? Tengo unos recados que hacer.

—Sin problema —respondió y se alejó del vehículo—. Estos niños son un terremoto, no puedo dejarlos solos mucho tiempo.

—Claro, claro, pues muchas gracias, Óscar, que vaya bien el día —dijo Eva en un intento de cordialidad.

Llegar al balneario fue cuestión de minutos. En realidad podría haber ido a pie, pero no tenía ni ganas ni fuerzas. El sitio tenía su encanto. El edificio estaba tras una plaza de suelo de piedra y mesas de madera con tableros de ajedrez. Detrás se podían ver los montes que rodeaban al pueblo, las plantas secas le daban cierto aspecto lúgubre y bello al mismo tiempo. Eva inspiró profundo, olía a pureza, ¿sería ese el secreto curativo que hacía a todos acudir al minúsculo lugar? Recorrió la plaza tragándose los bostezos, pero no dio con el hombre que supuestamente la iba a esperar desde hacía diez minutos. Aburrida, se acercó a la puerta, que resultó estar entreabierta. Había escuchado que en algunos barrios la gente era tan confiada que no cerraba las entradas de sus casas. ¿Qué sabría ella? Su vida estaba limitada al asfalto y el humo.

Probablemente el dueño llegase en cualquier momento. Una pena que fuese más impaciente que correcta. Empujó la puerta sin miramientos, casi con dejadez. El interior, como era de esperar, estaba oscuro y frío. Encendió las luces con la naturalidad de quien entra en su hogar, y aprovechó para echar un vistazo rápido. La sala era enorme y monótona: paredes blancas y un montón de sillas y mesas colocadas en líneas. Había una mascarilla por puesto, conectadas a unos tubos que se introducían en la pared impoluta. Lo único que desentonaba, además del pequeño recibidor de la entrada lleno de panfletos informativos, era una estrecha escalera de caracol. Miró sobre su hombro y, viendo que seguía sola, se aventuró a subir a la segunda planta.



La escalera estaba en penumbra, por lo que tuvo que agarrarse como pudo a una barandilla intuita. Cada peldaño que subía la alejaba del olor puro y la acercaba un extraño hedor que se intensificó cuando por fin alcanzó la cumbre. En su búsqueda del interruptor, se llenó las manos de una sustancia pringosa que recorría toda la pared, pero eso no resultó un impedimento. Se arrepintió en cuanto el clic del interruptor inundó de claridad la sala. Las náuseas llegaron al instante, pero consiguió mantener el café con vodka a raya. Dio una vuelta sobre sí misma, con la boca y los ojos completamente abiertos. La habitación era igual que la planta de abajo a excepción de que las paredes se encontraban cubiertas con la misma frase en rojo una y otra vez: Fue mi culpa.

No tuvo que investigar mucho para descubrir la fuente de aquella tinta pegajosa. Justo en medio del suelo de baldosas, rompiendo con lo blanco del lugar, había un dalmata tirado, bocarriba, con las tripas esparcidas a su alrededor. Cerró el puño y se dio cuenta de que la sangre estaba caliente. En el otro extremo de la habitación, justo en el único trozo de pared que no estaba cubierto, había un hombre acurrucado. Eva lo reconoció por la melena, que le caía sobre los hombros como un trapo mugriento. La había visto antes, en un perfil de Facebook. Era el dueño del balneario. Vestía un pijama desteñido, roñoso y sangriento. Eva no se lo pensó dos veces antes de acercarse a él. No le tenía miedo, era imposible, su aspecto era tan asqueroso como vulnerable.

—¿Antonio? Antonio, ¿ha hecho usted...? —No supo qué palabras poner a aquello.

—No sé qué ha pasado... Yo no sé... —No le quedaban lágrimas, pero en la sequedad de sus ojos se atisbaba un sollozo—. Yo no quería... No, en realidad, no sé si fui yo, pero esta mañana cuando me he despertado... el perro —enterró la cabeza entre los brazos—. Siempre me quejaba de lo molesto que era... pero esta cosa tan grotesca, ¿cómo he sido capaz? Cuando esta mañana me he visto aquí... así...

—¿Dice que lo hizo dormido? ¿Sonámbulo? —preguntó Eva acuclillándose a su lado.

—No sé... Sí, creo que sí... supongo —Antonio levantó la cabeza, estaba pringoso como la pared, y tenía los ojos más rojos que las pintadas—. Pero es lo que merezco, ¿sabes? Es justo lo que debía pasar.

—¿Lo que debía pasar? —Intentó poner el tono más dulce que pudo encontrar en su impaciencia.

—Fue mi culpa...

—Al perro lo mató sin querer, ayer hubo muchos casos de sonambulismo ¡cinco! Podría haberle pasado a cualquiera. —Eva se sorprendió a sí misma con sus palabras, claro que era culpa de Antonio, había abierto a un pobre animal.

—No, lo del perro también, pero no... no me refiero a eso. No dije nada, ¿sabe? Tenía miedo de que mi negocio se fuese a la quiebra. ¡No solo mi negocio! Este balneario es el responsable de las ganancias de más de medio pueblo.

—¿Qué es lo que no dijo, Antonio? —Eva bajó la voz, creando una falsa sensación de confidencialidad—. Todavía está a tiempo de enmendar sus errores. Esto es lo que va a pasar: tarde o temprano la verdad se va a descubrir y usted va a estar implicado. Puede ser el hombre que habló tarde, o puede ser el cobarde que no habló nunca. ¿Qué prefiere? Es cosa suya, claro.

Antonio dudó. En realidad estaba de acuerdo con la periodista, la poca ética de sus actos es lo que le había llevado a cometer algo tan atroz y si se lo guardaba dentro acabaría por convertirse en un cobarde de verdad, en un monstruo. Se imaginó a Sarita, que acababa de cumplir doce años, viendo en las noticias que su padre es un inútil.

—Antonio, acabe ya con todo esto, sea un hombre libre. Será una etapa dura, no le voy a mentir, pero después de decir la verdad y enfrentarse a ella todo estará bien. Al fin y al cabo, es usted una víctima, igual que el resto. La gente le verá como eso: una víctima. Le tendrán más compasión que odio —mintió Eva, sabiendo de primera mano la fijación de la gente por una buena diana.

Antonio cerró los ojos, buscando algo de cordura. Tragó saliva, a él también le habían hecho hacer cosas horribles, era parte de las víctimas, sí, aquella mujer tenía razón. Abrió de nuevo los ojos y se enfrentó a los puntos oscuros que lo observan. De todos modos, no aguantaría mucho más con el peso de la culpa:

—Está bien —dijo en un suspiro—. Hablaré contigo, con la policía y con mi mujer también. Hablaré. Y que sea lo que Dios quiera.

—Hace usted bien, Antonio —respondió Eva con un intento de sonrisa—. Con sus palabras seguro que lograremos acabar con esta locura.

—¿Locura? Todos los casos de sonambulismo no son aleatorios. Las víctimas estuvieron antes aquí, todas ellas. Ese es el estúpido secreto, lo que me ha llevado aquí.

—¿Aquí? ¿Tratándose en el balneario?

—No hicieron el tratamiento de inhalación, eso solo lo hacen unos pocos, los de fuera sobre todo. Pero al terminar cada sesión hay que tomar un vaso de agua, viene del manantial. Es un vaso de agua normal, templada, llevamos años haciéndolo. Te lo tienes que tragar del tirón, y ya está, no hay nada especial en el proceso. Normalmente a los turistas se lo ofrecemos después del tratamiento completo, pero los del pueblo vienen de vez en cuando a por uno, siempre en ayunas. Es algo así como una limpieza. Tengo el registro, lo registro todo, y vinieron antes de los episodios, el mismo día... Pero cuando el detective preguntó si alguien podía tener alguna pista yo no dije nada, ¿sabe? Absolutamente nada. Si hubiese hablado a tiempo, quizás... Pero quería creer que no, que no era mi agua, por eso ayer me aventuré a tomarla yo también... por eso... Dios santo.

Eva lo escuchó atentamente. La posibilidad de que aquello fuese provocado por el agua tenía sentido. Pero si Antonio decía la verdad, y era algo que se hacía de forma común, entonces significaba que alguien había alterado el agua. Había algo más, algo que se quedó dando vueltas en la cabeza de Eva hasta que dijo:

—Ha dicho que calló ante las preguntas del detective —Antonio asintió a modo de respuesta—. Tenía entendido que ninguna autoridad más allá de los agentes del pueblo se habían envuelto en los casos de sonambulismo.

Antonio carraspeó, todavía tembloroso y confundido, pero la respuesta no le supuso ninguna complicación:

—No me refiero a los casos de sonambulismo, me refiero al principio... Al atropello.

—¿El hombre que salió a caminar a la autovía de madrugada? ¿También bebió del agua? —Antonio volvió a asentir, y Eva también lo hizo—. Claro, eso no podía haber sido también una coincidencia —murmuró casi para sí.

Eva tenía mil cosas en las que pensar, y al mismo tiempo quería seguir preguntando. Sin embargo, eso sería tentar demasiado a la suerte. Tomó la decisión de hacer lo correcto, o lo que la mayoría consideraría correcto, y llamó a los policías y a una ambulancia para que se encargaran. Le supuso lidiar con la tediosa tarea de dar testimonio y de asentir ante las estúpidas y nada concluyentes especulaciones de la pareja de policías. Lo bueno era que analizarían el resto de agua que Antonio había bebido esa noche, eso podría suponer un avance. Incluso así, le dio tiempo a llegar a la improvisada escuela para recoger a su hijo. Eva supo que algo andaba mal cuando Daniel no luchó por el asiento delantero, simplemente se sentó detrás, cabizbajo y pegado a la puerta.

—¿Qué te pasa, campeón? —preguntó nada más arrancar el coche—. ¿Es por lo de anoche? —Daniel negó, aunque en parte la escena todavía le atormentaba.

Desde detrás, su madre parecía más pequeña. Era de hombros estrechos y no demasiado alta. Los tatuajes eran lo único que le daban algo de poder, le gustaba, sobre todo cuando sus amigos se quedaban pasmados mirándola. Una vez un compañero de clase le dijo que parecía una villana y, aunque al principio se enfadó, acabó por coincidir. Sí, era una villana, y los villanos eran los mejores personajes de cualquier película. No tenía que temerle al convento ni a aquel cura devora tartas, ella estaba allí para protegerlo.

—Entonces, ¿qué pasa? —insistió—. ¿No te gusta Óscar? ¿Tus compañeros?

—No es eso, son simpáticos... es que... Óscar es guay, pero no le ha gustado mi Darth Vader y me lo ha quitado —lloriqueó.

—Eso es porque siempre que juegas con él te vuelves muy agresivo, ¿te acuerdas cuando casi me das en el ojo?

—¡Fue sin querer!  
—Claro que sí, pero, ¿a qué no estuvo bien? —preguntó tratando de sonar cariñosa.  
—No... —admitió a regañadientes.  
—¿Y eso que llevas en la mano? —dijo al percatarse del folio a través del espejo.  
—Ah... Esto, el profe nos ha dicho que teníamos que hacer unos deberes.

Eva bufó, ¿deberes?, ¿en un curso de verano? Todos saben que en los cursos de verano solo se juega y se dibuja.

—¿Qué tienes que hacer? —preguntó con un fingido interés que le levantó los ánimos a su hijo.

—Inventar un superhéroe que lucha contra el mal.

—Vaya, eso está bien. ¿Qué tal super fuerza? Te encanta Hulk.

—No, no —negó rápidamente—. El profe nos ha dicho que tiene que ser algo más profundo.

—¿Profundo? ¿Un superhéroe? —Volvió a bufar, ese Óscar era un pedante.

—Sí, algo como... El poder de la verdad. Eso ha dicho.

—¿Decir siempre la verdad y esas cosas? ¿Qué más? ¿Hacer la cama? ¿Lavarte bien los dientes? —Escupió una carcajada sarcástica—. Mira, ya estamos llegando.

—Mamá, ¿y si le pongo el poder de no tener secretos?

Pero Eva no lo escuchó, en su cabeza se acababan de conectar dos ideas. Lavarse los dientes. Agua. Verdad. El análisis del agua. Habían sido muchas las víctimas, por lo que tenía entendido, doce en total. ¿Doce personas que habían pasado por el hospital y a ninguna le habían analizado la sangre para ver la fuente de los extraños comportamientos? Volvió a introducir la llave y arrancó el motor. Sin ni siquiera ponerse el cinturón, o esperar a que su hijo lo hiciera, salió del aparcamiento a una velocidad que sin duda no estaba permitida en las calles estrechas y con pendiente como aquella.

—Mamá... —dijo Daniel asustado y se agarró con fuerza al reposabrazos.

—Calla, por favor, tu madre está ocupada ahora mismo. ¿Por qué no sigues con tus deberes? ¿Eh?

El niño asintió, obediente. Si ella estaba segura de lo que hacía, él también. Relajó el cuerpo y comenzó a buscar el tipo de superhéroe que debía crear. Llegaron al destino sin que Daniel tuviese tiempo de terminar la tarea. Iba a bajarse del coche, pero su madre le dijo que se quedase dentro, que no tardaría mucho. La persona a la que Eva buscaba se encontraba bebiendo de un vaso desechable en uno de los escalones que llevaban a la entrada.

Daniel se quedó solo, tarareaba una canción que apenas recordaba. Se asomó con discreción por la ventanilla, y descubrió a su madre gritando a un policía alto con un bigote bastante peculiar. El agente, que era mayor, no parecía demasiado fuerte, quizás por lo encorvado que estaba, o por lo intimidado que parecía frente a su madre. Le sonaba, lo había visto antes, la noche anterior. Sin embargo, en ese momento no era capaz de recordarlo. Estiró lentamente el brazo, como si hubiese cobrado vida propia, y apretó el pequeño botón lo justo como para bajar un poco el cristal. Tuvo que pegarse a la puerta, pero logró que los murmullos lejanos tomasen forma de palabras.

—¡Encima tienes la cara de decirme que me equivoco! ¡Pues ahora mismo voy a informar a las autoridades, a las de verdad! ¡Que lo sepa! A no ser que me digas todo lo que sabes, claro...

Daniel sonrió, eso lo conocía: chantaje. Su padre siempre se lo gritaba a Eva. Lo escribió rápidamente en el folio, sabía exactamente cómo iba a terminar los deberes.

—Tienes que entenderlo, podría haber destruido al pueblo. Mira la poca gente que hay, ¡y eso que es una estúpida historia de fantasmas! Imagina cuando se enteren de que es cierto, de que no son solo rumores, que hay una persona despreciable que se pasea por aquí.

—Tenéis muy poca visión —reprochó Eva—. ¿Poca gente? ¿Acaso no sabes lo podrido que está el mundo? ¡Les va a encantar! Van a hacer cola para poder hacer un *tour* por los sitios que visitaba el asesino.

—Espera, espera. ¿Has dicho asesino? Aquí no hay ningún asesino. —Se apresuró a decir en un tono ofendido que crispó los nervios de la periodista.

—El hombre de la autovía, justo antes del resto de los casos, ¿no hay autopsia?

—No, la familia es muy religiosa y... Espera, espera —repitió, compungido—. ¿Fue víctima de las drogas?

—Probablemente —respondió Eva, pasmada ante la ineptitud del hombre, y casi sin darse cuenta adoptó el tono que utilizaba cuando tenía que explicarle algo a su hijo—. ¿Entonces acabas de admitir que había droga en el agua? ¿Y que tanto ustedes como el personal que llevó a cabo el análisis ocultaron la información? Más le vale contármelo todo, antes de que descubra por mi cuenta los detalles y su nombre corone mi reportaje.

—Bueno... No hay que ponerse así —soltó una risita nerviosa y bajó el tono—. Está bien, sí, identificamos la sustancia y llegamos a la conclusión de que podría estar relacionado con el balneario. El agua del manantial no estaba intoxicada, solo encontramos droga en los vasos. Dios... —Se revolvió el cabello—. Logramos llevar esto tan bien... Ni siquiera Antonio se dio cuenta, y ahora...

—Droga —retomó Eva, impaciente y casi a gritos—. Tienes que ser más específico o nos van a dar las tantas.

—Escopolamina —aclaró el policía, rascándose el bigote en gesto de incomodidad—. Ha habido muchos casos estos años, los ladrones la usan para drogar a las víctimas y que le entreguen sus pertenencias sin llegar a la fuerza.

—Burundanga —dijo ella. El agente asintió—. Entonces me decís que hay una persona o varias que se dedican a introducir burundanga en los vasos del balneario para que la gente del pueblo haga cosas extrañas por la noche. Cosas sin ningún sentido como salir a dar un paseo por la autovía...

Daniel cerró la ventana. Una gota de sudor le resbaló hasta la barbilla. Se debatió si callar o no, ¿debía decirle la verdad a su madre? Decir la verdad era lo correcto, sí, eso les había dicho Óscar. Además, quizás ayudaría a completar su misión, y eso significaba más tiempo con ella. Podrían ir a por helados, ¡o incluso jugar al dominó!

Cuando Eva entró en el coche, tuvo que tomarse unos segundos para reposar la información. ¿Quién estaba detrás de todo aquello? ¿Qué sentido tenía? La única conclusión a la que llegó fue el asesinato, aquel atropello desencadenó el resto de los casos. Puede que el asesino tuviera

algo personal con el hombre, sería lo mejor hablar con la gente cercana a la víctima y desde ahí seguir investigando. Al fin y al cabo, era un pueblo pequeño, demasiado pequeño como para que un criminal permaneciera en la sombra demasiado tiempo.

—No fue sin ningún sentido —dijo Daniel al fin.

—¿Qué? —Las palabras de su hijo le sonaron a un murmullo mientras buscaba su cantimplora—. ¿Sigues con los deberes?

—El hombre de la autovía, Jose Luis.

—¿Estabas escuchando? —No había reproche en su voz, solo sorpresa.

—Sí...

Eva paró en seco, y dejó los espejos a medio colocar:

—¿Qué sabes tú de eso?

—Yo... nada, pero hoy en clase me han contado muchas cosas.

Muchas cosas. Eva se desabrochó el cinturón que acababa de colocarse y, en una extraña maniobra, logró pasar a los asientos traseros. Se sentó junto a su hijo y lo miró a los ojos, que parecían más claros que nunca. Solía pasarle cuando estaba a punto de llorar, el azul se volvía más azul.

—Vale, campeón, necesito que me expliques. —Le tomó las manos para tranquilizarlo, una escenita de llantos solo consumiría tiempo—. Y si es algún tipo de broma no tiene ninguna gracia. Es un tema serio.

—Lo sé —dijo Daniel y apretó las manos de su madre—. Por eso te lo cuento. —Tomó una respiración profunda—: En clase Ana me dijo que su madre le dijo que...

—¿Y Ana es? —Eva lo interrumpió.

—La hija de Jose Luis. Y su madre, la esposa de Jose Luis, que ahora dicen que es viuda.

—Vale, venga, sigue.

Daniel asintió efusivo, feliz. Le gustaba sentirse escuchado, visto:



—Ana lloraba, así que fui a consolarla —Daniel sentía que tenía que justificarse—. Tú siempre le preguntas a las personas todo para que se sientan mejor, y yo pensé que si lo hacía ella dejaría de llorar. —Eva no quiso llevarle la contraria, pero en el fondo sabía que sus intenciones eran muy diferentes—. Me contó que su padre nunca estaba en casa y que siempre decía que se iba a ir, que un día desaparecería y no lo volverían a ver. La mamá de Ana dijo que lo de la autovía no fue un accidente, que Jose Luis quiso irse y ya está, que era hora de dejarlo descansar en paz.

—Entonces... —intentó aclarar— Jose Luis quería irse...

—Sí —respondió Daniel sin saber que su madre pensaba en voz alta.

—Y el cura estaba a dieta, pero se comió una tarta... —dijo Eva y un escalofrío recorrió la espalda del niño al recordar la escena—. Antonio... Antonio dijo que el perro le había estado molestando.

—¿Qué?

—Creo que empiezo a entender lo que pasa —dijo Eva con una sonrisa—. Aunque claro, ahora me queda descubrir a la jodida persona que ha hecho todo...

Aunque Daniel no entendía mucho el avance, supo de su importancia cuando vio el buen humor que había inundado a su madre. Esa tarde fueron juntos a merendar al pueblo. Eva parecía más relajada que nunca, como sucedía tras pequeñas victorias. Lo malo vendría cuando resolviese el caso, ahí llegaría de nuevo el vacío. Por eso estaba dispuesta a disfrutar ese día al máximo. Por la noche no necesitó ninguna clase de sustancia, y a la mañana siguiente, dejó al niño dos horas más tarde en la casa de Óscar, para poder desayunar con él en el parque de al lado. Una vez que dejó a Daniel, volvió a las andadas. Se pasó la mañana entera preguntando a la gente sobre las víctimas, en los establecimientos y fuera de ellos. Lo hacía como si nada, mientras compraba un kilo de higos o buscaba un cactus que supuestamente necesitaba. Quería ver a alguien dudar, alguna pista de conformismo con la situación, incluso de felicidad con lo ocurrido. Un pequeño cabo suelto.

Le dolían los pies cuando el teléfono comenzó a sonar. Era Óscar. El intercambio de números había sido cosa de Cristina, claro, que como buena hermana siempre estaba metida en todo. El profesor no le dio ninguna pista de lo que ocurría, solo le dijo que Daniel tenía un

comportamiento cuestionable, y que creía conveniente tener una conversación cara a cara sobre el tema. Era ridículo. ¿Qué sabría ese hombre de su hijo, si solo lo había visto un par de días? Sin embargo, no supo poner una excusa a tiempo, y acabó por comprometerse a asistir a una reunión improvisada.

Los adultos bebían café en el salón, mientras que Daniel esperaba, aburrido y solo en una de las mesas de la terraza. Eva echó un vistazo rápido a la habitación: paredes blancas, al igual que en todo el pueblo; muebles de madera viejos, manteles de crochet y estampillas de alguna virgen que no conocía colocadas por doquier.

—¿Era esta la casa de tu abuela? —preguntó Eva casi sin querer.

—Sí —dijo Óscar, con una seriedad escalofriante—. Vamos a lo importante, por favor.

Eva arqueó las cejas, pero Óscar no añadió nada más, simplemente dejó un papel sobre la mesa:

*Mi supereroe favorito no es un superroeo, es una villana. Se llama chantage, y es capaz de conseguir que todos los superéroes del mundo y del universo y de la galasia digan secretos y así no ay mentiras y siempre berda.*

—Definitivamente mi hijo tiene un problema con la ortografía —admitió—, ¿pero no es normal a su edad? Mire —señaló el folio, orgullosa—. El punto está bien colocado.

—Ese no es el problema —dijo y sirvió más café en las tazas—. El problema es que este ejercicio trata sobre crear un superhéroe. Ayer hablamos sobre la importancia de la verdad y de ser fiel a uno mismo, a unos valores.

—Ya... Creo que de su abuela no se ha llevado solo la casa —bromeó Eva y se ganó una mirada fulminante—. Vale, vale, mire aquí dice que siempre habrá verdad, que nadie tiene secretos, ¿no es eso lo que le enseñaste? —Comenzaba a sentirse algo mareada.

—Les enseñé eso, pero no así. La gente que busca la verdad no es villana, es la esperanza del mundo. Cuando le pregunté a Daniel por qué una villana, me dijo que era por ti, por su madre.

—Si es que... —se tuvo que inclinar hacia delante para buscar estabilidad—. Soy un poco villana, sí. —Quería romper la tensión con

algo de humor, pero su cerebro no le respondía—. Creo que no me encuentro muy bien...

—¿Sabes? El café es muy oscuro, enturbia lo transparente de la agua —Eva cada vez veía más borroso, oía más lejano—. Es la primera vez que utilizo café, pero ahora no me arrepiento, es por un bien mayor. El agua da verdad, limpieza y futuro. Esto... —Óscar zarandeo la taza llena—. Esto es algo así como castigo, sí, es un castigo. No te preocupes, mañana no te acordarás de nada.

Eva se resbaló en el sofá, ahora manchado de café. La taza se rompió y los pedazos le regalaron rasguños, mientras ella perdía la consciencia. Se sentía en brazos del destino, de lo marcado. No le importaba nada, a excepción del suelo de moqueta, que resultaba extrañamente cómodo.

—Entonces dime, Eva... ¿Cuál es tu secreto más profundo? ¿Tu deseo más oscuro? —Aquella voz suave le acarició el cerebro y le hizo estremecer—. ¿Qué es eso que deseas más que nada? Sácalo, sácalo y vacía todo el mal de tu cuerpo, vuélvete pura como el agua recién nacida.

Eva balbuceó, pero las palabras no salían. Estaban atascadas en la garganta. Óscar dijo:

—Venga, Eva, dime, está ahí, lo sabes. Sácalo.

—Yo... —Eva logró decir—. Yo le odio... le odio desde que lo vi por primera vez.

—¿A quién odias Eva?

—A mi hijo —confesó con los dientes apretados—. Él me... me... mi libertad, me la quitó.

—Ya veo. —La sombra dio vueltas alrededor de Eva haciendo que la confusión aumentase—. Cumple tu deseo más oculto —susurró acucillado a su lado—. Cúrate de tus males, acaba con él. Ahora vas a levantarte, vas a ir a casa con tu niño. Y allí, vas a acabar con todos tus problemas. Mata a tu hijo y líbrate del demonio.

Eva asintió despacio y aprovechó los últimos segundos de conciencia propia para girar el cuello y ver al producto de sus entrañas,

sentado junto a un limonero. Sonrió, se iba a hacer de oro con aquel reportaje.





# Los rapaces

DANIELA VICCO MARTINEZ

CASANDRA. —Por solo una vez más, quiero decir unas palabras o un fúnebre canto por mí misma: ante esta luz del sol, la última que veo, ruego a mis vengadores que hagan pagar a la vez su pena a mis asesinos por esta esclava muerta, por este crimen fácil.  
—Esquilo, *Agamenón*.

## 1

La mosca se frota las patas delanteras con fruición. La cabecita nerviosa y el centenar de ojos alternan la vigilancia con un moderado extravío. Come aprisa, todo lo que puede, más de lo que puede. El cuerpo negro, peludo y brillante está recubierto hasta la mitad por la sustancia amarilla, aunque no lo suficiente como para impedirle escapar.

El riesgo está medido porque la ley de depredadores no descansa.

La muchacha intenta no moverse, fascinada por la prueba concreta de que en ese preciso momento existe una felicidad. Tentada, se imagina a sí misma deslizada hacia una ebriedad dulce y desbordante, aunque ella propiamente no sabría, ella no sabe todavía cómo armonizar una cuota de gozo con la sospecha sobre todas las cosas...

El estruendo del golpe del periódico sobre la lustrosa mesa de roble desprendió a Lucía de su minúscula concentración. Mucho antes que ella, la mosca ya había esquivado el golpe y alzado vuelo. Las huidas felices siempre son un pequeño reducto para la alegría, pensó Lucía alzando los ojos en un gesto desde una ligera revancha.

—¡Lucía, no seas asquerosa! Y ahora, mirá cómo leo el diario... — Su padre, levemente acalorado por el golpe fallido y un ceñido nudo de corbata, sostenía el periódico manchado de mantequilla—. Rita.

Jorge Aníbal Zambrano apenas necesita pronunciar los nombres. La empleada apareció al instante.

Lucía está acostumbrada a la omnipresencia de Rita; como un mago, como dios, Rita se las arregla para estar en todas partes, y lo está, de hecho, en todos sus recuerdos felices.

Con un paño seco la mujer remeda unas sacudidas sobre la mesa, mientras le lanza a la muchacha una tierna reprensión con la mirada. Son apenas las 8 de la mañana, y Lucía ya puede despegarse la camiseta de la espalda. Cualquier movimiento desprende una estela de calor, como la huella digital de un infierno privado.

—¿No deberías estar en el colegio, vos?

Las hojas del periódico extendidas recortan el perfil aguileño de Aníbal. Él no vuelve la cabeza, pero aun así Lucía se siente intensamente observada.

—Me siento indispuesta... cosa de mujeres.

Sin volverse, el anciano deja escapar unos reverberos de una tos incómoda y la muchacha se arrellana del otro lado de esa incomodidad como en un territorio propio. Nadie en esa casa ha podido reacomodarse a su repentina metamorfosis, de inocua mascota familiar a mujer adolescente. Toda ella, todavía es un punto ciego, imprevisible y palpitante, lo único realmente vivo que contabilizaría en esa casa el balance de pisos relucientes y palabras de compromiso.

Lucía ha faltado deliberadamente al colegio, porque no soporta los desaires y las miradas cargadas de reproche que comenzaron a hacerles eco a los titulares de los medios. Sus compañeros de clase la llaman con sorna, «la hija del repostero».

A comienzos de ese año, ella había insistido en cambiar de instituto desertando de las filas del exclusivo colegio tradicional en el que habían estudiado todos sus hermanos, todos sus parientes y todos sus vecinos. Estaba cansada de la misma gente, en el club, en la misa, en los almuerzos. Los reconocería, de todas maneras, en cualquier parte: el tono comedido, la ropa impecable de factura extranjera, y una enigmática distancia, casi sacramental, entre sus acciones y sus pensamientos. En comparación, el bullicio y el desorden del nuevo instituto se le antojó una desidia saludable que le aflojaba un invisible cordón umbilical



enroscado al cuello. Y ahora es el grupo de jóvenes desenfadados, todavía inalcanzable, quien la mira a ella de la misma forma.

—¿Le sirvo el café, señora Silvia?

Su madre acababa de entrar al comedor. Asiente con gravedad a Rita como si aquello le insumiera todas sus energías. Acarrea consigo una belleza dismantelada prematuramente por intervenciones estéticas, casi como para desarmar un rompecabezas del cual tener que ocuparse. Recibe un beso desganado de su hija en la mejilla.

Una multitud para un desayuno, piensa Lucía con indolencia. Dirige su mirada hacia la terraza, hacia los racimos que la enorme ceiba eleva y desparrama por sobre el borde de la barandilla. Como unos brazos petrificados en un último gesto ritual, el centenario árbol deja rendidas hacia la casa sus inverosímiles flores blancas, blandas e indefensas. Una exuberancia ridícula erguida hacia el lado equivocado. No deshojarán sobre la tierra, se lamenta Lucía, y la delicada tela de las flores rotas terminará en algún cubo de basura, como los deshechos cenicientos de una boda trunca. Suspira y se unta largamente las pupilas con el verde profundo con que las primeras lluvias han encendido la ladera boscosa del cerro cercano. Desde el comedor, a través de la terraza, puede ver cómo una coda de la reserva natural, que es al mismo tiempo el límite de la exclusiva urbanización en la que viven, les cierra la vista en un abrazo demasiado sofocante.

La mosca revolotea alrededor de Silvia.

—Esto parece un chiquero —musita Silvia con resignación—. Cerré el balcón, Rita, por favor, y prendé el aire acondicionado que no se puede respirar.

Lucía se adelanta y espanta la mosca hacia el exterior, mientras desliza la pesada puerta corrediza de vidrio que separa el comedor de la terraza, evitándole a Rita el solazo que comienza a pegar de frente. Cuando vuelve a sentarse encuentra, en el periódico sobre la mesa, el mismo dedo acusador del que venía escapando. Se detiene unos minutos en la nota a doble página:

## **«PADRE DE TURISTA ASESINADA RECLAMA JUSTICIA**

Simon Laurent, el padre de Juliette Laurent, la turista francesa asesinada en la Reserva de Santa María en diciembre del año pasado, encabezó el día de ayer una manifestación frente al Palacio de Justicia. El padre de la occisa declaró a nuestro cronista que «cerraron el caso por otras razones» y «que no hay voluntad de encontrar al culpable». El archivo de las actuaciones, avalado por la sentencia del Juez de Casación en lo Penal, Jorge Aníbal Zambrano, por falta de pruebas relevantes...»

Observa con detenimiento la foto de los manifestantes que acompaña la nota. La figura de Laurent resalta de entre los lugareños de piel cetrina no sólo por su blancura, sino por su transparencia. Su rostro parecía el de un fantasma desconcertado que no ha logrado desaparecer del todo y se ve arrastrado por el torrente de una furia demasiado real. Lucía mira y vuelve a mirar, maravillada. Ella aún no había conocido un amor así, tan profundo que, arrebatado, dejara solo el residuo de un hombre. Se preguntó cómo reaccionaría su padre si a ella le ocurriera algo, pero no pudo contestárselo.

—Papá, ¿es verdad lo que dicen aquí?

La mano con la que el juez sostenía la taza del café se detiene a medio camino de su boca. Devuelve la taza intacta al platillo, lenta y concienzudamente, como a un mallette de porcelana. Lucía creyó ver en su rostro una delicada congestión rosa.

—¡No digás pavadas, Lucía! ¡Esos son puros alborotadores! —intervino su madre, locuaz y repentina—. Están todos pagados y muestran solo lo que les conviene...

—Señor... —La voz de Rita repuso la nota en la escala de la normalidad.

Detrás de ella venía el señor gobernador de la provincia.

—Buenos días, disculpen la interrupción, vengo de camino a la oficina —El joven esbelto de impecable traje de factura extranjera se acerca a la cabecera de la mesa—. Hola, papá —Asiente con la cabeza hacia el costado—. Silvia.

Lucía buscó las suturas de satisfacción en el rostro de su padre, recomponiéndose frente a un espejo familiar que lo deja conforme.

—Hola —dice el padre, inmutable—. ¿Qué ha pasado?

El señor gobernador se inclina hacia el oído del juez y le susurra unas palabras.

—Te espera en el estudio. Es más privado acá —terminó de decir, incorporándose.

## 2

Lucía bosteza. Ya nadie le prestaba atención, mejor quedarse en la terraza de su dormitorio actualizando Instagram. Antes de dejar el comedor, alcanza a escuchar la ronca gravedad en la voz de Rita, tan ajena a su docilidad, y que aparecía en sus palabras cada vez que se refería a su hijo: «Acuérdese, Don Jorge, del traslado del Marito que está para la firma...».

Se dirige a su dormitorio por el camino más largo, tomando el rodeo circular de la escalera marmolada y que conducía también al estudio de su padre. Mira distraídamente en esa dirección. A través del vano de la puerta, una mano masculina amansaba una pierna que repiqueteaba silenciosa sobre el parqué. De refilón Lucía alcanza a ver la figura completa y a reconocer a su vecino, Esteban Etchegoyen. Era el dueño de la finca no muy lejos de la suya, en donde se rumoreaba que Pablo Etchegoyen, su hijo, había celebrado una fiesta a la que habría asistido la turista asesinada.

Lucía retoma las escaleras, ahora sí directo a su habitación, todavía más abatida que si hubiera ido a clases; una multitud de voces se

superponían dentro de su cabeza. Sabía que su padre tenía intenciones de renunciar a la carrera judicial a fines de ese año para presentarse como candidato a senador por el partido que lideraba Etchegoyen. Aspiraba a retirarse con una buena reputación, sin lastres problemáticos.

*Cabos cerrados, casos resueltos*, solía decir su padre.

*La hija del repostero*, la llamaban sus compañeros del colegio: chicas muertas como las frutillas de una tarta.

### 3

La casa estaba vacía con la excepción de Rita. A Lucía le gustaba recorrerla entonces y abrir otras persianas que las de su dormitorio y recuperar con su binocular preciosos ángulos de visión de la reserva, para el avistamiento de aves. O simplemente vagar sin rumbo por las espaciosas habitaciones y acariciar los valiosos objetos que decoraban el mobiliario y empecinarse en rincones insólitos desde donde improvisar un escenario y una trama que por fin la tuviera como centro.

Se dirigió sin proponérselo hacia el estudio en donde antes había visto a Etchegoyen, acaso más por la inercia reciente de sus pasos, que por la ingeniería de una maquinaria profunda que apretaba su curiosidad como a un engranaje nefasto.

Se distrajo en los reflejos iridiscentes de la luz de la mañana, refractados a través de las vetas de un pesado cenicero de cuarzo, antes de acometer su verdadero objetivo: el formidable escritorio de ébano. Siempre bajo llave, el macizo mueble la provocaba bajo el signo de la prohibición y del secreto. Debió buscar la llave escondida en la base del reloj de la chimenea. Su padre, como hombre de costumbres férreas, dejaba la llave siempre en el mismo lugar. A lo largo de los años, Lucía había asaltado el mueble muchas veces. No encontró nunca nada más que papeles, y como a ella los papeles la aburrían, de inmediato volvía a cerrar diligentemente los cajones: abrirlos era sólo una constatación exitosa de su desobediencia. Pero esta vez, al abrir de un tirón el último cajón, el más pesado, Lucía se quedó atónita.

Por sobre una pila de papeles, dentro de una bolsa hermética de plástico transparente, había dos zapatillas. Blancas. Usadas. El golpe de vista retuvo la marca comercial que no conocía —*Aéropostale*— y que sonaba a francés. Cerró el cajón de forma abrupta impulsada por un

reflejo instintivo; sin saber por qué, Lucía tuvo miedo, las manos le temblaban y el corazón le palpitaba con prisa.

Una forma humana había sido convocada de entre la muda indiferencia de las cosas.

Luego de unos segundos, volvió a abrir el cajón; esta vez con cuidado, como si fuera la puerta de una cripta.

4

*«Además, de las heridas y escoriaciones de las manos, en los brazos, y particularmente en su parte anterior, encima de la muñeca, se encuentran varias equimosis superpuestas, dirigidas transversalmente y resultantes de una presión violenta ejercida en los miembros superiores. Los tegumentos no están invadidos por putrefacción, aunque los ojos y las mucosas expuestas de la zona bucal y anal, aparecen parcialmente devorados, presuntamente, por animales de la zona...»*

Los dedos de Lucía tropiezan entre sí en el teclado del ordenador, al transcribir los tecnicismos de la autopsia. El lenguaje científico de la violencia se superponía en su cabeza sobre otro lenguaje, entumecido; la historia permanentemente repetida, actualizada de cuando en cuando con nuevos nombres, como *remakes* de clase B, infinitamente monótonos: *«...apareció una joven, violada y asesinada...»*. Ha fotografiado con su móvil el informe, y busca ahora en Google, en la soledad de su dormitorio, los significados de palabras que no alcanza a comprender. Las lágrimas no le dejan ver la pantalla. Se arrepiente de haber despegado la bolsa de las zapatillas. Las había alzado para verlas en detalle, como lo hizo antes con el cenicero, y las examinó con detenimiento: la leve deformación del borde interno de la horma, un desgaste de la suela en la parte del talón, eran las huellas concretas del peso del cuerpo de la turista francesa y la habían resucitado de la letra de los expedientes. Para peor, por un instinto irreflexivo, Lucía había llegado aún más lejos. Las había olido. El penetrante olor ocre y ácido, con un dejo de apagado sudor, le hizo recordar instantáneamente lo leído alguna vez, la química particular de los cuerpos de los animales en los mataderos, asociada a su forma de morir: el miedo hiede. Lucía no podía calcular cuánto de lo que allí quedaba, dentro de la zapatilla, era el aroma de Juliette o era el terror de Juliette.

Había vuelto a dejar las cosas en el cajón, tal como las había encontrado y había corrido a su habitación. Pasados unos minutos, había vomitado el desayuno. Después de un rato, igual seguía sintiéndose revuelta.

Sabía que esa era una náusea distinta de la que no podría desprenderse tan fácilmente.

5

—¿Qué te pasa, mamita? ¿Te sentís mal? —Rita había entrado a su dormitorio y miraba a Lucía con aire preocupado.

Le pasa la mano pesada y cálida por el cabello de la muchacha.

—Estoy mal del estómago.

—Estás pálida, te voy a hacer una manzanilla. Quedate recostada nomás, que ya te la traigo.

Lucía hubiera querido contarle lo que había descubierto. A Rita o a cualquiera, porque llevar un muerto a costas pesa demasiado, pero todavía no sabía qué hacer con eso. Sentía que Juliette le había hecho una confidencia a ella sola. No había hecho falta navegar mucho en internet. Eran abundantes los comunicados de prensa sobre el caso, las declaraciones de baqueanos y testigos, las denuncias del padre. Fácilmente, hasta una inexperta adolescente podría detectar dos contradicciones fundamentales. La primera, la autopsia judicial que sustentaba públicamente el caso, precisaba la fecha del deceso el sábado 7 de diciembre, el día siguiente a la desaparición de Juliette y cuatro días antes de que el cuerpo fuera encontrado. Pero el informe que Lucía había visto en el estudio de su padre determinaba la fecha de la muerte tres días después, el martes 10, un día antes del hallazgo. En segundo lugar, el cadáver, decían, había sido hallado descalzo. Si lo que descubrió Lucía eran pruebas verdaderas, significaba que se había falseado una autopsia y se había ocultado evidencia. De ser auténticas, sería cierto lo que denunciaban los familiares: Juliette estuvo viva y secuestrada el tiempo entre su desaparición y su muerte, y luego su cuerpo fue depositado en una falsa escena del crimen. El cuerpo fue encontrado en las cercanías de

un barranco cercano a un desvío del sendero turístico de la reserva, lindero a su urbanización, aunque ella había podido observar que las zapatillas no ostentaban lodo ni malezas ni rastro alguno de haber soportado una travesía selvática.

En su dormitorio, Lucía se sintió encerrada en un vaho de aire enrarecido. Decide no esperar a Rita y se dirige a la cocina en busca de su té y de aire fresco.

6

Rita no estaba sola. Al aproximarse a la cocina, Lucía oye su cuchicheo con una voz masculina. Cuando entró, creyó que se desmayaría: el hombre que estaba con Rita vestía uniforme de oficial de policía. Se le cruzaron mil cosas en la cabeza. *¿Lo habría enviado Juliette?*

Al verla, el uniformado deja rápidamente el vaso que había estado tomando, lo pone detrás suyo y casi por reflejo se calza la gorra, como corriendo una cortina detrás de la cual desaparecer.

—Pero mirate la cara que tenés, te dije que me esperaras. —Como un autómatas, Rita interrumpió lo que fuera que estuviera haciendo y se puso a preparar el té.

—¿Lucía? —El hombre volvía a quitarse la gorra en gesto interrogativo.

Lucía lo mira con más detenimiento, extrañada. Tenía la tez como la de Rita y la cabeza prolijamente rapada, enmelenado solo en la parte superior de la cabeza. Era delgado y de contextura pequeña y se movía con algo del nerviosismo alerta de los pájaros.

—¡Pero si es el Ñato! ¿No lo reconocés? —intervino Rita, divertida.

Efectivamente, Lucía reconoce la nariz del hombre, demasiado pequeña y redonda en contraste con el agudo recorte de los pómulos y la quijada lampiña. Era Mario, el hijo de Rita. Habían jugado juntos de niños, en las horas muertas de la siesta, cuando aún a Rita le permitían que lo trajera consigo a trabajar.

—¡No te reconocí, guacha! ¡Estás hecha una señorita! —Apreciaba a sus anchas el Ñato, mientras sujetaba a Lucía por el hombro.

—¡Ah, sí! Mario, tanto tiempo... ¿Cómo estás? —dijo Lucía, con falsa desaprensión—. ¿Qué hacés por acá?

—Bien, bien, che... aquí, haciendo tiempo esperando a tu viejo.

La confianza del hombre se desborda como un vientre voluminoso, liberado repentinamente de su cinturón. Ahora sí, el Ñato no tiene pudor en dejar al descubierto el vaso y la botella, un oportuno añejo de la estantería del salón.

En un instante, Lucía recuperó aquellos tiempos dilatados de la soledad de su infancia. Siendo sus hermanos adultos, Mario fue por un breve período lo más cercano a un compañero de juegos. Aunque menor que él, ella asumía estoicamente la responsabilidad y los castigos por las cosas desaparecidas y los destrozos de sus chiquilladas, como el pacto tácito de su amistad. En ese momento, en la cocina, la naturalidad de ese pacto se le volvió dolorosamente visible.

—Así que ahora sos... policía —Lucía lo observaba, *quién lo hubiera dicho*, a través de la taza de té.

—Recién salido de la escuela de cadetes —dijo sin emoción—. Ahora quiero curtirme en la calle ahora, pero en una dependencia del centro. Si no, terminás de secretaria pue, en una oficina del interior del ojete donde nunca pasa nada. No vas a estudiar pue, para servirle el mate y hacerle los mandados al flojo de tu superior.

—Sí, claro.

—Vengo a pedirle el favorcito a Don Aníbal. Para él es un vuelto.

—Vos ya te estás pasando —interrumpe Rita retirando la botella de licor de la mesada.

—Bueno, Mario, qué bueno verte. Ojalá te salga, esto... —Lucía piensa a toda prisa—. Y ahora que nos vimos, ¿por qué no me pasás tu número, así te agrego al wasap? Nunca se sabe, quizás más adelante podría necesitar tener el contacto de un policía.



Más adelante esa misma semana, una íntima celebración por la definición de la interna partidaria estaba programada en la finca del senador Etchegoyen, a solo a unos quinientos metros de distancia de la casa de Lucía. Ella debía asistir para no desaparecer el pleno de la familia que sería fotografiada en previsión de la futura campaña electoral de su padre.

Para Lucía las fotos no eran nada nuevo. Las *revistas del corazón* la fotografiaban desde su nacimiento, de sus primeros pasos hasta su baile de quince años, cada vez que las «notas de color humano» fueron necesarias como contrapeso al inverosímil imperio que en los sondeos de la opinión pública, alejaba a los Zambrano de cualquier posible identificación con sus electores.

Lucía decidió que aprovecharía la oportunidad para dos cosas importantes: la primera, observar de cerca al hijo del senador, Pablo Etchegoyen, alrededor del cual también comenzaba a gestarse una incipiente carrera política; y en segundo lugar, para examinar el interior de la casa, en donde las versiones extraoficiales ubicaban a Juliette antes de su desaparición.

El día del evento, Lucía y sus padres llegan temprano y de primeros a la residencia Etchegoyen. La muchacha aprovecha para recorrerla ligeramente y hacer un inventario de posibles escondites, pero se extravía entre las numerosas habitaciones y las múltiples salidas al exterior, entre los departamentos enteros y apartados (algunos para invitados, otros para la servidumbre), las escaleras incomunicadas, las chimeneas del tamaño de un armario y los baños del tamaño monoambiente. Oportunidades interminables para la clandestinidad y el secreto, se dijo a sí misma, desalentada. Debió obligarse a rectificar sus expectativas: evidentemente no encontraría el típico rincón húmedo y siniestro que la imaginación, solícita, le reclamaba. La mansión era similar a la suya, pero la opulencia nunca fue para Lucía una cámara de torturas prototípica. De verlo todo no supo a dónde mirar.

Sus seis hermanos, hijos del primer matrimonio de su padre, llegan con sus respectivas parejas, de forma lenta e irremediable, con el paso cansino de una cordialidad compuesta de cortesía e indiferencia, por partes iguales. Se dispersaban por la estancia, amansados bajo colores sobrios y camisas blancas. Lucía tiene tiempo todavía de averiguar a dónde conduce una escalera en caracol, a la par de la cocina. La puerta

estaba abierta y la luz encendida. Al bajar, ingresa a una amplia bodega de paredes de piedra, fresca y bien iluminada, donde un joven bien parecido de unos veintipocos, escogía unas botellas de una estantería. No podría ser otro que Pablo, piensa Lucía, al tiempo que un escalofrío recorría su cuerpo. *¿Qué apariencia tendría un presunto violador asesino?* Al saberse acompañado, él le dirige una mirada difusa, y se anticipa en reconocerla, la benjamina de los Zambrano, cómo había crecido. La sumó a la tarea de recolectar botellas. Lucía se sintió turbada de sus pensamientos: Pablo parecía tímido, parecía dócil, parecía el perfecto buen partido de muchacho rubio, pudiente y educado que ella se venía cruzando toda la vida.

Bajo cualquier reflector encendido, el padre de Lucía exhibía su faceta más encantadora. Bromista y solícito, irónico, pero componedor. En ese momento, sostenía con ademán campechano la endeble escalera sobre la que un técnico de iluminación se balanceaba peligrosamente.

—Asegúrense de que les sirvan un buen aperitivo cuando terminen los muchachos —ordena con voz estentórea y una palmadita en la espalda, a un camarero que pasaba.

Los años no le habían quitado a Jorge Aníbal Zambrano la intensidad de su fuerza gravitacional. Aún todos buscaban su aprobación, todos querían complacerlo. El senador y su hijo lo convidaban con puros importados. Los hijos, las hijas, los maridos, las esposas orbitaban a su alrededor en el salón como la hacían en sus vidas, acoplándolas a la necesidad funcional del dominio que lo tenía como centro. Era fácil apreciar la recompensa ante tales sacrificios. Arribar a sustanciosas carreras y a oportunidades de privilegio les había traído aparejado personalidades completas con resquicios tolerables para el capricho y la incompetencia, lo que los redimía largamente de cualquier servilismo.

Los de Lucía y su madre eran los únicos derroteros que parecían sustraerse de aquella fuerza gravitacional. Los de la adolescente, apenas perceptibles, quedaban disculpados por su inmadurez, pero los de Silvia (un por todos consabido acicate desgastado de pasión), herían con su estridencia la armonía concertada de aquel recinto, aquella tarde. De todas maneras, la foto colectiva que osificaría la reunión y que circularía

hasta el cansancio en los días posteriores, allanaría cualquier disonancia, como un filtro purificador.

La postal familiar se sobreimprime sobre la postal corporativa: los altos cargos de los tres poderes provinciales están emparentados entre sí con vínculos de sangre.

Los hijos detrás de sus padres, las parejas detrás de sus cónyuges; Aníbal Zambrano y Esteban Etchegoyen, dos patriarcas respetables, se estrechan con efusividad las manos, en el centro.

Lucía entre todos ellos, como una más.

Todos sonrientes, todos espontáneos, toda gente de bien.

## 8

Atravesando el parque trasero de la casa de los Zambrano, no mucho más allá de una recatada loma, el borde de la selva montana de las yungas afila sus cuchillos a espaldas de los tejados de las casas, algunas veces, con el cavernoso vaivén del aire helado criado en su entraña más abigarrada, otras, con el tajo directo de un aire abrasador.

El fin de semana siguiente al del evento, y sin ningún dato nuevo que le permitiera avanzar en su descubrimiento, Lucía decide adentrarse en la reserva. Tomará el sendero que los conecta con la presunta escena del crimen. La estación de lluvias se viene retrasando año a año por los masivos desmontes que riegan la prosperidad de unos pocos terratenientes, y la zona perimetral todavía estaría seca, razona Lucía; las huellas de los senderos serían claramente visibles.

Ella se mueve por esos terrenos colindantes con familiaridad, enseñada desde pequeña por Don Julio, el viejo baqueano que desde siempre se encarga del establo y de los caballos. Por él, conoce los lugares en que el terreno se desploma en quebradas abruptas, y sabe distinguir una simple culebra de la verdadera *jarará*; también ha aprendido a medir, en el corazón de la selva húmeda, las guerras lentas por el agua y por la luz en las que se abrazan encarnizados, un berro, un helecho, un diente de león. Lucía presente que quiere dedicar su vida a descifrar y proteger esas mudas jerarquías, aunque todavía no se decide entre la zoología o la botánica.

Sabía que la versión oficial situaba a Juliette partiendo de la ruta turística al ras del río, en la parte baja de la quebrada, aunque la autopsia

precisa que su cuerpo es hallado en la vera contraria, en la parte superior de la barranca. Los papeles que revisó señalaban claramente el sitio del hallazgo, y Lucía emprende el camino hacia allí preparada para una larga travesía; para su sorpresa, llega sin dificultad y en menos de diez minutos.

Del macabro hallazgo no quedaban rastros, salvo una improvisada cruz de ramas secas; el lugar es apenas un pequeño claro, libre de matorrales y cercano a otros senderos secundarios.

Del asesinato ha pasado casi un año, calcula Lucía. El clima debía haber sido similar. Bastante difícil, reflexiona siguiendo los pasos de Juliette, confundir este sitio con un laberinto intransitable que justifique un extravío o sirva de resguardo para una ejecución impune. Imposible, prosigue en sus cavilaciones, que bajo esta temperatura un cuerpo no se descomponga en tres días.

Parecía que allí no encontraría nada más.

Abrumada, Lucía se sienta debajo de un árbol, para dejar que la atmósfera del lugar le transmita alguna clave. Don Julio le decía que pasaban muchas cosas en un centímetro de tierra. Solo había que tener paciencia en mantener la mirada hasta el momento de la revelación.

Lucía se lamentaba de las retorcidas vueltas del destino que había señalado aquella porción de tierra como la recóndita tumba de una joven entusiasta proveniente del otro lado del mundo. Juliette era una extranjera; quizás en su propio territorio la francesa habría podido reconocer las señales de peligro. Por su parte, ella debía reprocharse su fracaso como detective. Intentó pedirle perdón a Juliette o quizás una señal.

Faltaba todavía una hora para la caída del sol. Era el momento en que las plantas se hacen más fragantes presintiendo el escalofrío de la noche y en el que las siluetas de las cosas ensayan su propia fosforescencia. Un estridente coro de chicharras recordaba el pulso de todo aquello. A pesar de todo, era agradable.

En ese momento, Lucía recordó el día del evento, el acuerdo que allí se cerraba. Sin dudas, razona, su padre estaría presionado para ocultar la evidencia que ella había encontrado. Se le ocurre que solamente ella podría ayudar a Juliette y a su padre al mismo tiempo. Lucía se obliga a tomar una decisión allí, sobre el terreno raleado por la desgracia, sellando una promesa de muda lealtad.

Del otro lado del claro, se oye un crujido de ramas secas, y debajo de un árbol, percibe un movimiento. Se acerca con cuidado y de entre el

parduzco pasto seco, se van distinguiendo los contornos camuflados de un ave de cabeza pelada y oscuro copete de plumas: un carancho, reconoce satisfactoriamente. El animal, confiado de la desolación, desgarraba con placer el interior de otro animal muerto. Sus pisadas lo alertan y el carroñero alza vuelo hasta una rama cercana. No abandonaría a su presa. Lucía se aproxima un poco más. Por el pelaje de la presa, dedujo que los restos pertenecían a una cría de *mayuato*, el simpático mapuche sudamericano. Le pareció una captura rara y magnífica para un ave de ese tamaño. En ese momento, el carancho baja a tierra con un aleteo ruidoso, en un primer desafío para defender su trofeo. El pequeño halcón agita su robusto pico en forma de gancho. Lucía retrocede hasta el claro y busca en el cielo. Atisba la previsible encerrona circular de un aguilucho y confirma su hipótesis. Las aves, a veces, trabajan en sociedad: las pequeñas carroñeras desde el suelo, hieren de a poco en exiguas arremetidas a las presas más débiles para debilitarlas aún más, y los grandes rapaces asestan desde arriba, limpiamente, el garrotazo final. Lucía vuelve sobre sus pasos con deferencia, casi con pudor por haberse entrometido en un circuito salvaje que cree que no le pertenece. Se felicita por sus deducciones. En la naturaleza, las huellas son unívocas, la historia es lineal y simple: la lucha por la supervivencia, la supremacía del más fuerte.

Mientras emprende su retorno, Lucía cree que solo allí, en aquel descampado bajo la vigilancia de las rapaces, la muerte brillaba con la opulencia de un banquete.

9

Las paredes del estrecho recinto de uralita ardían al contacto y el calor era sofocante. Sin ninguna otra referencia para determinar la hora (les había entregado su móvil y su reloj), Lucía calcula que ya debía ser cerca del mediodía. Era el tercer día de su secuestro. Esa mañana, a diferencia de las anteriores, todavía no le habían permitido asearse. Por más que no quisiera admitirlo, por más que se repetía a sí misma que aquello en el fondo era una simulación y que ella lo controlaba, crecía bajo su piel (cada uno de los ruidos de afuera la estremecía, el tiempo estancado se le afantasmaba), una leve desesperación.

Lucía se había confabulado con Mario para fingir su propio secuestro y chantajear anónimamente a su padre, exigiendo a cambio la liberación pública de la evidencia del caso de Juliette. Le prometió al hijo de Rita una cantidad de dinero y que, en caso de ser descubiertos, ella confesaría exculpándolo de cualquier responsabilidad. En el peor de los casos, quedaría dentro del marco de una jugarreta privada de adolescentes. En el mejor escenario, el caso de Juliette avanzaría y hasta quedaría resuelto, y ella volvería al instituto bajo la irresistible seducción de ser víctima y heroína al mismo tiempo.

La artimaña resultó más simple de lo que había imaginado. Una llamada, una carta, la huida sigilosa. Mario respondió con una profesionalidad imprevista: hasta le tapó la cara para que ni ella misma pudiera reconocer el lugar de su escondite. Entendió que también había alguien más que ella no había podido ver (mejor que no reconociera a los colaboradores): le acercaba lo que necesitaba, la dejaba ir al baño. Los dos días anteriores, Mario le había traído la comida (Lucía reconocía la mano de Rita en el estilo de cocción, la particular destreza en doblar la servilleta, y eso la tranquilizaba); hasta se permitieron jugar unas partidas de naipes, como en los viejos tiempos. Pronto acabaría le había dicho el Ñato, su padre estaba colaborando.

Lucía golpea la puerta:

—¡Disculpe, señor! ¡Señora! ¡Alguien! Necesito ir al baño... ¡Hace mucho calor!

Escucha las trabas que ceden y, como habían acordado para preservar el anonimato, ella se retira de espaldas a una esquina de la pared hasta que la autorizaran a voltearse. Abren la puerta y un chorro de aire fresco se le escurre entre las piernas. Escucha los pasos y algún acarreo de cosas.

—Hola, ¿me podés traer un ventilador o... algo? O dejarme estar sentada afuera con los ojos cerra-

—Tiene que mirar la televisión, señorita —interrumpió una voz masculina—. Después de esto salimos.

La puerta vuelve a cerrarse. Lucía se da la vuelta, nerviosa. Sobre la mesa habían conectado una pantalla pequeña de televisión. Estaba

encendida y un noticiero local transmitía una especie de conferencia de prensa: su padre estaba allí, asediado de periodistas, al lado del gobernador, ambos vestidos de forma desordenada con ropa informal. Lucía se aproxima a la pantalla: Aníbal parecía haber llorado y se recostaba con torpeza sobre el brazo de su hijo mayor. Lucía observa la pantalla como lo haría Don Julio, esperando una revelación. El audio de la transmisión se le hizo, poco a poco, perceptible: Aníbal respondía a los periodistas sobre el reciente hallazgo del cuerpo de su hija, la menor, Lucía, secuestrada días atrás, presuntamente por una banda de narcotraficantes.

A su pesar, y al galope de la desesperación ya desatada, Lucía reconoce de entre los píxeles deficientes de una baja resolución, unas falsas cadencias, el ensayo de la piedad. Reconoce una perfecta desprolijidad en el hombre destrozado, una desesperación deliberada. Entiende cómo en ese preciso momento la trayectoria de su vida, que hasta ahora le parecía insignificante, encastra perfectamente con una elipse del sistema familiar. Calibra claramente la dimensión y sus repercusiones. Por fin, le dice con amargura a su padre en la pantalla, tenemos una relación.

Escucha otra vez los trajines de las cerraduras, pero esta vez la muchacha se queda plantada de frente hacia la puerta, temblando con toda la brevedad y la bravura de sus quince años, como tantas otras, para enfrentar a su destino de pie.





## BIOGRAFÍAS DE LAS/OS AUTORAS/ES





CARLO AMADO  
(ILUSTRADOR)

Nace en Misiones, Argentina, en el año 1991. Es ilustrador, músico y poeta. Ilustra libros, portadas y afiches. Entre sus trabajos, se destacan las series de ilustraciones «Mundillo (2019), «Goce» (2019), «Postales de Allá Ité» (2020, con apoyo del Fondo Nacional de las Artes) y «Un relevo para el Sr. Sol» (en desarrollo).



ANDREA ARAGÓN REYES

(Navarra, 1999) es periodista por la Universidad de Zaragoza y ex alumna del Máster de Escritura Creativa por la Universidad Complutense de Madrid. Escribe para la revista cultural *Zero Grados*, colabora con la sección cinematográfica *Entrebutacas (Entremedios)* y cuenta con publicaciones en medios españoles (*El Salto*) y mexicanos (*A dónde van los desaparecidos*).



CATALINA BELLO

Nunca ha estado dentro de la morgue de un hospital ni ha vivido en la India.



FREMDINA BIANCO

Nace en Misiones, Argentina, en el año 1990. Es cineasta, escritora y docente. Es Licenciada en Cinematografía egresada de la Universidad del Cine y Magíster en Escritura Creativa por la Universidad Complutense de Madrid. Directora y guionista del largometraje *No hay tierra sin mal* y de ocho cortometrajes. Guionista de la serie *Chaco Nataxalá*. Fundadora de *Vecinas Cine*. Autora de la novela *Esto que me pasa* y de la serie de microrrelatos *Goce*.



MANUEL BROULLÓN

Docente en la Sección Departamental de Literaturas Hispánicas y Bibliografía de la Facultad de Ciencias de la Información en la Universidad Complutense de Madrid. Dirige el proyecto de innovación docente UCM 170 «Laboratorio transmedia».



ENMA CALVO OLLOQUI

Máster en Escritura Creativa por la Universidad Complutense de Madrid y graduada en Comunicación Audiovisual por la Universidad San Jorge, desarrolla su carrera como creadora de historias en diversos formatos: audiovisual, literario, teatral y cómic. Es seleccionada como una de las cinco becarias en materia de comunicación por el Gobierno de Aragón para seguir formándose y, actualmente, compatibiliza esta labor con sus proyectos personales.





SAMUEL EDUARDO DOMÍNGUEZ MARTÍN

Natural de Las Palmas de Gran Canaria, se despide de su isla a los veintiún años para alistarse en Madrid en la Brigada Paracaidista. Tras volver de una misión en Líbano, decide dejar su carrera militar para estudiar Filología Hispánica en la Universidad Complutense de Madrid como punto de partida para formarse como escritor. A la fecha en que estas palabras son impresas, es profesor de español en Melbourne (Australia) donde sigue escribiendo, a ratos, cuando se le ocurre algo bueno que contar.



ELVIRA ESTEBANEZ YEPES

Filóloga, actriz, algo bruja y escritora en una búsqueda constante de almas silenciadas, fantasmas a los que prestar su voz y su pluma como arma. Pero ante todo una ávida devoradora de historias. Desde que tiene uso de razón camina por el universo con un libro bajo el brazo, vive perdida en sus mundos de fantasía y se empapa de la música que emana de unos versos bien entonados.



ISABELLA GARCÍA-RAMOS HERRERA

Es licenciada en Comunicación Social por la Universidad Monteávila, donde ha sido profesora de Storytelling y Liderazgo. Fotógrafa, actriz y dramaturga, cuenta con dos obras de teatro llevadas a las tablas y publicaciones en medios venezolanos (*El Diario*) y españoles (*Frontera Digital* y *Mercurio*). Actualmente reside en Madrid, es ex-alumna del Máster de Escritura Creativa de la Universidad Complutense de Madrid y doctoranda en el Programa de Periodismo en la línea de investigación de Escritura Creativa en la misma universidad.



GABRIEL LOZANO

Es periodista de profesión y escritor de corazón, ambas van de la mano pero, al final, el corazón es quien manda. Comparte a diario sus reflexiones en Instagram, en *El Rincón de Maléfico*. Su primera novela, aún sin publicar, *Ya No Hay Vuelta Atrás*, es el broche de oro en la finalización del Máster de Escritura Creativa de la Universidad Complutense de Madrid. Para esta antología, Gabriel traslada en *Creadoras de Ángeles* la masacre de Nagyrev (Hungría) al contexto de la dictadura franquista.



ÁLVARO MALDONADO PLAZA

Nace el año que a Dylan le llaman Judas por colgarse una guitarra eléctrica. Gracias al esfuerzo de sus padres accede a una buena formación y le inculcan un constante afán por el saber y por la literatura. Desde muy joven aprende a desafiar con entusiasmo los límites y a poner en duda todo aquello que parece darse por sentado. Estudia la carrera de Arquitectura y no deja de trabajar durante más de treinta y cinco años. Hasta hoy, que dice que tal vez pueda ser escritor. Ya ven ustedes, ¿escritor?



JAVIER RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

(Santiago, 1989) es periodista de la Universidad Católica, máster en Escritura Creativa y alumno del doctorado en Estudios Literarios de la Universidad Complutense de Madrid. Sus crónicas son publicadas en *Qué Pasa*, *Viernes* y *Revista Sábado*, siendo nominadas al Premio de Periodismo de Excelencia de la Universidad Alberto Hurtado y al Premio Nacional de Revistas MAGs. En 2017 obtiene el premio Nuevas Letras Sub-30 de la Fundación Cultural de Providencia. A finales de 2021 publica *Zona de promesas* (Provincianos editores), su primera novela.



MARTA RUBIO BARCELÓ

Es graduada en periodismo. Realiza un Máster en Escritura Creativa y continúa formándose en el sector, en guión audiovisual. Le gusta experimentar con la escritura y tratar de salir de su zona de confort. Si hay que ubicarla, sería en Málaga, un poco en Madrid y, quizás, salpicada por una galaxia que todavía no ha descubierto del todo. Marta escribe, habla a veces y camina mucho. Sí, es una persona que camina, balanceándose en todas direcciones y soñando con volar.



DANIELA VICCO MARTINEZ

Nace en el norte de Argentina (Salta). Graduada en Derecho (Tucumán) y con estudios en Letras (Buenos Aires). Dirige diversos talleres de lectura y escritura en su provincia natal. Egresada de la promoción 2022 del Máster de Escritura Creativa de la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente cursa estudios de doctorado en esta misma universidad. Reside en Madrid desde 2019.





JUAN MANUEL DÍAZ AYUGA  
(PROLOGUISTA)

Es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Sevilla (2013) y máster en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Complutense de Madrid (2018). Actualmente es Profesor Ayudante en el Departamento de Literaturas Hispánicas y Bibliografía de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido Becario Predoctoral Fulbright en Brown University en 2021 y, en la actualidad, es miembro del Grupo de Investigación UCM (E)lectram y del Proyecto de Innovación Docente UCM 170 Laboratorio Transmedia.



## TÍTULOS DE LA COLECCIÓN «LABORATORIO TRANSMEDIA»

1. *Cielo interior de neones rajados por un gigante. Relatos de ciencia ficción.* Ed. literaria por Manuel Broullón (2022).
2. *Raíces y alas. Recuerdos y ficciones.* Ed. literaria por Manuel Broullón (2022).
3. *El arte de la violencia.* Ed. literaria por Fremdina Bianco e Isabella García-Ramos Herrera (2023).
4. *Escrituras en devenir.* Ed. literaria por Manuel Broullón y Maximiliano de la Puente (2023).
5. *Quiero acordarme más para entenderme. Ensayos y relatos sobre la memoria.* Ed. literaria por Manuel Broullón y Juan Manuel Díaz Ayuga (2023).





ESTE LIBRO  
DE TRECE RELATOS  
SE ACABÓ DE IMPRIMIR  
EL DÍA 24 DE ABRIL DE 2023,  
NOVENTA AÑOS DESPUÉS DE LA  
PUBLICACIÓN DE LOS TRECE RELATOS  
QUE COMPONEN *LOS CASOS DE MISS MARPLE*,  
DE AGATHA CHRISTIE.









*El arte de la violencia* es una antología de trece relatos de género policiaco en sus muchas derivaciones: enigma, *noir*, misterio, *thriller*, aventuras, suspense, judicial, carcelario, etcétera; creada, diseñada y editada por estudiantes egresados del Máster universitario en Escritura Creativa de la Universidad Complutense de Madrid de la promoción 2021/2022.

El relato policial es, en definitiva, un tipo de texto muy retador, tanto para quien lo escribe como para quien se atreva a leerlo.